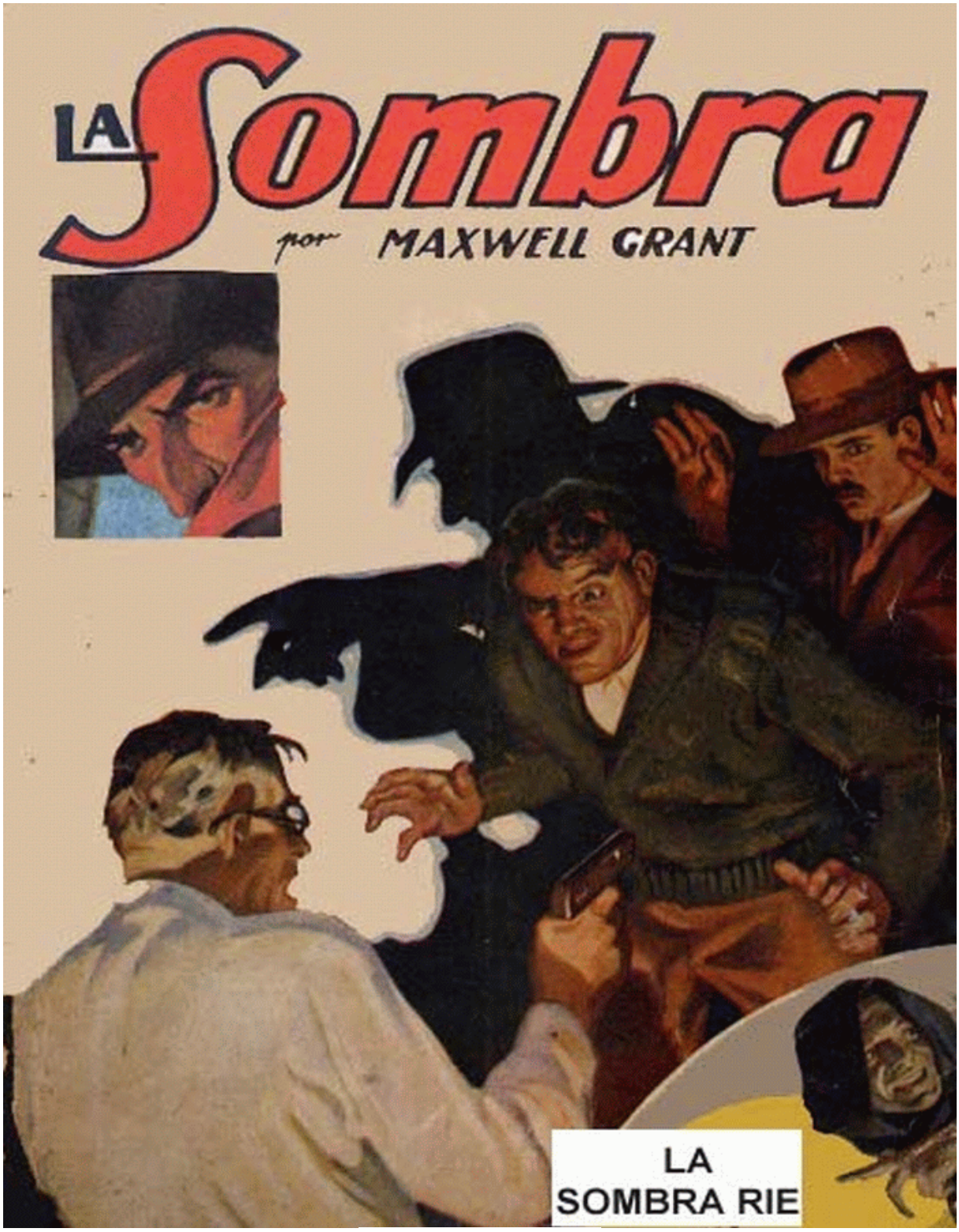
La Sombra ríe
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
LA MUERTE INTERRUPTORA

Un taxi dobló la esquina bordeando la acera y frenó violentamente delante de la tercera casa de la manzana.

Una extraña y alargada figura puso rápida el pie fuera del estribo, dejó un billete en la mano del chófer, y mirando a derecha e izquierda subió con premura los escalones que conducían a la casa.

Dentro ya del vestíbulo el hombre se detuvo un instante como gozando de la sensación de seguridad durante aquel breve intervalo.

La luz macilenta dejó ver su enjuto y pálido rostro y su delgada e inclinada figura que cubría un pobre y mal cortado terno gris.

Tenía unos treinta y cinco años de edad, pero la atormentada expresión de su fisonomía le hacía parecer más viejo.

Una mujer de mediana edad bajó la escalera interior y saludó sonriente al recién llegado.

-No le esperaba hasta la semana próxima, míster Jarnow -dijo-; pero su habitación esta lista.

-Gracias, señora Johnson -replicó el hombre, desde la puerta-.Usted siempre está dispuesta. En esta pensión se está como en casa propia. Me he dado prisa en volver, porque espero una visita, a míster Windsor. ¿Ha venido?

-Nadie se ha presentado preguntando por usted.

-Si viene, haga el favor de hacerle pasar a mi habitación. Pero asegúrese de que es míster Windsor.

Jarnow subió en dos zancadas la escalera y entró en un cuarto, situado en la parte posterior de la casa. Inmediatamente fue a la ventana, la abrió, y escudriñó con gran interés la estrecha callejuela que se veía abajo.

Después la cerró y bajó el estor en toda su extensión.

Tomadas estas precauciones examinó la lámpara que colgaba sobre una mesita y cerró la puerta de la habitación.

Miró su reloj y vio que eran las ocho.

-Ya debería estar aquí -murmuró Jarnow-. Dijo que vendría... Ya debía estar aquí.

Transcurrió un minuto.

El hombre encerrado en la habitación se impacientó. Medía el suelo con sus pasos arriba y abajo, abriendo y cerrando las manos nerviosamente.

Se detenía junto a la puerta a escuchar. Una de las veces oyó voces en el vestíbulo.

Llamaron a la puerta y el hombre retrocedió como asustado. Luego llegó hasta él la voz de la posadera.

-Míster Windsor está aquí.

Jarnow abrió la puerta e hizo pasar a su visitante.

El recién llegado lucía un impecable traje y su expresión, muy alegre, contrastaba con el rostro severo de Jarnow.

-Hola, Frank -dijo el visitante-. Aquí estoy. Cabalmente al filo de la hora. Celebro verte. ¿A qué se debe la excitación?

Jarnow cerró la puerta, sacó la llave de la cerradura cuando el pasador quedó encajado con ruido seco, llevó a su visitante hasta una silla que se hallaba junto a la mesa.

Windsor estaba bebido; su ligereza le traicionaba más que sus palabras.

-Te encuentro muy misterioso, Frank -dijo Windsor en tono indulgente, cuando el hombre alto tomó la silla del lado opuesto de la mesa-. ¿De qué se trata?

-Es un asunto serio, Henry -replicó Jarnow metiéndose la llave en el bolsillo de la chaqueta-. Acabo de llegar de Brookdale.

-¿Le... le ha sucedido algo malo a Blair? -interrogó Windsor con la gravedad del ebrio que pugna por ponerse serio-. ¿Es algo malo? ¿Puede haber algo malo en el bueno de Blair?

-Tu hermano está bien -replicó ceñudo Jarnow-. Bien, en cuanto concierne a su salud. Pero allí hay un peligro, Henry. Un serio peligro. Haz por estar en tus cabales, Henry. Tengo importantes cosas que decirte. Debes creer lo que te diga.

Henry Windsor inclinó la cabeza a un lado. Había pasado de los cuarenta y su cara gordinflona era a la vez solemne y ridícula. Parecía escuchar seriamente; pero Jarnow gimió, al darse cuenta de lo difícil que iba a serle conseguir su atención.

-Quiero que estés cuerdo -dijo Jarnow-. Voy a hablarte ahora mismo, Henry. No puedo esperar hasta mañana. Es asunto en el que va la vida.

-¿Blair está en peligro? -inquirió Henry Windsor-. Dímelo, Frank. Haré cualquier cosa por ayudar a Blair. Es mi único hermano, Frank. Mi buen hermano. Diez años más joven que yo. Significa mucho, muchísimo para mí, Frank. No me digas que puede sucederle nada malo.

-Escucha, Henry -exclamó Jarnow-. Olvida a tu hermano por un instante. Necesito hablar contigo... de ti mismo. Estás en peligro. En verdadero peligro.

-No puedo olvidar a Blair -interrumpió Henry Windsor en tono patético-. Es todo lo que tengo en el mundo, Frank. Ese muchacho es la bondad personificada. Ya sabes, Frank, que cuando murió nuestro abuelo, me dejó cerca de medio millón de dólares y a Blair sólo cincuenta mil. Mírame ahora... conservo aún todo mi dinero, pero no tengo más. Vivo del interés que produce el capital... me limito a eso. Blair, en cambio, no se contentó con vivir de renta. Se marchó... a Boston... tú lo sabes. Allí hizo más dinero. Tal vez tenga ahora tanto como yo. Y lo merece, Frank. También tendrá todo lo mío cuando yo muera. Es más joven que yo, Frank. Vivirá más tiempo.

-¡No divagues, Henry! -atajó Frank Jarnow-. Sosiégate y escúchame. Sé todo lo que hay acerca de vuestro dinero, y que precisamente en él, es donde está el peligro. Ha sucedido algo, Henry, que os afecta tanto a ti como a tu hermano. Quiero que lo sepas todo antes de que sea demasiado tarde.

Henry Windsor se incorporó un poco en la silla, afirmándose contra la mesa.

Apoyó el mentón en la palma de la mano y pareció hacer un gran esfuerzo para escuchar de un modo inteligente. Había logrado momentánea serenidad y esto dio confianza a Frank Jarnow.

El hombre alto dejó vagar con nerviosidad su mirada por la habitación y luego, inclinándose hacia delante, empezó a hablar en voz baja y firme:

-Llegué a Brookdale hace dos días -explicó-. Pensaba permanecer allí unas dos semanas. Blair me dijo que estuviese todo el tiempo que quisiera. Había otras personas en su casa, y supuse que eran amigos de Blair; pero descubrí...

Hizo una pausa. Henry Windsor tenía los ojos cerrados y parecía medio dormido. Jarnow alargó el brazo por encima de la mesa y le sacudió impaciente.

-¡Basta! -exclamó Windsor con repentina cólera mientras intentaba levantarse apoyándose en la mesa. Jarnow le empujó para atrás y quedó de nuevo sentado en la silla.

-¡Me las pagarás! -gritó Henry Windsor, indignado-. No intentes repetirlo. Podría pesarte.

-Escúchame -dijo Jarnow con entonaciones de mandato en su voz-. El primer día que estuve en Brookdale ya sospeché algo. El segundo, investigué. Esta mañana he descubierto la verdad. Encontré esto...

Extrajo del bolsillo una hoja pequeña de papel y la puso ante los ojos de Henry Windsor.

-No puedo leer sin lentes -arguyó el así requerido-. Léemelo, Frank. ¿Qué es lo que dice?

-Dice -replicó Jarnow-, que Blair Windsor...

Sus labios se pusieron rígidos. Por encima de la cabeza de Henry Windsor su mirada quedó fija en la puerta.

-¿Qué es lo que dice? -insistió Henry Windsor.

Dos disparos de arma de fuego resonaron en la pequeña habitación.

Frank Jarnow cayó sobre la mesa, teniendo el papel fuertemente cogido en una mano y la otra extendida contra el hombro de Henry Windsor.

Éste, medio alzándose, estuvo a punto de derribar la mesa.

La luz produjo un chasquido.

-Frank -murmuró Henry Windsor-. Háblame, Frank.

Aunque oscurecido su cerebro por los vapores del alcohol, se imaginó oír a Frank Jarnow que se movía junto a la mesa. Tras grandes esfuerzos logró sostenerse en pie y su mano tropezó con el cuello de Jarnow.

Tentando a lo largo de la mesa, Henry Windsor tocó un objeto metálico, y sus dedos empuñaron un revólver.

Había gran estrépito en la puerta. La débil barrera cedía ligeramente.

Del otro lado llegaban gritos y voces excitados. Henry Windsor despertó de su modorra repentinamente.

-Mi buen Frank. ¡Yo detendré a los asesinos!

La puerta cedió al fin.

Una mano se dirigió al interruptor del aparato de la luz pendiente del techo.

Iluminado el recinto, Henry Windsor hizo cara a la puerta y levantó el revólver. Pero antes que pudiera apretar el gatillo del arma un hombre se anticipó a su gesto y le arrebató el arma de la mano.

Windsor estaba dominado por tres de los intrusos.

-¡Han disparado contra Frank Jarnow! -exclamó Henry Windsor, apretándose contra la pared-. ¡Frank ha muerto! Ya sentirán ustedes lo que han hecho. ¡Voy a matarlos a todos!

Una mujer lanzaba estridentes chillidos desde la puerta. Era la posadera, que había seguido a los hombres que la echaron abajo.

Alguien salió corriendo en busca de la policía.

EL caos más espantoso parecía único dueño y señor de la casa, y en medio de todo aquel desbarajuste yacía el cuerpo silencioso de Frank Jarnow.

Los periódicos de la mañana traían el suceso sensacional.

Henry Windsor, rico ocioso de casino, había matado a su amigo Frank Jarnow en una casi desconocida casa de habitaciones de alquiler.

Los huéspedes habían penetrado en el cuarto donde se perpetró el crimen y habían dominado al asesino antes de que tuviese tiempo de escapar, el cual habíalos amenazado con matarles también.

Todos le oyeron confesar su culpabilidad.

Los retratos de Henry Windsor y de Frank Jarnow figuraban en la primera página, con una fotografía de la pensión y el retrato de la señora Johnson.

Pero entre la multitud de palabras que llenaban las columnas de los periódicos, no aparecía el dato más importante.

No se mencionaba para nada lo concerniente a la frase incompleta pronunciada por Frank Jarnow, cuando le interrumpió la muerte.

CAPÍTULO II
EL DETECTIVE GRIFFITH INVESTIGA

Poco antes del mediodía el detective Harvey Griffith entraba en la casa de habitaciones de alquiler de la señora Johson.

Griffith, el más astuto del cuerpo de detectives, había estado fuera de la ciudad requerido por otro caso y apenas estuvo de regreso se trasladó inmediatamente a examinar el lugar donde se desarrollara el asesinato.

Encontró a un policía en la habitación del segundo piso, pero el cuerpo del asesinado ya no estaba allí.

-Se llevaron el cadáver -explicó el oficial-. El asunto era muy claro. Windsor no tuvo tiempo de ocultarlo. Suerte que estaba bebido. De no ser así hubiera disparado sobre los que le detuvieron. Del caso se ha encargado Harrison, quien vendrá enseguida. Ahora está hablando con la dueña de la pensión.

En las escaleras se oyó un silbido y poco después un hombre joven y alto entró en la habitación. Se detuvo de pronto al encontrarse frente al cuerpo rechoncho y fuerte del detective, que lucía en su pecho la placa estrellada.

-Hola, Griffith -dijo a guisa de saludo-. Siento que no haya usted venido antes de que levantáramos el cadáver. Podía haber visto su posición exacta. Pero aquí no hay misterio alguno. AL culpable se le cogió a tiempo. Supongo que ya lo habrá leído en los periódicos.

-No se puede uno fiar de ellos -replicó Griffith-. Prefiero saber lo que usted ha observado.

La expresión de seriedad de Griffith hizo sonreír a Harrison. El as detective estaba siempre dispuesto a hacer un tremendo misterio del caso más sencillo.

Había hasta quien aseguraba que de propósito exageraba todos los crímenes.

-Perfectamente -exclamó Harrison, acudiendo a sus anotaciones-. Frank Jarnow vino aquí exactamente a las ocho. Llegó a la ciudad repentinamente y se dirigió a su habitación. Dijo a la señora Johnson la posadera- que esperaba a míster Windsor. Hacia las ocho y cuarto llegó Henry Windsor, completamente bebido, y entró en la habitación de Jarnow, guiado por la señora Johnson. Esta oyó a Jarnow cerrar la puerta con llave...Un huésped que a las ocho y media se retiraba a descansar, al pasar por el tercer piso, oyó decir:: "¡Me las pagarás", y está seguro de que era la voz de Windsor, por haberle oído hablar después. Pasadas las ocho y media, sonaron dos disparos de arma de fuego, dos por lo menos. Los huéspedes, asustados, se agolparon en las escaleras. Algunos de ellos echaron la puerta abajo. Encontraron la habitación sin luz y Windsor empuñando un revólver, amenazaba con matarlos a todos; pero lo desarmaron con facilidad. Dijo haber disparado sobre Jarnow y así lo repitió en la Delegación de Policía; pero, al mismo tiempo, afirmaba no recordar si llevaba arma alguna, ni tampoco el haber disparado. Asegura que, cuando bebe, su cerebro es como una página en blanco y que no sabe lo que hace.

-¡Hum! -gruñó Griffith-. ¿Cuánto tiempo transcurrió entre el ruido de los disparos y la captura de Windsor?

-Podemos calcular que de cinco a seis minutos.

-¿Cómo entró Windsor en la habitación?

-Guiado por la posadera.

-La puerta principal de la casa no estaba cerrada cuando entré hace un momento.

-No; no la cierran hasta medianoche.

Griffith examinó la habitación.

-¿Dónde estaba Jarnow? -preguntó.

Harrison, sin decir palabra, se sentó en la silla y se dejó caer en la mesa para indicar la posición en que encontró al asesinado.

-¿Y Windsor? -interrogó Griffith.

Harrison señaló con el dedo la silla del lado opuesto.

Griffith se sentó en el lugar que Henry Windsor había ocupado y permaneció pensativo un instante.

-¿Qué puede usted decirme acerca de los proyectiles? -inquirió.

-Todos corresponden al arma de Windsor -replicó Harrison-. Sus huellas digitales aparecen en ellas también. Windsor debió ponerse en pie para disparar, y, en aquel momento, Jarnow estaba a punto de levantarse. Los proyectiles vinieron de arriba abajo, en trayectoria ligeramente angular.

-¿Cómo es de alto Windsor?

-Aproximadamente, como usted.

-¿Cómo era de alto Jarnow?

-Poco más o menos, como yo. Griffith fue hacía la ventana, la levantó y miró abajo. La callejuela no presentaba gran profundidad. La distancia desde la ventana al suelo era de unos nueve pies.

-¿Estaba la ventana sin cerrar?

-Sí -replicó Harrison-. Faltaba cosa de una pulgada para que cerrase del todo. Y tenía el estor completamente echado.

Griffith paseó por la estancia, silbando tenuemente.

-¿Qué es esto? -preguntó, señalando con el dedo un trozo de papel que yacía en el suelo, junto a la mesa.

-No me explico cómo ha escapado a mis pesquisas -dijo Harrison-. Parece un pedazo de una hoja de papel mucho mayor.

Griffith cogió el fragmento de papel y lo puso sobre la mesa.

Al conjeturar así, Harrison estaba en lo cierto: era un trozo de una hoja de papel mucho mayor. Parecía corresponder a una esquina, y en él figuraban, manuscritas, las letras o y r.

-La palabra “or” -dijo rápido Harrison.

No esté usted tan seguro -replicó Griffith-. ¿Por qué ha de ser or, precisamente, la palabra que figure en la parte más baja de la esquina derecha?

-Porque la continuación podría estar en otra hoja siguiente: ¿Qué puede ser sino or?

-Alguna otra palabra que termine en las letras o y r... Por ejemplo: Windsor.

La concisa réplica de Griffith dejó confundido a Harrison. El as detective siempre se las arreglaba de algún modo para que su punto de vista quedase vencedor; en todo momento se mostraba capaz de demostrar que era posible añadir algo a la mayor evidencia.

-Aquí está todo lo que hemos encontrado sobre Jarnow -dijo Harrison, sacando un sobre grande del bolsillo-. Ahora podemos añadir el trozo de papel a la colección.

Desparramó los diferentes objetos sobre la mesa. Griffith comenzó a examinarlos uno por uno.

-Probablemente, todo lo que hay aquí carece de importancia -dijo Harrison-, excepto algunos apuntes.

Griffith cogió entre sus dedos un sobre y observó unas notas trazadas con lápiz. Eran breves, con iniciales, como B. y H.; y era muy posible que pudiesen denotar algo importante.

-Déjeme echar un vistazo a los otros.

-Mírelos -replicó Harrison-. No hay nada más, excepto ochenta dólares en billetes. Es lo único que hay de valor.

Griffith continuó su búsqueda.

-Lléveselo todo -sugirió Harrison-. Baja usted ahora, ¿verdad?

-Quizá pase por el depósito -contestó Griffith-. Me gustaría ver el cadáver. Pero no me detendré mucho.

-Bien -concedió Harrison.

Y salió, seguido del policía, que había estado observando en silencio todo lo ocurrido.

Entregado así mismo, el detective Griffith se paseó por el cuarto, después volvió a la mesa y estudió las notas y el pedazo de papel. Luego colocó los objetos dentro del sobre y se quedó contemplando el dinero.

Consistía éste en tres billetes de veinte dólares y dos de diez. Los de diez estaban viejos y usados.

-¡Sin importancia! -rezongó Griffith-. Para él no la tendrá. Yo, en cambio, los considero muy valiosos -y mientras hablaba miró uno de los arrugados billetes al trasluz-, aunque no valgan nada, porque esto es dinero ful. Ni veinte céntimos valen estos papeluchos... Y estaban sobre el asesinado Jarnow... ¿Dados a él? ¿Colocados sobre él? O... -Griffith se encogió de hombros significativamente.

El detective miró y remiró la ventana y la puerta. Después se sentó a la mesa, en el lugar donde había estado Windsor. De pronto se incorporó en la silla y volvió la cabeza hacia la lámpara que pendía del techo.

Se echó para atrás y apuntó con una imaginaria pistola al sitio donde estuviera Jarnow. Repitió el experimento evitando la lámpara.

«Así, pues, Windsor estaba aquí -pensó Griffith-. Se puso en pie y disparó hacia abajo. ¿No era curioso el caso? La lámpara, con la pantalla verde y todo, estaba delante de sus ojos. Mal hubiera podido ver el presunto culpable.

Sacó el detective un libro de notas y comenzó a consignar detalles. Hizo un resumen de los acontecimientos y pasó revista a los factores que en ellos intervinieron.

Cuando lo hubo hecho empezó a hablar en voz alta, aunque en tono menor, para ponerlo todo en orden y claro.

-Después de entrar Henry Windsor -dijo-, Frank Jarnow cierra la puerta, pero no la ventana. Esto pudo ser... aunque... -se detuvo dudoso.

»Entonces -añadió-, Windsor dispara sobre Jarnow, desde una posición casi imposible. Es chocante que Jarnow se lo permitiese. Cuando derribaron la puerta le cogieron el revólver a Windsor.

»¿Por qué Windsor lo tenía en la mano todavía? Es indudable que no lo planeó bien. Tuvo cerca de cinco minutos para huir, pero no lo hizo... ni siquiera probó fortuna por esa ventana. Bastante sereno para matar a Jarnow y demasiado borracho para escapar o luchar. Esto no parece muy lógico.

El detective empezó otra vez a inspeccionar el cuarto, dibujó algunos croquis e hizo apuntaciones con lápiz. Después salió al vestíbulo.

Junto a la puerta derribada se detuvo, y miró por el hueco de la escalera.

-Supongamos -dijo quedamente-, que soy persona ajena a este asunto. Puedo llegar a la puerta principal sin que se entere nadie, subir, abrir la puerta -como la llave estaba en el bolsillo de Jarnow, una ganzúa servirá para el caso- y escurrirme dentro de la habitación.

Estando en el umbral se volvió y una sonrisa de satisfacción floreció en su semblante al observar la posición en que veía la mesa frente a él. Otra vez levantó la mano y con el dedo índice apuntó hacia abajo.

-Desde aquí -dijo, alzando la voz-, ¡el tiro es perfecto! Luego... -avanzó hacia la mesa y apretó el interruptor de la lámpara-, apago la luz y desaparezco por la ventana que permanece abierta.

Griffith se sentó en la mesa y se echó a reír.

-¿El arma? -dijo, como presentando la cuestión a su pensamiento-. Muy sencillo: limpiar la culata y ponerla en la mano de Windsor.

»¿Ese trozo de papel? Windsor y Jarnow tenían la hoja entera. Nuestro hombre se la arrancó y cayó al suelo un pedazo. No hubo tiempo para recogerlo.

Nuevamente repasó el detective su proceso de reconstrucción del crimen y pareció más satisfecho que antes. Fue a la ventana y husmeó hacia abajo.

Allí podría estar la prueba, pensó; pero en aquel momento acudió a su cerebro una idea más importante.

Abriendo el sobre echó otra mirada a los billetes de veinte dólares. La presencia de lo que podía ser dinero falso añadió una nueva faceta de interés al asunto.

¿A quién comprometían? ¿A Henry Windsor o a Frank Jarnow?

Esta cuestión intrigaba al detective Harvey Griffith cuando bajaba la escalera. Dirigióse a la parte trasera de la casa e hizo algunas observaciones en la pared y en el suelo.

Luego volvió a la habitación y observó el antepecho de la ventana. Antes no había notado señales allí; ahora apreciaba lo que, acaso, fuera un ligero roce.

Movió la cabeza.

-Parece como si un pañuelo de bolsillo o algo por el estilo hubiese sido colocado aquí -dijo-. Hay en esto, un hombre listo, un hombre con bastante sentido para evitar las huellas digitales en la huida.

Satisfecho con la prueba adicionada, el as detective se alejó de la casa de habitaciones de alquiler y marchó tranquilamente calle adelante.

No pudo menos de sonreír al pensar en Harrison.

Hubiera sido una simpleza el mencionar un solo indicio, excepto, naturalmente, el hallazgo del trozo de papel.

Griffith sabía, por experiencia, que era mucho mejor reunir todas las pruebas posibles, antes que mencionar una sola de las recogidas.

-Hay varios sies en esto -reconocía-. Pero si los billetes son falsos; si el hombre desconocido entró; sí...

Recordó el pedazo de papel y sacó el libro de notas. Debajo de las apuntaciones tomadas escribió otra: comprobar la escritura de las letras o y r con cualquier aprovechable muestra manuscrita de Henry Windsor.

-Si estos indicios se complementan -observó Griffith-, significarán muchísimo para Henry Windsor. Le han cargado las culpas muy aprisa y es una víctima fácil. Suerte para él que yo empiece donde Harrison acaba.

Pensando así, el detective continuó su tranquilo ambular. Estos indicios podían esperar un poco, encerrados en su mente, y apuntados en su libro de notas.

Todavía no había visto Harvey Griffith el cadáver del hombre asesinado.

Una vez que lo hubiese examinado, estaría pronto para la ocasión.

-Sí -concluyó el detective-. Tengo el presentimiento de que esta visita al depósito me conducirá, como por la mano, al descubrimiento del asesino.

CAPÍTULO III
EL DEPÓSITO DE CADÁVERES

El Depósito Municipal estaba situado en un antiguo edificio de ladrillos, que se alzaba en una calle lateral.

Había sido erigido muchos años antes, en tiempos en que las ventanas escaseaban; y el arquitecto, al parecer, había tratado de hacer su estructura lo más repulsiva posible.

El detective Harvey Griffith pasó a la penumbra tan pronto como dejó la calle. Entró en un largo vestíbulo, lleno de ecos, iluminado por dos pequeñas luces eléctricas.

Los visitantes del depósito de cadáveres han hecho notar con frecuencia la depresión que se apodera de ellos cuando penetran en el portal del sombrío edificio; pero Griffith había estado allí demasiadas veces para experimentar esta natural repulsión.

Había una puerta a la derecha del vestíbulo; estaba abierta y dejaba ver la sucia oficina donde, junto a una desvencijada mesa, estaba sentado un empleado. Éste levantó la cabeza y movió la mano en señal de reconocimiento.

-¡Hola, Mike! -saludó Griffith-. He venido a echar un vistazo al cadáver.

-Abajo lo hallará -replicó el encargado-. Está en la camilla número seis. Es muy fácil de encontrar.

-¿Han venido muchos a verlo?

-Aún no. Lo identificaron en la casa. Sólo han venido un par de reporteros. Espero que vengan más tarde y probablemente algún reportero femenino... Sí, ahora envían a las sob sisters en estos casos. Los pormenores truculentos tienen una emoción nueva cuando las mujeres los comentan... ¿Es que desea usted hablar con algún periodista?

-Mándemelos abajo, si vienen. No me molestarán, ni sabrán nada por mí. Este caso no es mío. Es de Harrison.

Mike se echó a reír.

-Bien -dijo-. Los reporteros en este asesinato han tenido que volcar el cajón de los efectismos y de los lugares comunes, porque en él no hay ningún misterio.

-Ningún misterio -murmuró Griffith para sí, al mismo tiempo que iba andando hacia el final del vestíbulo-. Ya lo veremos.

Descendiendo los escalones de piedra de la parte trasera del edificio, Griffith entró en la cámara subterránea. Sus pasos resonaban en el piso de hormigón del profundo aposento, mientras se dirigía a la camilla en que yacía el cuerpo de Jarnow.

La cámara estaba bien iluminada, y Griffith se detuvo pocos pasos antes de llegar al cadáver, observando hasta el más ínfimo detalle.

La mano izquierda cruzada sobre el pecho y el mentón apoyado en la derecha, el detective quedó tan inmóvil como el cuerpo que estudiaba.

Era una estatua en el aposento del silencio.

AL cabo de un rato avanzó y miró de cerca el cuerpo de Frank Jarnow.

Rebuscó en los bolsillos de la víctima del crimen, pero se encontró con que Harrison había hecho un registro completo. Entonces, volviendo a su primitiva posición, se quedó mirando el cuerpo del muerto.

Posó su mirada en el rostro de Jarnow, los ojos del asesinado estaban desorbitados, y entreabierta su boca, como si algún hecho terrible le hubiera sorprendido en el instante de morir.

El ruido de pisadas en los escalones de piedra llegó hasta él, y Griffith se volvió, viendo entrar en la cámara a un joven de mediana estatura.

Los ojos escrutadores del detective estudiaron al recién llegado.

El desconocido aparentaba unos treinta años de edad, tenía pálido el rostro y ojos de mirar penetrante. Se detuvo con la boca abierta y miró a su alrededor.

-¿Qué? -refunfuñó Griffith.

El hombre entornó los ojos y miró al detective con estúpida mirada.

-Soy de la Gaceta -dijo-. Me llamo Bolton. Usted, si no me equivoco, es el detective Griffith.

-Así es. Usted debe ser nuevo en la Gaceta, ¿verdad?

-Sí, señor. Me han dado plaza como reportero para el centro de la ciudad. Antes lo era, pero con carácter de corresponsal, en los suburbios y extrarradio. Es la primera vez que vengo aquí. Y, por cierto, que no me hace ninguna gracia. Esto impone.

Griffith se echó a reír.

-A mí no me ha hecho impresión nunca -afirmó-. Quizá me acostumbré desde el primer día.

Echó una mirada en torno suyo, como si se diese cuenta, por vez primera, de lo que le rodeaba. Notó que, en efecto, aquel lugar era realmente repulsivo.

Las paredes, de sólida mampostería, lo convertían en tumba a prueba, de ruidos. Las hileras de camillas, algunas ocupadas por cadáveres, daban siniestro aspecto al lugar.

El detective notó que el reportero olfateaba, como si quisiera reconocer el peculiar y penetrante olor que saturaba la atmósfera de aquella repugnante sala.

-Formol -exclamó Griffith.

-¡Oh! ¡Eso es! -replicó el reportero quitándose el sombrero, que dejó en libertad espesa y oscura cabellera. Movió la cabeza como en lucha contra una sensación de náuseas; luego miró hacia el cuerpo de Frank Jarnow.

La contemplación del asesinado no pareció impresionarle.

-He visto muchos muertos -exclamó-. No es esto lo que me ha molestado. Lo que se me metió en la nariz de pronto, al venir hacia aquí, fue ese dichoso olor a formol que no sé cómo quitármelo de encima. Me pone en una situación de nervios, que me parece estar fuera del mundo...

»Si no fuese porque las luces brillan mucho -añadió-, sería éste el sitio más sombrío que he visto en mi vida.

El reportero se paseó por la estancia como para familiarizarse con tan extraño ambiente. Por todas partes blancas y desnudas paredes. El detective y él, únicos seres vivos en aquel lugar donde reinaba la muerte.

Bolton hizo un alto en sus idas y venidas y miró a Griffith, quien de nuevo estudiaba el cadáver. El reportero se acercó al detective y observó también el cuerpo sin vida.

-No sé qué clase de reportaje va usted a sacar de aquí -dijo Griffith-. El suceso ocurrió anoche. Parece que los periódicos envían siempre sus redactores a merodear cuando todo ha terminado... A mi juicio piensan que la experiencia será provechosa para un novato como usted. De otra manera no alcanzó a colegir lo que va usted a aprender.

-Verá usted -replicó el reportero-. A los jefes les gusta tener informaciones obtenidas desde todos los puntos de vista. Yo he tenido la suerte de encontrarle a usted aquí. Quizá pueda darme alguna nueva opinión sobre el asunto.

-Este caso no es mío -sonrió Griffith-. Lo tramita el detective Harrison. Yo lo investigo porque me interesa.

-La Gaceta tuvo noticia de que usted podía encargarse de esclarecerlo -insistió el reportero-. El móvil no ha sido establecido todavía. Es un caso importante, aunque el asesino es conocido, pues en esta ciudad todo el mundo conoce a Henry Windsor. Si usted tiene alguna opinión...

-Ninguna! -le atajó Griffith-. Mis opiniones las guardó para mí, joven. Harrison tiene el atestado. Vea a Harrison.

-No pudo haber premeditación -observó el reportero, aparentando ignorar el aire combativo de su antagonista-. Cuando Windsor disparó, lo echó todo a rodar. Hizo el tonto empleando un arma de fuego. Si hubiese premeditado matar a Jarnow, sin duda hubiera elegido un buen cuchillo y con él le hubiese apuñalado por la espalda.

El detective Griffith reía de buena gana. La divagadora charla del reportero le complacía, porque desviaba la conversación del punto vidrioso, es decir, de los tiros que mataron a Frank Jarnow.

En posesión de los indicios encontrados a última hora, el detective ansiaba evitar cualquier interviú concerniente al asesinato. Así, pues, cortó bruscamente la charla, y procuró sacar partido de lo dicho por Bolton con referencia al cuchillo.

-¿Conoce usted a alguien que empleara el puñal en sus fechorías? -le preguntó.

El reportero negó con un movimiento de cabeza.

-Entonces no sabe usted nada de eso -continuó Griffith-. Las puñaladas, normalmente, no pueden darse por la espalda. Fíjese en esta demostración.

Puso su mano derecha más abajo de la cadera y medio cerró el puño indicando un puñal imaginario. Luego levantó el brazo, y, de abajo arriba, lo dirigió en derechura al cuerpo del reportero.

Bolton dio un paso atrás, hecho un puro nervio, y medio se volvió para evitar el golpe del brazo del detective.

-Ésa es la manera -dijo Griffith-. Con un viaje como éste basta y sobra, si el que lo da sabe hacerlo.

Sonriente, satisfecho de su lección, el detective permanecía aún con el brazo derecho levantado.

-¿Así? -replicó el reportero, súbitamente. Y dando un salto hacia el detective repitió con su mano y brazo derechos todos los movimientos que acababa de hacer Griffith; pero el brazo de Bolton era más rápido en la acción y de sorprendente exactitud en el logro de su objetivo.

El detective exhaló un grito entrecortado al ver el brillo de una hoja de acero en la mano de Bolton. Acto seguido, el largo y delgado puñal, se enterraba en su cuerpo.

En grotesco retorcimiento, el detective Harvey se dobló hacia delante y vino a caer sobre el cadáver de Frank Jarnow.

El fingido reportero sacó la hoja del cuerpo de su víctima y sin apresurarse, la limpió en la chaqueta del detective muerto.

Ya no parecía nervioso; en realidad estaba tranquilo en extremo, y una despectiva sonrisa iluminaba su lívida faz.

Puso el puñal en la funda que colgaba de su cinturón y ocultó todo ello bajo el chaleco y la chaqueta. Después se acercó a su víctima, y, con sorprendente ligereza de dedos, registró los bolsillos del detective.

Su sonrisa aumentó al abrir el sobre que contenía los objetos que pertenecieron a Frank Jarnow. Metió el sobre en el bolsillo y, con la misma rapidez, se guardó el libro de notas de Griffith y otros objetos de valor.

Con un pie acercó la más próxima de las camillas de ruedas, puso en ella el cadáver del detective y la empujó hasta donde había estado antes.

Hecho esto abrió una pitillera que había encontrado en la chaqueta de Griffith, encendió con glacial frialdad un cigarrillo y contempló los cuerpos que yacían ante él como un artista admira su obra maestra.

-Tú ibas por el buen camino, Griffith -dijo en voz baja-. A mi juicio, estabas sobre la verdadera pista. Por eso te ha tocado también ir a contar tus descubrimientos al otro mundo.

»Anoche hice una bonita escapatoria, lo bastante buena para engañar al infeliz Harrison... Pero Harvey Griffith era listo. Listo, no precavido.

» No tenías información para un pobre reportero, ¿verdad? Ahora tienes una mejor que la de ése...

Movió la mano en dirección al cadáver de Frank Jarnow. Luego, sacando con despreocupación bocanadas de humo de su cigarrillo, cruzó el sombrío subterráneo y ascendió los escalones de piedra.

Mike, ocupado en su escritorio, oyó al supuesto reportero detenerse en la puerta, y le llamó sin mirar hacia donde estaba.

-¿Le suministró Griffith buena información? -preguntó.

-No -fue la impávida respuesta-. Después de todo, no creo que sepa nada.

Al salir aquel hombre siniestro, la puerta del depósito de cadáveres chirrió lúgubremente.

CAPÍTULO IV
UN INFORME EXTRAOFICIAL

Era a la mañana siguiente a la muerte del detective Harvey Griffith.

Un caballero, de rostro redondo y de amable sonrisa, trabajaba en su despacho privado, en el piso quince del edificio Grandville, de Nueva York.

No era otro que Claudio Arma, rico agente de seguros.

La mente de este caballero estaba absorbida, a la sazón, por un trabajo extraordinario. A través de grandes lentes que cabalgaban sobre su nariz leía un periódico.

Y las columnas que acaparaban su interés eran las referentes a los asesinatos de Frank Jarnow y del detective Harvey Griffith.

Metódicamente, Arma transcribía importantes pormenores en una hoja de papel. Pero sus ojos vigilantes llegaron a no advertir ya ningún hecho saliente.

Tenía sobre la mesa un montón de periódicos que ya había leído con suma atención, los reunió y los echó al cesto de papeles inútiles.

Fue a la máquina de escribir y copió los apuntes que había hecho. Luego volvió a su escritorio y leyó el extractado informe.

La cabecera de la página escrita a máquina consignaba datos tan de poca monta como los respectivos emplazamientos de la pensión de la señora Johnson y del depósito municipal de cadáveres, lugares, ambos, teatro de los crímenes perpetrados.

Seguían a esto dos relatos independientes: el primero, referente a la muerte de Jarnow; el segundo, al asesinato de Griffith.

El primer rastro de Frank Jarnow aparece cuando llamó por teléfono a Henry Windsor desde Nueva York.

H. W. recuerda la llamada. La recibió en el Club Cívico; la telefonista del mismo la corrobora. H. W. dice ser cierto que quedó citado para las ocho de la noche con F. J., en la habitación de este último.

F. J. llegó en taxi a las ocho. Vino era tren desde Nueva York. El chófer lo atestigua. Subió a su habitación, y esperó a H. W., quien llegó un cuarto de hora más tarde. H. W. había bebido. Estaba poco firme. Se quedó con F. J. en la habitación. La puerta fue cerrada con llave. Uno de los huéspedes les oyó discutir. Las palabras dichas por H. W. fueron "¡Me las pagarás!"

A las cinco y media se oyen dos disparos de arma de fuego. Los huéspedes, forzando la puerta, irrumpen en el cuarto. El lapso de tiempo transcurrido es, aproximadamente, de cinco minutos. H. W. es cogido con el arma en la mano. Intenta resistir. F. J. yace muerto.

H. W., acusado de asesinato. No recuerda si iba armado, ni si disparó. No obstante está conforme en que pudiera haber cometido el crimen. Parece estupefacto. Detenido sin fianza. Su hermano, Blair Windsor, corredor de Bolsa en Boston, se espera que llegue de Massachussets.

Única información sobre Frank Jarnow: Era cajero de Banco. Buena reputación. Una semana antes había salido para pasar las vacaciones en Maine. Regresó a su casa inesperadamente. Sólo algunos parientes en California.

El detective Harvey Griffith llegó a la ciudad la mañana siguiente al asesinato de F. J. Fue a la casa del crimen.

De allí al depósito para inspeccionar el cadáver de F. J.

Un hombre, que dijo ser reportero, entró en el depósito y estuvo solo con H. G. en la cámara subterránea. EL supuesto reportero salió. H. G. no subía.

Media hora después, Mike Burke, encargado del depósito, bajó a la cámara y encontró el cadáver de H. G. Había muerto de una puñalada.

El asesinato se atribuye a los "gangster" locales. H. G. debía declarar como testigo en un caso importante. Aparentemente, buena oportunidad para desembarazarse de él. Tenía muchos enemigos.

De las ropas de H. G. desaparecidos libro de notas y otros objetos: asimismo un sobre que contenía todo lo hallado en los bolsillos de Jarnow. Esto le fue entregado a H. G. por el detective Harrison, encargado del caso Jarnow.

Harrison tiene la lista de los objetos. Ninguno importante, excepto ochenta dólares en billetes.

Conclusión: No hay relación posible entre los dos asesinatos. Todos los periódicos coinciden en ello. El asesinato de Griffith hace pasar a segundo término el de Jarnow.

EL agente de seguros dobló la hoja de papel y la metió en un sobre. Tocó un timbre. La taquígrafa entró.

-Lleve esto a la oficina de Jonás -ordenó Arma, entregándole el sobre. A través de la puerta de su despacho privado la vio coger el bolso y salir por la puerta exterior. Una vez solo, se entregó a la meditación.

Rememoró los episodios recientes de su vida y trató de imaginar lo que el futuro le reservaba.

Pues Claudio Arma era el agente confidencial de un extraño y misterioso personaje conocido por la «Sombra», nombre cuya sola evocación ponía terror en los corazones de aquellos cuyo mundo son los bajos fondos de la sociedad.

¿Quién era la «Sombra»?

Nadie podía contestar a esta pregunta. Era un ser misterioso, capaz de encontrarse en todas partes, y que, del mismo modo, tenía la peculiar habilidad de no estar en ninguna. Su nombre era poco más que un mito entre los gangsters; sin embargo, le temían. Algunos aseguraban haber oído su voz viniendo a través del éter infinito por la radio. Pero en el estudio de la emisora nadie conocía la identidad de la «Sombra».

Sólo su voz era conocida. Podría ser que radiase por remoto teléfono, y que su voz llegara al estudio por hilo privado.

Nadie lo sabía. Sin embargo, millones de personas habían oído la voz de la «Sombra» por la radio, y con ella su risa escalofriante.

EL único hombre que estaba seguro de conocer la verdadera personalidad de la «Sombra» era Claudio Arma y había obtenido su información durante un período de imperiosa necesidad.

Arma había entrado al servicio de la «Sombra» para evitar su propia ruina financiera. Su único contacto con el ser misterioso era a través de los mensajes que Arma enviaba a la oficina sita en un viejo edificio de la calle Veintitrés, al este de Broadway.

La oficina, al parecer, estaba desierta. Sobre su puerta aparecía el nombre: «B. Jonás».

En respuesta a sus mensajes, Arma recibía cartas en clave sencilla que podía leer rápidamente. La tinta de la escritura tenía la particularidad de desaparecer poco después de haber sido abierta la carta.

El agente de seguros era hombre muy ducho en el arte de reunir informes.

Seguía todas las instrucciones de la «Sombra» al pie de la letra. A cambio, recibía una buena remuneración de fuente desconocida.

La «Sombra» era, por supuesto, persona de considerable riqueza. Arma se había dado cuenta de ello desde un principio.

En cierta ocasión, el agente de seguros, fue a visitar a un amigo suyo llamado Lamont Cranston, millonario que tenía una posesión en Nueva jersey, algo distante de Newark.

Fue en la limousine de Cranston; por el camino, la «Sombra» se le reunió en el coche y habló con él en la oscuridad; no desapareció hasta que el automóvil llegó a la residencia del millonario.

Algún tiempo después, Lamont Cranston estaba herido de resultas de alguna misteriosa lucha. Arma, que le visitó inmediatamente, le procuró los servicios de un radiotelegrafista llamado Burbank, quien tuvo por misión manejar la emisora amateur de Cranston durante el tiempo en que para ello estuvo éste imposibilitado.

La «Sombra» trabajaba por radio. Era un hombre de recursos ilimitados.

Lamont Cranston tenía una estación emisora, era millonario. Arma, al hacer aquel descubrimiento se sonrió interiormente, pero no desplegó los labios.

Él era el único que conocía la identidad de la «Sombra».

¿Dónde estaba la «Sombra» en aquel momento?

Claudio Arma no podía contestar a esta pregunta. Lamont Cranston llevaba algún tiempo ausente. Se marchaba y volvía cuando le parecía. Sus criados permanecían en la casa. No discutían nunca los asuntos de su amo.

Todavía estaba el pensamiento de Claudio Arma dándole vueltas al tema Lamont Cranston, cuando la puerta de la oficina general se abrió:

-¡Adelante! -invitó Arma.

Alguien atravesó la oficina exterior. EL agente de seguros levantó la cabeza y se quedó con la boca abierta. En la puerta de su despacho privado estaba, ¡Lamont Cranston!

CAPÍTULO V
CLAUDIO ARMA QUEDA PERPLEJO

Arma se levantó y ofreció a su visitante una silla. Su cerebro trabajaba con extraña y confusa rapidez. Se quedó mirando de hito en hito al hombre que había entrado en su despacho.

Lamont Cranston era bastante alto, de facciones algo pronunciadas, que parecía sobrellevar un gran aburrimiento, como si la vida para él careciese de atractivo.

-¿Qué puedo hacer por usted, míster Cranston? -le preguntó.

El millonario sonrió forzadamente.

No me han traído los negocios, Claudio -replicó-. ¿Por qué tan formal? Usted es un antiguo amigo. Llámeme Lamont.

Arma sonrió, azorado.

-No le veo con mucha frecuencia -dijo, en son de excusa.

-Estoy fuera tanto tiempo, que no es de extrañar -contestó el millonario-. Y, a propósito, ¿cuándo me vio usted la última vez?

Arma vaciló.

-¿No recuerda? -insistió Cranston.

-Sí... Creo recordar... -replicó Arma-. Estuve en su casa.. hace algún tiempo... Fue cuando... cuando usted...

-¿Cuándo fui herido y mandé en su busca? -interrumpió Cranston-. ¿Vino usted entonces?

-Sí. Entonces.

Lamont Cranston se levantó de la silla y fue a la ventana. Contempló el horizonte de Manhattan, golpeando el cristal con los nudillos. De pronto, dio media vuelta, y miró con fijeza al sorprendido agente de seguros.

-¡No lo puedo comprender, Claudio! -dijo-. Es un verdadero misterio para mí. No lo creía hasta ahora.

-¿Creer qué? -balbuceó Arma.

-Que estoy loco.

-Si no se explica...

-Me explicaré, Claudio. He aquí la historia. Mi flaco es hacer lo que me place. Olvido el pasado. Vivo en el presente. Me ausento cuando se me antoja, y regreso tan inesperadamente como quiero. Ya lo sabe por propia experiencia.

»Mi casa está regentada por Richards, mi mayordomo. Lleva conmigo muchos años. Sabe que tan pronto vengo como me marcho.

»Hace algunos meses salí para California. Regresé a casa hace dos días. Espero permanecer aquí, por lo menos un mes.

»Ayer resbalé en las escaleras y caí sobre el hombro. Por el momento me hice un daño considerable. Richards me vio y acudió, alarmado. Me preguntó si me había hecho daño en el hombro herido.

»Esto me sorprendió. ¡Mi hombro herido! Nunca he tenido tal cosa. Pregunté a Richards lo que quería decir. AL pobre hombre parecía que le hubieran quitado de un mordisco la lengua.

»Dijo, al fin, que estaba equivocado que no podía explicar su manifestación. Insistí, todavía. Entonces se excusó diciendo que no debía haber mencionado lo que yo le había ordenado no mentar jamás. Esto empeoró el asunto.

»Me di cuenta de que Richards estaba en un apuro. Evidentemente creía que yo le había dado más instrucciones que debía obedecer, y que no debía tratar el asunto aun cuando se lo ordenase como yo entonces. Por fin encontró una salida. Le echó a usted el mochuelo.

>>Me recordó que usted había venido a verme que yo le había mandado llamar; y, que en realidad, él sabía muy poco acerca del objeto de su visita.

»Puestas así las cosas, dije a Richards que olvidase lo hablado. Y hoy he venido a verle a usted. Quiero saber qué es lo que hay en todo esto.

Las manifestaciones del millonario colocaron a Claudio Arma en situación alarmante. Dos pensamientos predominaron en el cerebro del agente de seguros:

Primero, que Lamont Cranston era la «Sombra».

Segundo, que el episodio de la herida de la «Sombra» debía darse al olvido.

Richards había, inconscientemente, traicionado su conocimiento. Arma acababa de ser tentado a una imprudente concesión.

Notó como si fuese a ser sometido a una prueba. Resolvió afrontar la decisiva situación.

-Tal vez la memoria le falle, Lamont -dijo, complaciente-. Al mismo tiempo debo confesar que mis propios recuerdos no son muy claros.

»Fui a verle hace algún tiempo. No puedo precisar si envió usted o no a buscarme. Me parece que tratamos de heridas, pero en relación con el seguro de accidentes.

»Richards estuvo allí un rato. Pudo muy bien confundir nuestra conversación y creer que se hallaba usted herido y que yo estaba en su casa para concertar un arreglo.

Lamont Cranston pareció intrigado.

-Vino a verme una vez -dijo-. Hablamos de seguros en aquella ocasión, pero fue de seguros contra incendios. Además, esto hace año y medio largo; antes de mi viaje a la América del Sur.

-Debimos hablar del seguro de accidentes también -insistió Arma.

-No -replicó el millonario-. No he necesitado semejante seguro. Mis ingresos bastan para cuidarme.

»Además, recogí de las observaciones de Richards que esta última visita suya era muy reciente. Debió ocurrir, precisamente, antes de mi partida a California, hace seis meses.

Arma movió la cabeza con énfasis. AL mismo tiempo se sintió inquieto. La visita a Cranston, cuando el millonario fue herido, databa, a lo sumo, de unos cuantos meses.

-Bueno -dijo el millonario en tono dudoso-. Sospecho que estoy equivocado. He estado fuera durante seis meses enteros y verdaderos. Mis asuntos siguen exactamente igual a como los dejé. No acostumbro molestarme mucho por detalles de negocios. Richards debe haber estado soñando.

»A pesar de todo, la cosa es muy rara. Pero no voy a preocuparme por ello. A mi modo de ver no ha causado ningún perjuicio. Richards es de toda confianza. De manera que no me preocuparé más de este asunto.

-¿Qué tal si almorzásemos juntos? -sugirió Arma, aprovechando la oportunidad de cambiar de conversación.

-Lo siento, Claudio -fue la respuesta-. Tengo un compromiso. Venga a mi casa alguna noche de la semana que viene. Ya le fijaré la fecha más adelante.

El agente de seguros dio su conformidad, y el millonario abandonó su oficina. Arma se sentó a su mesa, y, a medida que los minutos transcurrían, su cerebro estaba más y más aturrullado.

La única explicación que podía dar a la visita de Lamont Cranston, era que el millonario -al que había identificado con la <Sombra>- estaba ansioso de que el episodio de su herida fuese olvidado.

Arma había prometido no decir nada sobre ello, al contestar a los requerimientos de Lamont Cranston cuatro meses antes.

¿Pero cuál era el propósito de aquel extraño intento de indagar en su mente, de hacerle revelar alguna reminiscencia de lo sucedido?

¿Desconfiaba de él la «Sombra»? No había razón para ello. Acaso -la idea era absurda- ¡estaba equivocado en lo que creía identidad de la «Sombra»!

El pensamiento de Arma, contra su voluntad, iba resbalando hacia esa idea.

Media hora antes, el agente de seguros estaba convencido de que Lamont Cranston y la «Sombra» eran una sola persona. En aquel momento había perdido esa convicción. Se dio cuenta de que su cerebro equivalía al de un niño, si le comparaba con el genio magistral de la «Sombra».

La taquígrafa regresó. Arma continuó sentado ante su escritorio, con la mirada perdida en el espacio. AL fin, reunió sus pensamientos, echó una mirada al reloj de pulsera y se quitó los lentes.

Era hora de almorzar.

Había estado sentado hora y media. Sin embargo, seguía perplejo.

CAPÍTULO VI
LA «SOMBRA» INVESTIGA

Era entrada la noche. Caía brumosa llovizna, y las luces de la calle brillaban en la oscuridad. La fachada de la casa de habitaciones de alquiler de la señora Johnson aparecía negra y tenebrosa.

Los coches que, al pasar, cortaban la niebla, reflejaban sus animadas siluetas en la acera y en la pared del edificio.

Intensa negrura rodeaba los escalones de piedra de la entrada; y fue de allí, de aquella lobreguez, de donde una sombra pareció surgir y deslizarse hacia la puerta de la vivienda.

Pero, en un instante, la sombra desapareció sin dejar rastro. En el interior de la pensión, sin embargo, ocurría un fenómeno singular.

La patrona, al atravesar el vestíbulo se detuvo un momento junto a las escaleras, sorprendida por una sombra extraña que parecía ascender por los peldaños que conducían al segundo piso. Pensó que la imaginación la engañaba.

Desvanecida su alarma, cerró la puerta de la calle y comenzó a subir las escaleras interiores.

En la entrada de la habitación donde Frank Jarnow fue asesinado, había ya una puerta nueva. Si la señora Johnson hubiese subido la escalera diez minutos antes se habría quedado altamente sorprendida. Y con motivo.

Después de sonar un chas agudo en la cerradura, la puerta se había abierto hacia adentro. Pero, un instante antes de que la patrona diese la vuelta en el descansillo, la puerta se cerró silenciosamente.

La vista de la puerta hizo detenerse a la mujer. Durante corto espacio escuchó, por instinto, como si imaginase que podría haber alguien dentro de la habitación. Al no oír rumor alguno, siguió adelante.

Sin embargo, en el interior del cuarto actuaba un hombre.

Sus pasos eran tan seguros, que no producían el menor ruido a pesar de que la alfombra era delgada y raída.

El invisible ser se movía de aquí para allá, de la puerta a la ventana.

Satisfecho de que el estor estuviese echado, dejó conocer su presencia por el fino rayo de luz de una pequeñísima linterna.

Primero iluminó la mesa, que se hallaba todavía en la misma posición, bajo la colgante lámpara. El silencio investigador no podía ser visto; sólo el brillo de la luz indicaba su presencia.

Se dirigió a la puerta; luego volvió a la mesa. Se sentó en una de las dos sillas y después en la otra. Su pequeña linterna recorrió los bordes de la mesa.

Acto seguido la dirigió a la lámpara de pantalla gris.

En dos breves minutos, el hábil investigador había seguido el mismo curso que el detective Harvey Griffith tomara el día precedente.

Había comprobado la importancia del hecho de que si Henry Windsor hubiese usado una pistola estando en pie, su visión hubiese sido interceptada por la pantalla.

La linterna reapareció, después de un momento de oscuridad, y la luz se posó en la puerta, recorriendo la madera del marco.

Se detuvo y concentró su haz luminoso sobre un roce en la blanca pintura.

Un dedo largo y fina apareció en el pequeño círculo de luz y rascó la pintura con la uña.

Era evidente que el marco había sido pintado mientras Frank Jarnow estuvo fuera. La pintura apenas había tenido tiempo de secarse antes de su regreso.

Alguien, atravesando despacio el umbral había rozado con el hombro izquierdo la madera del marco de la puerta, produciendo la rozadura.

El microscópico pedazo de tela estaba adherido a la pintura; la uña del dedo lo extrajo. Después la luz descendió hasta el final del marco de la puerta y volvió a subir, indicando la distancia exacta desde el suelo a la rozadura de la madera.

La luz recorrió toda la habitación, deteniéndose en cada centímetro cuadrado del piso. La detuvo en un cesto de papeles que había en un rincón.

El cesto estaba vacío.

Una mano invisible lo sacó del rincón. Allí, entre el cesto y la pared, yacían los fragmentos de una pequeña tira de papel verde, que había sido partida en pedacitos.

Una mano los recogió y los colocó encima de la mesa. Fueron puestos en orden con extraordinaria rapidez. Era el recibo de un billete en Pullman desde Spríngfield (Massachussets) a Nueva York. La luz desapareció. La persona oculta anduvo de un lado a otro de la habitación, como imitando las idas y venidas de alguna persona que hubiese estado allí antes.

Una silla se movió ligeramente; luego la posición de la otra varió también.

Otra vez el ser invisible fue a la puerta, de allí a la mesa, y, por último, a la ventana. El estor fue levantado cuidadosamente.

Disimulada bajo la palma de la mano la luz iluminó la aldaba de la ventana.

Después desapareció.

El cristal enmarcado en bastidor de corredera ascendió sin ruido. Una forma, casi invisible, salió por la ventana. El cristal fue bajado desde fuera y alguien cayó en la callejuela.

El delgado rayo de luz corrió sobre el cemento. Allí no se veían huellas de pisadas, pero en una esquina, donde terminaba el cemento, había una ligera señal en el suelo, como si el tacón de un zapato hubiese pisado el borde.

Una mano extendió sobre el lugar estrecha cinta de acero, graduada, hizo cuidadosas medidas. Sólo la mano actuaba, manejando la cinta diestramente.

El rayo de luz iluminó una gran piedra que brillaba en el tercer dedo. Era un ópalo de fuego y despedía extraños y rojizos fulgores.

La luz había desaparecido. Ningún ruido, ningún movimiento en la oscuridad. Segundos más tarde, la ventana de un piso interior se abrió y un rectángulo de luz iluminó el lugar donde había estado la mano; y ya nadie había allí.

La puerta del Depósito Municipal era pesada y antigua. Pero aquella noche, media hora después del episodio desarrollado en la pensión, la gran portalada se abrió sin ruido y se cerró sin el más ligero golpe.

Una sombra atravesó el oscuro vestíbulo. El encargado del despacho no la vio, a pesar de que estaba mirando en aquella dirección.

La negra sombra parecía fundirse en la sombría pared. Alcanzó los peldaños que conducían a la cámara subterránea y desapareció por ellos.

No había cadáveres aquella noche en las camillas; se habían llevado ya los despojos mortales de los dos asesinados. Sin embargo, el iluminado aposento parecía esperar algún mensajero de la muerte.

Entró en él una figura alta y negra; una forma embozada en oscura capa y tocada con sombrero de amplias alas que ocultaba sus facciones.

Aquel ser podía ser un muerto, pues andaba con marcha elástica que no producía el menor ruido a pesar de la dureza del suelo.

Como emplazado por el espíritu de los asesinados, fue, sin vacilar, a las camillas donde habían estado los cadáveres y contempló los espacios vacíos, como si visualizara la escena que en pasados días habían ofrecido.

La cabeza de la figura se agachó. El hombre de las tinieblas contempló una mancha de sangre que había en el suelo. La figura se puso en movimiento y, con misteriosa precisión, se dirigió al lugar que había ocupado Griffith; Luego se trasladó al lugar desde el cual el asesino le había acometido con el puñal.

La forma negra se detuvo y levantó la camilla en que estuvo cl cuerpo del detective, en la cual todavía se notaban manchas de sangre.

Luego la linterna iluminó por bajo una señal de tizne, producida por la punta del zapato del asesino cuando, tranquilamente, atrajo la camilla hacia sí.

La cinta medidora entró en acción. Doblada entre los finos y ágiles dedos tomaba los detalles de la rozadura. La graduación de la cinta acusaba las más pequeñas fracciones de pulgada, y éstas eran anotadas con cuidadosa exactitud.

La camilla fue colocada en su lugar. El hombre vestido de negro se trasladó, cruzando silencioso el aposento, a una mesa de madera blanca que había en un rincón. Se sentó en ella y comenzó a tomar notas en un papel.

Su mano izquierda, en la que brillaba el ópalo de fuego, desplegó una hoja de papel escrita a máquina. Era el resumen que Claudio Arma había enviado aquella misma mañana.

El lápiz tachó las líneas en que se decía: Conclusión: No hay relación posible entre los dos crímenes». Luego, el informe que tan meticulosamente preparara Arma fue doblado y la mano lo escondió debajo de la capa.

La mano derecha comenzó a trabajar, escribiendo palabras que parecían surgir de claros y activos pensamientos; palabras que compensaban los perdidos indicios reunidos por el difunto detective Griffith; palabras que adicionaban nueva información, incluyendo datos del informe redactado por Arma a base de los reportajes periodísticos.

Jarnow llegó de Sprinfield. Probablemente de la residencia veraniega de Blair Windsor. Llamó a Henry Windsor por teléfono desde Nueva York. Cita urgente. Jarnow temía persecución.

Jarnow estaba intranquilo mientras esperaba. Rompió el billete del "Pullman". Cerró la puerta y, probablemente, la ventana.

Hizo pasar a Henry Windsor. Mientras ellos hablaban, el perseguidor penetró en la habitación con una ganzúa. Deslizó el cuerpo tocando el marco de la puerta de entrada.

Cerró la puerta. Disparó los tiros mortales. Apagó la luz.

El asesino obró rápidamente. Manejó el conmutador de la luz con un pañuelo; hay señal del tejido en el polvo de la pantalla. Limpió el revólver.

Limpió la aldaba de la ventana; hay rastro en el polvo de la parte superior de la ventana.

No levantó la pantalla, la separó con el brazo. Pequeña señal de tejido en el bordo de la pantalla. Usó el pañuelo antes de poner las manos en el alféizar.

El asesino temió que no hubiesen sido destruidas todas las huellas.

Regresó a la vecindad. Observó al detective Griffith. Le siguió al depósito de cadáveres. Lo apuñaló. Se apoderó de los objetos que habían pertenecido a Jarnow.

La mano hizo un alto en la escritura. Después trazó estas palabras:

El asesino tiene cinco pies y nueve pulgadas de estatura. Pesa, aproximadamente, ciento sesenta libras. Lleva zapatos negros y un traje azul de tela áspera. Opera con la mano derecha. Un malhechor experimentado que puede usar arma de fuego o puñal con la misma facilidad.

A estos apuntes añadió:

Al parecer es hombre de los que no se despintan. Jarnow debió reconocerle inmediatamente. Sin embargo no tiene aspecto de criminal; es amable y convincente. Griffith no sospechó de él.

Llegaron ruidos de las escaleras. Se oyó cerrar la puerta exterior del depósito. No obstante, la figura siguió escribiendo.

Peligro inmediato amenazaba a Henry Windsor. Algo debió suceder era Massachussets. Vincent visitará a Blair Windsor. Debe establecerse comunicación por radio. La identidad del asesino puede averiguarse en Nueva York. Actuar esta noche.

Pesados pasos resonaron en los peldaños de piedra. El hombre vestido de negro plegó el papel mientras se levantaba de la silla. Fue hacia un ángulo del aposento, y su forma quedó inmóvil. Se fundió en la sombra del rincón.

Quien lo hubiese sospechado podía haber advertido su presencia; pero el observador casual no podía significar otra cosa que la negrura natural.

Dos policías penetraron en la cámara llevando un cadáver en unas angarillas. Les seguía el encargado del depósito, quien les señaló, para depositar el cuerpo, una de las camillas, y allí lo dejaron.

-Ahí tiene otro, Bill -dijo uno de los policías, quitándose la gorra y limpiándose el sudor de la frente-. Tú y Mike reunís una buena colección, ¿verdad?

-Ya lo creo -replicó el empleado.

-¿No te da miedo estar aquí? -preguntó el policía.

-No -contestó el encargado-. ¿Por qué he de tenerlo? Los que traen aquí están muertos y bien muertos. Nunca se oyó el más débil gemido.

Estaban los hombres frente al más lejano extremo del aposento. Situada en el ángulo inmediato a la salida, la «Sombra» volvió de pronto a rebullir.

Cual negro espectro cruzó la cripta hasta llegar a los peldaños de piedra.

Una vez refugiada en la oscuridad de las escaleras, se detuvo.

Entonces, a los oídos de los tres hombres que permanecían junto al cadáver, llegó el más terrorífico de los sonidos. Profunda y aguda carcajada llenó los ámbitos de la cámara subterránea, resonando en el techo bajo.

Los hombres, boquiabiertos, miraron el cadáver que yacía en la camilla; ¡parecía que la macabra burla hubiese salido de los labios del muerto!

El jactancioso encargado del depósito temblaba y sus manos agitadas buscaron apoyo en sus compañeros. Allí, en aquel lugar que le era tan familiar, acababa de sentir el escalofrío del terror.

¡Había oído la risa de la «Sombra»!

CAPÍTULO VII
LAMONT CRANSTON HABLA CONSIGO MISMO

Las cuatro de la madrugada.

Esta era la hora que indicaba la esfera luminosa del reloj de pulsera, cuando Lamont Cranston la miró en la oscuridad.

Se había despertado súbitamente y él mismo no podía explicarse por qué. Lo corriente era que tuviese un sueño pesado; pero, en aquella ocasión, le volvía de pronto a la vida consciente una pesadilla fantástica. El dormitorio estaba muy oscuro.

El sueño había huido del cerebro del millonario. Escuchó atentamente. Le parecía haber oído una voz suave que murmuraba su nombre. Debía haber sido en sueños.

Sus músculos se contrajeron.

«¡Lamont Cranston!»

La llamada, en tono casi inaudible, llegó de los pies de la cama. Era un susurro, un extraño e increíble susurro.

No era sueño. Era realidad.

El millonario deslizó la mano derecha debajo de la almohada y empuñó su revólver. Tranquilo apuntó al pie del lecho. Luego echó el cuerpo hacia delante y con la mano libre tiró del cordón de la lámpara que le servía para leer.

Una figura se erguía a los pies de la cama. Una figura negra que semejaba una gran sombra.

Los ojos de Cranston distinguieron una forma vestida de negro, con el rostro encubierto por un sombrero de alas caídas. El millonario dominaba a la figura con su revólver. La habló roncamente:

-¿Quién es usted? ¡Levante las manos o disparo!

Una plácida y queda risa se oyó a los pies de la cama.

-Apriete el gatillo -dijo la voz que parecía un susurro.

El millonario obedeció. Le respondió un ruido seco. Había cargado el arma antes de meterla debajo de la almohada y en aquel momento estaba vacía.

-No se alarme -objetó la voz susurrante, y su tono era siniestro, a pesar de su confianza-. No tiene por qué temer. No le haré daño. Descargué su revólver. Supuse que podía usted excitarse.

-¿Quién es usted? -exigió Lamont Cranston.

La figura fingió no haber oído.

-He venido a aconsejarle -continuó la voz, como un murmullo-. Debe usted abandonar esto por cierto tiempo. Un mes, por lo menos. Le recomiendo un viaje a Europa. El aire del mar es muy saludable en esta época del año. Se irá usted mañana.

-¿Quién es usted?

De nuevo la pregunta quedó sin respuesta.

-¿Obedecerá usted mis órdenes? -inquirió la voz que surgía de los pies de la cama.

-¡No! -exclamó el millonario.

La figura rió melancólicamente y Lamont Cranston se estremeció de miedo.

Sus ojos contemplaron fascinados al hombre vestido de negro que cambiaba de posición y venía al lado del lecho, si bien se detuvo a un paso de distancia.

El millonario cambió de posición a fin de estar dispuesto para repeler rápido un ataque.

-Me pregunta usted quién soy -dijo el extraño ser-. Dígame primero quién es usted.

-Usted conoce mi nombre -replicó el millonario-. Hace un momento lo pronunció-: Lamont Cranston.

Una risa burlona fue la respuesta.

-¿He dicho yo su nombre? -replicó la figura-. No estoy de acuerdo con usted. Lo que dije fue mi propio nombre.

La negra forma se movió ligeramente. La capa y el sombrero cayeron hacia atrás y desaparecieron. Un hombre se reveló á la luz y un grito ahogado salió de los labios de Lamont Cranston.

La persona que ante él estaba era un doble de sí mismo.

-Yo soy Lamont Cranston -dijo el desconocido.

¡El millonario se estremeció al oír su propia voz salir de aquellos labios!

La situación era pavorosa. El hombre que estaba en el lecho no podía dar crédito a sus sentidos. Se daba cuenta de estar despierto; sin embargo, pasaba por la más increíble experiencia que la mente humana puede imaginar.

-Permítame explicarle -dijo el hombre que permanecía de pie, con las mismas modulaciones que semejaban la voz del millonario-. Algunos me llamaban la «Sombra».

»Pero ésta no es más que una de mis personalidades. Tengo otras, que asumo con tanta facilidad como ponerme la capa y el sombrero.

»Una de mis personalidades es la de Lamont Cranston.

»En otro tiempo la usé mientras se encontraba usted fuera. En la actualidad la he elegido para emplearla enseguida. Sería embarazoso para ambos estar los dos aquí. Por tanto, debe usted marcharse.

Repentinamente, un rayo de luz iluminó el maravillado cerebro del millonario.

-Ahora comprendo la causa de que Richards obrase de una manera tan extraña -exclamó-. ¡Usted le engañó mientras yo me encontraba de viaje! Sí... Usted estaba aquí, suplantándome. A usted le hirieron...

-Exacto -replicó el hombre que tan perfectamente se parecía a Lamont Cranston-. Dije a Richards que no mencionase nunca el incidente. Estoy extrañado de que lo olvidase. ¡Es tan cuidadoso siempre!

El verdadero Lamont Cranston se indignó de pronto. Su miedo fue decreciendo a medida que el otro había ido expresándose sin dar a sus palabras el tono de terrorífico susurro. Y estaba ya furioso.

-¡Usted es un impostor! -exclamó.

-¿Lo cree usted así?

-Lo sé.

-Esto no altera las circunstancias -dijo el hombre extraño que se hallaba junto al lecho-. Hay razones por las cuales he elegido estar aquí... como Lamont Cranston.

»Arriba hay una excelente estación radiotelegráfica. Usted la instaló y por ello le doy las más expresivas gracias, pero la ha descuidado. Yo, en cambio, la encuentro útil para mis experimentos.

Lamont Cranston estaba demasiado asombrado para replicar. La tranquila seguridad de su visitante le azoraba.

-Así, pues, usted debe partir mañana -insistió el desconocido-. Antes del mediodía. No comunique a nadie sus planes. No deje dirección alguna. No diga nada acerca de mi visita. Sería desacertado en usted dar cuenta de ella.

-¿Es una amenaza? -preguntó el millonario-. Pues no sabe con quien trata. Voy a comunicarle mis propósitos. Yo me quedaré aquí y le denunciaré como lo que es: un impostor.

La <Sombra> sonrió en imitación exacta al millonario. Sacó de un bolsillo un bloc diminuto de papel y un lápiz, escribió algo y alargó el bloc a Lamont Cranston.

-¡Mi firma! -masculló el millonario.

-Sí -replicó el otro-. Y esto no es todo. Se ha cuidado usted muy poco de los negocios de Lamont Cranston. »Hay muchos asuntos que usted ha olvidado. Hay muchos valores encerrados en las cajas de seguridad de los bancos. Usted no sabe el importe exacto. Yo sí.

»Usted conoce algo de la historia familiar de Lamont Cranston. Pero dudo que recuerde los nombres de solteras de sus dos abuelas. Yo los sé.

»Quédese si gusta. Trate de denunciarme. Pero recuerde que he establecido la personalidad de Lamont Cranston. ¡Con tanto presumir de que usted es Lamont Cranston, yo sé más acerca de esa persona que usted mismo!

»Por tanto, medite y juzgue. Pero ya le aviso por anticipado. Si está usted aquí cuando yo venga mañana, no habrá más que una conclusión.

»Usted sería detenido como suplantador de Lamont Cranston. Yo seré la parte perjudicada, y por tanto el demandante. Para mí una molestia; mas para usted representará el asunto una serie de verdaderas dificultades.

El millonario sonrió ceñudo. No estaba, ni mucho menos, dispuesto a aceptar los mandatos de su osado visitante.

-Antes de mi último viaje -dijo-, escribí una carta a un amigo mío, indicándole algunos asuntos muy personales. Hay, pues, un hombre que sabe que soy real y verdaderamente, Lamont Cranston.

El falso Lamont Cranston reprodujo la sonrisa.

-Conozco el contenido de esa carta -dijo, con su calma imperturbable-. Fue enviada por correo a Cleveland. Además esa carta tuvo respuesta. Yo recibí la contestación, y escribí una segunda carta respondiendo a algunas cosas que se me preguntaban.

»Llame a su amigo de Cleveland, y, puesto en el trance de escoger al verdadero Lamont Cranston, seré yo el elegido.

EL hombre acostado en el lecho arrugó la frente, perplejo. Luego miró a su visitante y se echó a reír. Lo humorístico de la situación empezó a hacer mella en él.

-Bien -aceptó-, un viaje a Europa no viene mal nunca. De ordinario invierto mucho tiempo en combinar mis proyectos y no deja de serme agradable que haya quien los haga por mí. Pero queda el detalle de que los pasajes hay que pedirlos con anticipación...

-Todo ha sido previsto -replicó la «Sombra»-. Usted embarcará mañana por la tarde en el Aquatio. Hace días que me he anticipado a lo que pudiera ocurrir, y que he hecho todos los preparativos... Su nombre no está indicado en la lista de pasajeros. Recuerde, pues, mi advertencia. Nada diga a nadie, que pueda revelar su identidad hasta que no esté en pleno océano.

El millonario se echó a reír. Después alargó la mano.

-Supongo que el cheque lo firmó Lamont Cranston -dijo-. Eso habría sido el golpe final.

-Lo fue.

-Perfectamente, la cosa suena a ostentación. Es una nueva aventura para mí. Me ha convencido usted de que es inútil oponerse a sus decisiones... No conozco sus propósitos ni lo que intenta hacer, pero le deseo mucha suerte.

Los ojos de la «Sombra» estudiaban penetrantes el rostro del millonario.

Parecían leer en los pensamientos de Lamont Cranston; querer saber que decía la verdad y que haría su papel en el inesperado juego.

La «Sombra» estrechó la mano del millonario. Retrocedió y se puso la capa y el sombrero. La indumentaria envolvía su figura; sus facciones de «doble» de Lamont Cranston quedaron oscurecidas.

-¡Acuérdese! -dijo la voz otra vez como un susurro.

El millonario contempló la figura y la vio trasladarse sin ruido hacia el otro extremo de la habitación. La siguió con la vista hasta que desapareció en la oscuridad por la ventana.

La «Sombra» se había disuelto en la noche sin que su partida produjese el menor rumor.

Lamont Cranston rió nerviosamente. Y después de la gran tensión vino la reacción. Sólo la última advertencia rebullía en su mente. Apagó la luz y se durmió.

En sueños le parecía ver una figura alta y negra que susurraba la única palabra significativa:

«¡Acuérdese!»

CAPÍTULO VIII
SPOTTER SE ENCUENTRA CON UN AMIGO

Un hombre bajo, cargado de espaldas, delgado de cuerpo y con inteligente y malvado rostro, entró en aquel antro del hampa conocido por el Barco Negro.

Sus ojos perspicaces y brillantes como negros abalorios, pasaron rápida revista a todas las personas que estaban en el local, desde el que despachaba en el mostrador hasta el despreciable borracho que estaba echado sobre la mesa en un rincón.

-¡Hola, Spotter! -le saludó el propietario.

-Hola -respondió el hombrecillo.

Se sentó a una mesa y pidió una botella y un vaso.

El Barco Negro era el punto de reunión de los gangsters, un puerto y refugio para los que huían de los rigores de la ley, y donde se encontraban los que tramaban nuevos crímenes.

Spotter, astuta y marrullera criatura del hampa, era una figura familiar en el Barco Negro.

Era un camarada de todos los malhechores; los conocía a todos por su fisonomía, por su manera de andar y por sus hechos.

Él mismo había estado mezclado en asuntos turbios, pero poseía una clarividencia que siempre le había permitido mantenerse a distancia de las redes de la ley.

La policía esperaba que algún día se pasase a su bando. Lo deseaban como confidente. Al servicio de las autoridades, Spotter podía ser una carta de triunfo.

Pero jamás habían podido complicarle en ningún crimen, y se rumoreaba entre los gangsters que Spotter había sido dos veces más listo que la policía cuando en alguna ocasión intentaron ajustarle las cuentas.

Spotter había estado llevando una vida de holganza. Siempre tenía dinero; de dónde le venía era un misterio.

Se le veía con frecuencia en el Barco Negro, en la Rata Escarlata y otros centros del hampa. Parecía llevar una vida honrada, demasiado honrada para ser verdadera.

Aquella noche brillaba una mirada ansiosa en los ojos trapaceros de Spotter.

Le traicionaban porque ponían de manifiesto su avidez de actividad; los criminales instintos que dominaban en su alma tortuosa, estaban deseosos de expansionarse.

No obstante, Spotter nunca buscó el crimen. Esperaba la oportunidad de realizarlo.

Un hombre entró por la puerta. Spotter guiñó un ojo dando a entender repentino reconocimiento.

El hombre cruzó el local, notó la presencia de Spotter y le hizo una ligera seña con el pulgar. Luego penetró en un aposento interior de la guarida.

Spotter le siguió.

El recién llegado era un hombre de rostro pálido y nariz aguileña. Iba bien vestido y su mata de cabellos rojos dejaba conocer su presencia bajo el sombrero gris con que se tocaba.

Él y Spotter estaban solos en la habitación.

-¡Reds Mackin! -exclamó Spotter en voz baja, mirando al hombre que se acababa de sentar al otro lado de la mesa-. Te creía en el barrio chino.

El otro sonrió, casi imperceptiblemente.

-De allá vengo -replicó.

-¿No iban bien las cosas? -inquirió Spotter.

La sonrisa desapareció de los labios de Mackin.

-A mí me va bien siempre, Spotter.

-Seguro que sí, Reds. No es que te interrogue. Eres hábil. Lo sé. Diestro como... Nunca he sabido que te encontrases en un apuro. Todo lo que haces, siempre está bien hecho. Pero no esperaba verte otra vez por aquí hasta pasado un mes por lo menos.

-Escucha, Spotter -la voz de Reds Mackin se tornó suave y enfática-. Tengo un buen... mejor dicho, no tengo nada; pero sé de uno que necesita de alguien para llevar a cabo una tarea. Hay <pasta> en este asunto... Trabajo rápido. Además, seguro. Pero significa que uno de los compañeros ha de «diñarla».

Spotter asintió.

-Comprendo, Reds.

-¡Espera! No vengo a recurrir a ti para encontrar el hombre que se necesita. En el barrio chino hay infinidad. Pero esto requiere hacerlo bien. Hace falta el hombre adecuado.

Spotter se humedeció los labios.

-¿Cuánto iré ganando? -preguntó pensativo.

-¿Cómo que cuánto irás ganando? ¿Por encontrar al sujeto que se necesita?

-Sí... Por decirte quien es.

Reds Mackin sonrió desdeñosamente.

-¿Qué maquinas, Spotter? Necesito a la persona que te he dicho. ¿Es que intentas sacarme las entretelas de rositas?

-No, Reds. He dicho lo que dije porque precisamente conozco a un individuo que reúne las condiciones requeridas. Pero no dónde está.

»No es que desconfíe de ti, Reds. La verdad es que, por ahora, no puedo decirte cómo se llama. ¿Cómo sabré yo que no le has atrapado en su agujero después de que sepas quién es?

-Ya veo dónde está la dificultad -resopló, Reds Mackin-. Pero es fácil de arreglar. Tú sabes dónde se puede encontrar un pájaro como el que necesita. ¿Hay algún otro tan bueno como él?

-No. Es el único. Y escucha, Reds -Spotter hablaba con conocimiento de causa-, no hay muchos que sepan lo bueno que es.

»Puedes preguntar a quien quieras -como me lo has preguntado a mí- y estoy seguro de que nadie al responderte pensará en él. Porque es amable, Reds. Engañador como un fullero. No enseña su juego a nadie. Lo esconde.

Reds Mackin sacó del bolsillo dos billetes de cincuenta dólares. Se los dio a Spotter con la mano derecha.

-Aquí tienes, Spotter -dijo-. Son tuyos. Y sólo por decirme el nombre de ese individuo. Nada más. Si puedo echarle la vista encima, sea por tu mediación o por la de algún otro, tendrás otros cien para ti.

»Tal vez -siguió hablando, pero ahora con algo de precaución- te toque un buen chorro de «pasta» más adelante. En todo caso estás a salvo en esto, Spotter. No necesito que hagas nada más. Ni tan siquiera que estés presente, cuando me entreviste con el mozo.

El taimado malhechor tomó el dinero con avidez. Extendió los billetes ante sus ojos y los examinó cuidadosamente.

-¿Qué les pasa? -preguntó Reds Mackin-. Me los dieron en un banco del barrio chino.

-Siempre los miro -replicó Spotter-. Donde menos se piensa...

-No me cuelan a mi moneda falsa -gruñó despreciativo Mackin-. Obras como si hubiera una inundación de billetes falsos por aquí. ¿Es eso?

-No, no -contestó Spotter, rápidamente-. No son sospechas, Mackin. Voy con cuidado. Eso es todo.

Aun tenía los billetes en la mano, cuando Mackin volvió de pronto al asunto.

-¿Cómo se llama ese sujeto?

-Birdie Crull.

-No le conozco. ¿Dónde está ahora?

-Tanto como eso no lo sé. Sin embargo, creo poder encontrarlo.

-¿Qué está haciendo... descansa?

-No. No ha nacido para eso.

Spotter, a medida que fue hablando, puso calor en su explicación.

-Me figuro que pertenece a una banda de categoría, Reds. No es un maleante vulgar. Tiene estudios. Luego se encontró con qué podía hacer dinero con facilidad.

»Se arroja sobre la presa como un rufián; le bírla los cuartos; después, la desorienta y acaba por pasear como un amigo con la víctima, pronta ésta a simpatizar con él.

-Eso suena a finos modales.

-Sí, pero eso no es nada. Ese Birdie Crull ha ido a la comisaría con un individuo después de haberle desplumado, ha presentado la denuncia y ha hecho salir a los guardias en busca del autor del desaguisado. Y a todo esto teniendo en el bolsillo el producto del robo... ¿Qué te parece?

-Muy bien, Spotter. ¿Pero qué hay acerca del revólver y el puñal?

-Los ha usado ambos, Reds, y siempre con fortuna.

-Quizás ha abusado demasiado de su habilidad para que esté seguro.

-Él no, Reds -Spotter, acercándose, bajó la voz-. Se lo encaja todo a cualquier tonto, al que convierte así en cabeza de turco. Ese es el juego que hace. No descubras que te lo he dicho. Soy el único que lo sabe.

-Magnífico -replicó Mackin-. Precisamente el hombre que necesito. Proporciónamelo, Spotter.

-Lo intentaré. Pero ahora está fuera, en algún asunto de gran importancia. Tiene demasiada clase para gastar el tiempo en menudencias.

-Bien, el negocio a que me refiero es importante.

-Sólo una vez -dijo Spotter, recordando-, ese Birdie Crull quedó chasqueado. Fue cuando yendo yo en cierta ocasión a buscarle en un coche grande, él sacó su revólver para atacar a un individuo que vio en el asiento de atrás. Aquella noche estuvo de malas. ¿Quién crees que iba en el coche, Reds?

-¿Algún policía?

-No. ¡La «Sombra»!

Hubo una breve pausa después de haber pronunciado Spotter el siniestro nombre. El tono de la voz del hombrecillo era tenso y temeroso. Reds Mackin se echó a reír.

-¡La «Sombra»! -se mofó-. Se habla mucho de eso. ¡La «Sombra»! ¿Quién estaba con él?

-No seas necio, Reds -replicó Spotter con seriedad-. Ese individuo la «Sombra» existe. Yo mismo le vi aquella noche.

»Salió del coche como una gran mancha negra. Se echó sobre Birdie y disparó sobre él con su propio revólver. Birdie se desplomó en la calle. La «Sombra» desapareció como si el suelo se lo hubiese tragado.

-¿Tú viste eso, Spotter?

-Lo vi. Créeme, Reds. ¿Ves esta habitación en que estamos ahora? Pues bien, la banda tuvo aquí a la «Sombra» acorralada. Pero se escapó.

-¿Cómo?

-Tumbó a una docena de ellos en la oscuridad. Los echó fuera y cerró esa puerta grande que los expulsados trataron después de echar abajo.

-¿Y qué? ¿Lo cogieron?

-Sí y no. Lo que hizo fue echarles una bomba de gases lacrimógenos y pasar entre ellos protegido por unas gafas.

»Podría contarte más cosas, Reds. Algunos de los muchachos también podrían decírtelas. Pero a ninguno nos gusta hablar de ello.

»Escucha, Reds, ¿hay peligro en que esté la "Sombra" mezclada en ese asunto tuyo?

Reds Mackin extendió las manos suplicante.

-Ni por asomo, Spotter. Ha de suceder lejos, en el Oeste. Olvida a esa dichosa «Sombra». Mira aquí.

Sacó otro billete de cincuenta dólares del bolsillo y sujetándolo entre ambas manos lo extendió ante los ojos de Spotter.

-Voy a darte éste también, Spotter -dijo-. Necesito hablar con Birdie Crull. ¿Cuándo crees que podrás encontrarlo?

Spotter contemplaba el billete. Sus ojos parecían hipnotizados.

Al parecer, estaba estudiándolo como había hecho antes con los otros.

En realidad su pensamiento giraba en confuso torbellino.

Su mirada se posó en la mano izquierda de Reds Mackin.

Aquella mano estaba quieta. Los dedos ligeramente separados. Spotter, cuyos ojos de águila no perdían nunca el menor detalle, había observado varias veces la mano de Reds Mackin en otras ocasiones.

Recordaba una cicatriz larga, arrugada y permanente al lado del tercer dedo, una cicatriz que sólo era visible cuando Reds Mackin extendía la mano.

¡La cicatriz no estaba allí!

-¿Qué te ocurre, Spotter? -inquirió la voz sarcástica de Mackin-. ¿Mirando aún de reojo los pápiros de cincuenta? ¿O acaso prefieres que te firme un cheque?

Spotter cogió el dinero mecánicamente y, juntando el billete con los otros, los sepultó todos en un bolsillo.

-Es posible que estés todavía preocupado por la «Sombra» -añadió Mackin-. Pues bien, te doy mi palabra, Spotter. No existe tal individuo. Y, si existe, no tiene nada que ver en este asunto.

Spotter emitió súbita carcajada. Su astucia volvía; otra vez era el hábil truhán del inframundo.

-Oye, Reds -exclamó-. ¿Tú sabes dónde vive Carolina la Coja, verdad? Bueno, pues allí hay una habitación desocupada arriba del todo, al final de la escalera. La tenía alquilada un tipo al que mataron.

»Yo tengo la llave. Cuando encuentre a Birdie Crull, se la daré para que te espere allí.

-¿Cuándo será eso?

-Supongo que dentro de un par de días.

-Bien, puedo esperar una semana. Te diré lo que tienes que hacer, Spotter. Déjame una nota aquí, en el bar. Pon en ella la dirección, no estoy seguro de hacia dónde cae el sitio que dices, y la hora de la visita... Pasaré por aquí todos los días y así podré recogerla poco después de que la hayas dejado. Procura dejarla por la tarde. Haz lo posible para que la entrevista sea por la noche.

-Acaso sea como quieres...

-Así tiene que ser, Spotter. Nada se ha hecho todavía. No es ningún crimen que yo me entreviste con Birdie Crull. No pongas su nombre en la nota. Sólo la dirección y la hora.

-Conforme, Reds.

-Ahora te dejo. Arregla eso deprisa.

Y Reds Mackin se fue.

Durante bastante después de haberse ido Mackin, permaneció Spotter junto a la mesa. Su rostro expresaba intensa concentración como si tratase de extraer de su memoria algún recuerdo perdido.

-¡Reds Mackin! -exclamó para sí-. Parece Reds Mackin. Habla como Reds Mackin. Obra como Reds Mackin. ¡Pero no es Reds Mackin!

El hombrecillo puso un gesto horripilante.

-¡La <Sombra>! -murmuró-. ¡Ese era! No puede ser otro. Bueno, está casi en la ratonera esta vez. ¿Conque procurando engañar a Spotter? Allá veremos.

Un plan se elaboraba en el ladino cerebro. En los labios de Spotter se dibujaba cínico gesto. Luego, de pronto, Spotter se agitó de pies a cabeza, sacudido por súbito terror.

Había oído un ruido -ruido bajo, casi inaudible- que había resonado en su cerebro más que en sus oídos.

No podía haber sido un ruido actual; debía haber sido algo como un eco del pasado; un eco que no era parte integrante de la atmósfera de aquella habitación del Barco Negro.

Spotter estaba solo, ni un alma había entre las paredes pétreas de la habitación. Ninguno de los gangsters que estaban en el inmediato aposento denotaba haber oído nada.

Sin embargo, el ruido era real y verdadero en el asustado cerebro de Spotter, y temblaba al captar los profundos ecos de aquella terrible señal de desastre.

Le parecía oír una sobrenatural y melancólica risa; una risa sibilante, burlona, ¡la risa de la «Sombra»!

CAPÍTULO IX
EN BROOKDALE

Harry Vincent paró su veloz coupé en la cumbre de un montecillo. Estudió en un mapa la topografía del distrito. Descendió luego del coche e hizo un reconocimiento desde el punto más alto de un muro de piedra.

Como a media milla, a cierta distancia de la carretera, se alzaba una pétrea mansión, que identificó como la residencia de Blair Windsor.

El edificio estaba situado en la falda de una colina; por detrás, la cuesta ascendía ligeramente; y de los cimientos a la parte superior del otero parecía no haber más de quince o veinte pies de altura.

-Ese es el lugar -dijo Vincent en voz baja-. La residencia no está muy allá; supongo que el muro de piedra de la cumbre de la colina es la línea divisoria: ¿Qué habrá al otro lado?

Volviendo al coche, lo condujo despacio a lo largo de la carretera hacia la casa. Cuando la había dejado atrás encontró una carretera lateral que volvía hacia la izquierda.

Daba la vuelta al cerro y curvándose en dirección a un lugar situado exactamente detrás de la mansión; pasó ante una granja pequeña que estaba abrigada como un nido entre algunos árboles.

Fue un poco más lejos, y Vincent inspeccionó por segunda vez el mapa.

Tanto el edificio grande como la granja figuraban en él; pero no había más casas en la vecindad.

Harry sacó un sobre del bolsillo. Antes de abrirlo, hizo un resumen mental de los datos en cuya posesión estaba.

-Arma no tenía mucho que decir esta mañana -meditó-. Se limitó a indicarme que viniese aquí para examinar el lugar.

-El hermano de Windsor está en la cárcel por asesinato -dijo-. Todo hace creer que debe de haber algún disturbio en la familia. No promete esto mucho para empezar.

Como quiera que fuese, aquella aventura no pareció preocuparle gran cosa.

Vincent había obedecido las instrucciones de Arma, como el que cumple un deber. Harry debía su vida a la <Sombra>.

Aquella extraña persona le había impedido suicidarse en cierta ocasión.

Desde entonces había ayudado a la «Sombra» en diversas empresas, todas ellas peligrosas y emocionantes.

Cuando la «Sombra» se decidía a actuar y llamaba a Vincent, algo ocurría.

Pero, otras veces, Harry había sido enviado con misión más definida que entonces. Y parecía desanimado.

No había pretexto para entrar en la casa de Blair Windsor. Esto se presentaba como un obstáculo. Así se lo había dicho a Arma y el agente de seguros le había hecho aplazar el viaje por dicha causa.

Quizás había nuevas instrucciones. Harry abrió el sobre.

Contenía un mensaje escrito en sencilla clave que Harry entendía y podía descifrar sin la menor vacilación.

IMPORTANTE

Garret Buckman, agente de seguros de Boston, ha ido a visitar a Blair Windsor y llegará mañana. Buckman es amigo de Arma. Ir a visitarle. Windsor es muy hospitalario. Si hay invitación, quedarse. Presentarse a Buckman como un antiguo amigo de Arma.

Entretanto, investigar a distancia. Estudiar la vecindad. Comunicar lo que suceda, haya o no invitación. Usted trabaja únicamente sobre probabilidades. Observe cualquier cosa que se salga de lo ordinario y que pueda concernir a Blair Windsor.

El mensaje era algo más animador.

A unas cinco millas de distancia había un pueblo.

Harry decidió pernoctar en él. Entretanto, sin embargo, no habría sido prudente llamar mucho la atención.

Era en las últimas luces de la tarde. Harry condujo el coche carretera arriba y encontró una entrada a un campo que parecía hallarse desierto. Puso el coche debajo de un árbol y abrió un paquete que contenía empanadas y una botella de cerveza rubia.

AL acabar su refrigerio fue hacia la carretera. No se veía a nadie entre las sombras de la noche, que empezaban a descender.

Regresó y abrió la parte de atrás del coupé, poniendo de manifiesto una completa emisora radiotelegráfica, el equipo normal que llevaba en todas sus expediciones. Su manejo le era familiar.

Colocó la antena entre dos árboles; pero no hizo los contactos finales. Lo último que hizo fue cerrar la trasera del coche. Ningún observador oculto en las sombras del anochecer hubiese podido descubrir nada extraordinario.

Andando rápido por la carretera, Harry llegó enseguida a la granja por delante de la cual había pasado poco antes. Pronto la más completa oscuridad impediría hacer observaciones. Sabía que debía trabajar deprisa.

Era una hora conveniente, lo bastante clara para ver a su alrededor y lo bastante oscura para no ser notado.

Harry fue a través de los árboles que rodeaban la granja y subió la cuesta.

Un minuto más tarde estaba en la cumbre de la pequeña colina.

La pared de piedra evidenciaba ser la línea divisoria entre la posesión de Blair Windsor y el terreno de la granja.

La cumbre del otero estaba pelada. Sólo crecían en ella pocos y raquíticos arbustos. El sol había traspuesto el horizonte, pero había algo más de luz allí que abajo; por lo que Harry no se alejó de la pared en tanto examinaba sus alrededores.

La casa de piedra y la granja estaban situadas en línea recta, a unas cien yardas una de otra. Pasando por encima del otero, la distancia, naturalmente, era mayor. La granja estaba a oscuras, pero varias de las habitaciones de la pétrea mansión estaban iluminadas.

Pasó un cuarto de hora y Harry se sintió acometido de indolencia en aquella atmósfera soporífera. La escena estaba envuelta en la penumbra que sigue al crepúsculo.

No había nada que incitase a la acción.

Contemplando el silencioso edificio, Harry semicerró los ojos. De pronto, se puso en tensión y se echó junto a la pared de piedra. Alguien ascendía por la colina, procedente de la casa de Blair Windsor. Harry distinguió la silueta de un hombre cuando el desconocido saltó la pared. La figura salió del fondo de cielo en que se recortaba y vino a ser casi invisible. El hombre bajó después la cuesta en dirección a la granja.

Mirando en aquella dirección, Harry vio el resplandor de una luz en una ventana lateral que no había advertido antes. Lucía en el segundo piso del edificio.

Harry observó con atención. El hombre pasó bajo el reflejo de la pálida luz y dio la vuelta como si fuese al porche delantero de la granja.

Después de una última ojeada a la mansión de Windsor, de la que sólo se distinguían entonces las iluminadas ventanas, Harry descendió por el otero hacia la casita.

Había un árbol al lado del ala principal del edificio. Baja su copa, Harry miró a la ventana iluminada.

La situación le intrigaba. Alguna persona pasaba visita desde la casa de Blair Windsor. Acaso no tenía ninguna importancia, quizá fuese un mensajero que venía a un simple recado.

Sin embargo, aquélla era la única luz que había en la pequeña granja. Esto, por sí mismo, era bastante para justificar una investigación.

Harry se acercó a la casa. Había un tejadillo bajo en la parte posterior. Subió a él y se las arregló para estirarse y poder observar por un rincón de la ventana, que estaba abierta, y tenía la persiana a medio echar.

Una tela metálica hacía imperfecta la visión; a pesar de ello, Harry pudo ver dos hombres sentados a una mesa sobre la cual descansaba una lámpara de aceite.

Uno de ellos era de edad, estaba rasurado, y tenía el cabello gris. Harry no pudo distinguir claramente sus facciones. El otro estaba en posición más visible. Era joven, robusto, moreno, y de estatura algo más que mediana.

El hombre de edad, podía ser un granjero aunque era aventurado asegurarlo.

El joven podía ser uno de los huéspedes de Blair Windsor.

La entrevista aquélla era inexplicable. ¿Qué podía significar semejante conciliábulo?

Harry escuchó.

-¿Cuándo volverá Jerry? -preguntó el joven.

-Muy pronto -le fue respondido-. Cenaremos tarde.

-Acabamos de comer en casa de Windsor.

Esta afirmación del joven, confirmó la conjetura de Harry de que era un huésped de Blair Windsor.

-Pensé que debía venir -continuó diciendo-, para discutir algunos puntos.

-Hora era de que vinieses. Esta es la cuarta noche que pasas aquí desde tu regreso.

-Sí; pero usted ya sabe cómo están las cosas en la casa. Me ha parecido mejor no arriesgarme. Todo va bien. No ha habido hasta ahora motivo para tener que explicar los detalles. Me alegro de que Windsor no sepa nada de...

Vincent se sintió resbalar de su inseguro puesto de escucha. Se las compuso para volver al tejadillo y se felicitó del poco ruido que hizo.

Saltando rápidamente al suelo se quedó pegado a la pared por si podía cazar alguna palabra.

Era evidente que le habían oído, porque alguien se asomó a la ventana, la cerró y bajó el estor. Probablemente los dos hombres atribuyeron el ruido a un gato y al oírlo se les ocurrió tomar precaución.

Era inútil permanecer allí por más tiempo. Vincent se dirigió hacia la fachada de la casa.

Un automóvil decrépito que funcionaba entre estertores de vejez, viró al otro lado del edificio. Vincent tuvo el tiempo justo para escapar de la luz de los faros. Atravesó el patio delantero y salió a la sucia carretera.

Una serie de ideas le intrigaban mientras regresaba al coche. Se daba cuenta de que había perdido una interesante conversación; sin embargo, se consolaba al pensar que no había medio de seguir escuchando.

A pesar de todo, era un buen punto de partida para nuevos descubrimientos.

Harry sonrió al pensar en el hombre que había visto subir por la colina.

Nunca sospecharía que le había atisbado y seguido. ¿Quién habría podido imaginar la existencia de forasteros curiosos en aquella solitaria vecindad de Massachussets?

En tanto el cerebro de Vincent daba vueltas a todo esto, una figura salió de entre los árboles que se alzaban frente a la granja, a menos de cinco yardas del lugar donde se encontraba Harry.

Irónicamente, la situación era réplica exacta a la que se había desarrollado en la colina. Del mismo modo que Harry no había sido visto por el hombre que venía de la mansión, así

Harry Vincent no se daba cuenta de la presencia de un ser que le era completamente desconocido.

Brillaban las estrellas. La silueta de Harry era visible para su seguidor.

Cuando Harry llegó a la conjunción de las dos carreteras, tomó el camino que se prolongaba en línea recta en vez de seguir la carretera que daba vuelta a la colina.

El hombre que iba detrás acortó el paso, y dejó una considerable distancia entre él y Harry.

Había para ello una razón de peso. No existían senderos ni atajos secundarios. Para encontrarlos había que ir carretera adelante más de una milla. El hombre que le seguía creyó, evidentemente, que podría conceder a Vincent una gran ventaja. Éste fue el motivo de que no le viese entrar en el campo donde había dejado el coche.

Indudablemente fue feliz ventaja para el confiado agente de la «Sombra».

Harry trabajó en silencio, en su emisora y empleó mucho tiempo. Su perseguidor pasó junto a él, sin darse cuenta de que estaba allí ocupado en la emisión.

Cinco minutos más tarde, Harry Vincent enviaba un breve informe de todo lo que había observado. La comunicación la hizo en una clave especial que sabía de memoria. Acabada su tarea, Harry encerró rápidamente el equipo, dio marcha atrás al coche, y saliendo del campo, volvió hacia la granja.

Los sonidos llegan lejos en el campo y en una noche tranquila.

El desconocido que había seguido a Harry Vincent estaba en aquel momento en la carretera transversal a media milla de distancia en camino recto, y preguntándose qué habría sido del hombre a quien siguiera.

El ruido del coche distante y las luces de los faros le facilitaron la información que deseaba.

Transcurrida una hora, un hombre provisto de una pequeña linterna hacía observaciones a lo largo de la desierta carretera, estudiando las huellas del coupé y anotando las pisadas que Harry Vincent había dejado sobre el barro.

CAPÍTULO X
EN LA GRANJA

La conversación suspendida al oír el ruido producido por Harry Vincent, continuó durante largo tiempo después de haberse éste ausentado.

En realidad, a partir del momento de la interrupción, adquirió aspectos de gran interés.

Harry oyó únicamente los preliminares. Empezó de verdad cuando el más joven de los interlocutores se adentró en los pormenores de su historia.

Pero no había quien pudiese espiarle cuando llegó a punto tan interesante.

-Tuve que apiolarlo -dijo-. Durante todo el camino llegué a la conclusión de que era el único medio de acabar. Y como al sorprenderle estaba contándole el cuento a Henry Windsor... Los dos tiros que le pegué resonaron como dos cañonazos.

-¿No se dio cuenta de nada Henry Windsor? -preguntó el viejo.

-En absoluto -replicó el joven-. Estaba borracho. Esto ayudó. Entré en la casa y subí las escaleras sin el menor tropiezo. Abrir la puerta de la habitación era trabajo sencillo. Jarnow debió guardarse la llave en el bolsillo; por eso tuve suerte con la ganzúa. Pero cuando me vio entrar y que cerraba la puerta, pensé que de la impresión iba a caerse muerto.

»¡Ojalá hubiera sido así! Me habría ahorrado molestias. Sin embargo, creo que fue preferible lo que ocurrió. Maté dos pájaros de un tiro, cargándole el muerto a Henry.

EL viejo movió la cabeza.

-Puede haber sido un error, Crull -dijo.

-¿Cómo? -la exclamación del joven demostraba sorpresa-. ¿No quería usted quitarlo de en medio?

-Desde luego -fue la respuesta-. Será magnífico si va a parar a la silla eléctrica.

-Lo malo es que si le absuelven volveremos a estar donde empezamos.

-Concedido. Pero supón que le echan veinte años o cadena perpetua. Entonces iría a parar a un sitio donde sería muy difícil echarle el guante.

Birdie Crull guardaba silencio. Evidentemente no había considerado este aspecto de la situación.

-Sería una lástima -dijo por fin-. De todos modos no creo que en este asunto haya solución intermedia. Tal como están las cosas en la ciudad o lo facturarán para el viaje del que no se vuelve, o saldrá bien.

»Tiene dinero, influencia, y estaba borracho. Tres factores importantes, que lo mismo pueden favorecer que perjudicar a un hombre. Depende del sentimiento popular.

»Siguiendo las cosas como ahora, la opinión pública estará caldeada. El segundo asesinato que cometí, ha dado mucho que pensar.

-Sí, Crull -objetó el viejo-; y a mí me ha dado algunas preocupaciones también. Fuiste mucho más lejos de lo que yo esperaba. Te mandé quitar de en medio a Jarnow y traerme aquel papel.

-Perfectamente. Así lo hice. Había un solo camino para salir del paso cuando me encontré allí. Y lo puse en práctica.

-Sí. Pero también cargaste el muerto a Henry Windsor, y eso no lo teníamos planeado.

-¡Tuve que hacerlo! Me permitió escapar. ¿Dónde estaríamos los dos si no lo hubiera hecho?

-Quizá tengas razón en eso, Crull. Sí. Tienes razón. Dejó el asunto desprovisto de todo misterio. Fue un buen golpe.

»Puede producir algún trastorno en nuestros planes, pero ciertamente deja las cosas en calma. Mas ese asunto de Griffith...

-Tenía, por lo menos, la misma importancia -interrumpió Birdie Crull-. Aquel sujeto era sagaz. He oído hablar mucho de él. Por eso me quedé en la ciudad, para ver si se ocupaba del caso.

»Llamé a jefatura por la mañana y pregunté por él. Me enteré de cuándo estaría de vuelta. Fui a la casa y le vi salir. Cuando se dirigió al depósito, fui tras él.

-Tienes mucha sangre fría, Crull -dijo el viejo en tono admirativo-. Eres el hombre que tanto he necesitado. Si te hubiera tenido en estos últimos tiempos... Bien, sigamos hablando de lo que ahora interesa. ¿Crees que fue necesario acabar con Griffith?

Por toda respuesta, el asesino sacó del bolsillo una hoja de papel. La extendió sobre la mesa y encajó en su lugar una pequeña esquina que estaba suelta.

-Aquí está tu precioso documento -dijo-. Jarnow lo tenía cogido. La esquina se rompió.

-¿La recogiste?

-Sí... ¡Al día siguiente! ¿Quién crees que la tenía?

-¿Quién?

-¡Griffith!

Los labios del viejo se contrajeron, en gesto de dureza extraordinaria.

-Hiciste bien, Crull -afirmó-. Tiene el final de la firma. ¿Crees que Griffith sabia lo que era?

-Si no lo sabía, hubiese acabado por averiguarlo. Era hombre listo. Pero poco comunicativo. Cualesquiera que fuese, su teoría murió con él. Un mentecato que estaba encargado del asunto se inclinó por la idea de que Henry Windsor era el matador de Jarnow. Por ahora, pues, estamos tranquilos.

El viejo reflexionó un momento antes de contestar. Miraba severamente la mesa, acariciando la superficie con los largos y afilados dedos de una de sus manos como si realizara una inspección.

-Por lo que a eso respecta, sí -convino-. Pero no en lo de Griffith.

-¿Por qué no? ¿Y si hubiese despachado a Jarnow sin poder cargar el muerto a otro? ¿No seguiríamos teniendo sobre nosotros el asesinato misterioso?

-Pero el ser asesinado Griffith tan pronto después de...

-Más bien nos favorece. Había infinidad de casos que para Griffith eran más importantes que éste. Los periódicos no relacionan los dos crímenes.

-¿Crees que lo haga Blair Windsor?

-No. ¿Quieres saber lo que pienso? Sospecho que atribuye el asesinato de Jarnow a Henry Windsor,

-Debía conocer mejor a su hermano y no creerlo.

-Quizá. Pero tú sabes que planeé una ingeniosa coartada antes de salir de aquí, que ha quedado entre nosotros, aunque podríamos haberla dado a conocer a los demás.

-Jerry puede que la sospeche.

-Sí; para ese asunto podíamos haber dado conocimiento a toda la banda. Sin embargo, no creo que Jerry sepa porqué me marché. Seguro que no ha oído hablar de ningún asesinato. Tampoco lee los periódicos.

-Nadie, excepto tú y yo, sabe que él fue a las Montañas Blancas y que mandó por el correo aquellas tarjetas postales que yo tenía.

-¡Trabajo fino! -dijo el viejo-. ¿No se habrá perdido ninguna?

-No, todas han ido llegando a la mesa de despacho de Blair Windsor. Como sabes, eran postales ilustradas.

»Tenía planeado aquel viaje imaginario hacia tiempo. Compré las postales en Boston. Cada una de ellas fue llegando del lugar elegido de antemano, los timbres de correos indican la fecha, escritas de mi puño y letra y con mi firma.

-¿Las vieron todos?

-Vernon las vio. Por supuesto, que puede contarse con su ayuda en caso de peligro. Harper y Quinn no se mueven de la casa, Blair Windsor no se marchó sin antes recibir la primera de las postales.

-¿Cuándo esperas que regrese?

-Seguramente mañana. Estaba ya fuera cuando yo volví. Marchó precipitadamente para ayudar a su hermano Henry a salir del atolladero.

Birdie Crull terminó su relato con sarcástica carcajada.

-Bueno -dijo el viejo-. No está mal, la cosa no parece estar mal.

-La única dificultad -objetó Birdie-, es la chifladura de Blair Windsor de invitar a tanta gente a su casa. Con esa multitud de huéspedes siempre hay peligro.

-No pienso lo mismo -replicó el viejo-. Me alegra que proceda así. Invita a cualquier conocido casual. En esa forma viniste tú aquí.

»Lo deja todo en perfectas condiciones para operar. Especialmente en lo que respecta al abuso en la bebida. Cuanto más huéspedes y mejor reputados, mejor; todo marchará como sobre ruedas.

-¿Qué hay acerca de Jarnow?

-Esto fue lo malo. Todo se ha ido empujando hacia aquí desde hace mucho tiempo, y ésta es la primera vez que algo resulta perjudicial. También fue culpa tuya, Crull. Te siguió hasta aquí.

-Lo sé. Por eso tomé tantas precauciones ahora para regresar.

-¿Por qué no utilizas el subterráneo?

Birdie Crull meneó la cabeza dubitativamente.

-No me gusta -confesó-. Está bien para Vernon. Al fin y al cabo pertenece a la casa; yo no soy más que un huésped...

-Mejor será que hagas uso de él alguna vez. Debes tener el mayor número de facilidades para escapar. Es peligroso llegar aquí por la colina.

-Bien. Seguiré tu consejo. Volveré por el subterráneo esta noche.

-Ya sé que es difícil para ti, Crull. Mas ten en cuenta cuál es nuestra situación. Fíjate:

»Blair Windsor es un afortunado hombre de negocios. Una figura tan prominente en este distrito, como en Boston. Sus amigos y conocidos son de lo mejor. El no presta ninguna atención a lo que está sucediendo, ni sus amigos tampoco. Jarnow fue el primero que se dio cuenta de algo.

»Pongamos cada cosa dentro de sus propios límites. Creí acertado que operases aquí. Eres hombre de valía. Desde luego, nos fastidió lo de Jarnow. Con dos muertes ahora en tu haber, eres lo más parecido a una responsabilidad.

»Pero supón que Jarnow, por no estar yo aquí, hubiera visto...

»No me engañó el presentimiento. Cuando vine, vi el peligro enseguida. Necesitábamos un hombre de acción. Pedro no habría servido. Por eso no lo traje.

>Tú eras el hombre, y te encontré gracias a Bronson. El viejo Tigre me hizo un gran favor poniéndote en mi camino.

»Después de todo, cada uno de nosotros estamos jugando con dinamita; de manera que puedes muy bien quedarte con nosotros. Tú sabes bien cómo hay que manejar la dinamita.

Birdie Crull sonrió burlonamente a tales elogios. Llamaron a la puerta. El viejo metió el papel en el cajón de la mesa.

-¿Qué hay, Jerry? -preguntó.

La puerta se abrió. Entró un hombre toscamente vestido. Era de cuerpo macizo y podía haber pasado por natural del distrito.

Un minucioso observador habría descubierto enseguida bajo la burda envoltura a un hombre de Manhattan.

-Cenaremos dentro de unos minutos -dijo Jerry-. Aquí está una carta que he cogido hoy.

El viejo miró el sobre. Iba dirigido a J. Stevens y a la lista de correos de una ciudad situada a varias millas de distancia.

-De Bronson -afirmó.

Abrió la carta. Al leerla, su rostro palideció; luego se puso encarnado y contraído. Por último, el viejo rió con risa nerviosa.

Birdie Crull se asombró de tan variadas emociones. Por lo general, el viejo permanecía impasible a todo.

-Estamos jugando con dinamita -expresó el viejo-. Esto lo demuestra. Te concierne a ti tanto como a mí, Crull.

»Sólo hay un hombre que alguna vez ha aniquilado mis planes. Sólo uno ha conseguido derrotar a Isaac Coffran. Ese hombre es...

El anciano vaciló antes de pronunciar el nombre. Birdie Crull escuchaba en tensión.

-¡La «Sombra»!

AL salir estas palabras de los labios de Isaac Coffran, Birdie Crull casi se levantó de la silla. El asesino, a pesar de toda su sangre fría, experimentaba la congoja del temor cuando oía este nombre.

El viejo la acababa de pronunciar con horrible rencor.

-¡La «Sombra»! -repitió como un eco Birdie Crull.

-Sí -confirmó Isaac Coffran-. Me parece que nos has metido otra vez en un lío, Crull. Y te lo agradezco. Si hay un hombre con quien celebraría habérmelas, ese hombre es la <Sombra>.

-¿Por qué?

El viejo vaciló y mientras tanto contempló a Birdie Crull.AL fin, decidió explicarse.

-Llevaba yo años -dijo-, viviendo en una casa de Nueva York. Tenía mis proyectos, mis planes y mis métodos. Me daban resultado. El convenio que aquí tenemos fue un resultado posterior. Yo, al principio, me mantuve distante.

»Entonces yo tenía un gran proyecto. Dos hombres competentes se cuidaban de ponerlo en práctica. Hubiesen podido llevarlo a cabo a no ser por la «Sombra».

-¿Por qué se mete en esto ahora? -preguntó Birdie Crull con ansiedad.

-Por ti. Te necesita.

Birdie Crull reprimió un estremecimiento.

-¿Cómo lo sabes?

-Así me lo dice Bronson. ¿Conoces a Spotter?

-Sí. Todo el mundo le conoce.

-La <Sombra> ha sonsacado a Spotter. Aquí tengo los detalles. Necesita un hombre valiente que sepa manejar las armas de fuego o el puñal.

Birdie Crull miraba ensimismado a la pared.

-¿Crees que sospecha? -interrogó-. ¿Habrá averiguado algo acerca... de Jarnow y Griffith?

La voz del asesino temblaba ligeramente. Isaac Coffran le contemplaba con ojos penetrantes.

-Quizá sí -dijo el viejo ásperamente-. Pero si lo sabe... dejémosle que sepa. No es infalible.

»Iba disfrazado cuando se encontró con Spotter. Domina a la perfección el arte del disfraz. Pero Spotter le reconoció... ¡y la «Sombra» no lo sabe!

»Una vez me engañó a mí la «Sombra». Personificó a Pedro, mi ayudante mejicano. Más tarde, logró escapar de una excelente trampa que le preparé. Pero esta vez, es nuestro.

»Spotter conoce la habilidad de la «Sombra». Ha sugerido un plan que Bronson puede realizar. La «Sombra» hará maravillas; pero no milagros. Y necesitaría un milagro para salvarse esta vez.

-Yo le he visto -admitió Birdie Crull-. Salió de la oscuridad. Me abrasó a tiros en medio de la calle.

Isaac Coffran interrumpió con un movimiento de la mano.

-Vence cuando coge a los hombres desprevenidos -dijo el viejo-. Esta vez perderá. No sabe dónde estás, Crull. Ignora dónde estoy yo. No es un agente de policía.

-¿Qué es, entonces?

-Un misterio. Un hombre que ama el crimen, pero que prefiere desbaratarlo a promoverlo. Yo supongo que es inmensamente rico. Tengo entendido que fue espía durante la guerra.

-¿Actúa solo?

-Sí y no. Tiene auxiliares, pero éstos representan papeles muy secundarios. Esto será nuestra ventaja. Todo está preparado. Spotter y Bronson han esperado mi respuesta, hasta ver si yo tenía una idea mejor. He aprobado su plan. Resultará. Puedes estar tranquilo.

Jerry llamó a la puerta.

-La cena -dijo Isaac Coffran-. Ya deberías estar en casa de Windsor. Olvídate de la «Sombra». Es mi presa. De ahora en adelante mucha precaución y vigilancia. Hiciste bien.

Estaba ya Birdie Crull en la escalera cuando le llamó el viejo.

-No olvides mandarme a Vernon inmediatamente -dijo Isaac Coffran-. Dile que traiga las herramientas. Tengo trabajo para él. Ya lo entenderá.

-Bien, así lo haré... Y, a propósito, ten esto que encontré entre los objetos de Jarnow.

Birdie Crull le dio tres arrugados billetes de veinte dólares. El viejo los examinó detenidamente.

-Debió de cogerlos cuando estuvo aquí -dijo.

-Exacto -respondió Crull-. Otra pista que pudo haber seguido el detective Griffith. Yo sé lo que me hago cuando trabajo.

Mientras el eco de los pasos de Birdie Crull llegaba de la escalera, el viejo Isaac Coffran se restregó las manos. Su hombro inclinado hacia delante tembló, y un tenue espasmo de perversa risa agitó su cuerpo.

-¡La «Sombra»! Sus labios pronunciaron las palabras con diabólica maldición-. ¡La «Sombra»! ¡Ja, ja, ja!

Había en su risa siniestra ironía. Despíadada hilaridad parecía arrastrar la encorvada figura del viejo, cuando, lentamente, descendía la escalera.

CAPÍTULO XI
HARRY VINCENT SE ESTABLECE

Era bastante después del mediodía, cuando Harry Vincent hizo avanzar su coche por la avenida que conducía a la suntuosa morada de Blair Windsor.

Su llamada a la puerta principal fue pronto contestada por un criado de mediana edad. A su demanda de ver a Garret Buckman fue introducido en un gran salón de recibir.

El hombre que buscaba Vincent llegó pocos minutos después. Garret Buckman era un individuo afable, de unos cincuenta años de edad.

Su rollizo rostro brillaba, y su calva relucía. Se acercó a Vincent con la mano tendida cordialmente.

-¡Hola, Vincent! Le estaba esperando. Tuve un telegrama del viejo Claudio Arma, ayer. Un gran compañero, Arma, y antiguo amigo suyo, según tengo entendido.

-Así es.

-Pues bien, sus amigos lo son también míos. Celebro que se haya detenido para verme. Le presentaré a algunas personas que están aquí. Tal vez pueda ayudarlo de manera que se quede usted con nosotros una temporada. ¿No tendrá usted prisa, verdad?

-No -respondió Harry, dudoso-. Mi propósito era ir a Vermont; pero vi a Arma antes de salir de Nueva York, y me pidió que no dejase de detenerme aquí y le presentase sus excusas.

-Acaso sea mejor que olvide usted Vermont -urgió Buckman-. Espere a que hable con Windsor. Venga, le presentaré a él.

Cogió a Harry por el brazo y le condujo a través de un salón. El ruido de chocar de bolas vino de otro, situado al final.

Entraron en una habitación donde cuatro hombres se encontraban alrededor de una mesa de billar. El juego se interrumpió al entrar ellos. Un hombre joven, con amistoso talante, le dio la bienvenida.

-Éste es míster Windsor -explicó Buckman-. Tengo el gusto, Blair, de presentarle a míster Vincent.

Harry sintió inmediata simpatía por Blair Windsor.

La personalidad del hombre era de atrayente bondad. Un tipo viril, con una expresión prometedora de camaradería. Físicamente era un atleta.

Los otros fueron presentados también.

Philip Harper era una persona bajita y rechoncha, que extendió el brazo con nerviosidad. Vincent calculó que pasaría de los cuarenta.

Perry Quinn era más joven, muy por debajo de los treinta. Su saludo fue cordial, pero dejó traslucir cierta reserva, que Vincent advirtió.

Aquel hombre debería ser objeto de vigilancia.

Harry Vincent se contuvo cuando fue presentado al último de los cuatro. Se llamaba Bert Crull. Harry adquirió la certeza de que era el joven que había visto en la granja la noche anterior.

Crull dio la sensación de amistoso muchacho y pareció verdaderamente complacido en conocer a Vincent. Su sonrisa de bienvenida acalló las sospechas de Harry y le hizo pensar que el episodio de la noche precedente no tenía ninguna importancia,

-Garret Buckman me dijo que le esperaba -explicó Blair Windsor a Harry-. Confío que usted permanecerá entre nosotros tanto tiempo como pueda. Aquí hay casa franca para todos mis amigos y para todos sus amigos.

Harry se echó a reír.

-No era mi propósito -empezó a decir.

Blair Windsor le detuvo con un ademán.

-Es una invitación sincera -dijo-. Nada de cortesía. Hay habitaciones suficientes para usted. Le gustará esto. Es el mejor lugar de Nueva Inglaterra. Deseamos que se quede usted.

-Windsor lo dice de veras -interrumpió Buckman, apremiando.

-Muy bien -concedió Harry-. Esto es una maravillosa hospitalidad, mister Windsor, y el lugar, uno de los más deliciosos que he visitado. Me quedaré unos días.

-Conviértalos en semanas si le es posible -replicó Blair Windsor, mientras volvía a la mesa y buscaba su taco-. Si le place, quédese con nosotros todo el verano.

Lo placentero del ambiente le gustó a Harry. Buckman y él salieron afuera, en tanto los otros terminaban la partida. Luego se reunieron los seis en la gran estancia de la mansión.

El día era caluroso; todos estaban en mangas de camisa. La vista desde la ventana del salón era hermosa. La quinta de verano de Blair Windsor era, en verdad, un remanso de paz atractivo, y Harry difícilmente podía creer que allí ocurriese nada malo. La única nube que oscureció la conversación„ se presentó por la tarde. El afable rostro de Blair Windsor adquirió tintes sombríos al tratar del asunto. Sus ojos grises se pusieron solemnes mientras hablaba.

-Amigos -dijo-, no puedo comprender lo ocurrido con Henry. Estaba bebido cuando fue a ver a Frank. Esto puede disculparlo. El gran defecto de Henry es el licor; sin embargo, no alcanzo a colegir cómo le ha convertido en un homicida.

-Frank parecía encontrarse bien cuando estaba aquí -observó Perry Quinn-. Pero no me explico por qué se marchó tan súbitamente. Se fue antes de que nos diésemos cuenta de su partida.

-Es probable que estuviera preocupado por su trabajo -explicó Blair Windsor-. Dudaba si quedarse o no dos semanas. Creo que llamó a Henry por teléfono. Eran antiguos amigos, como sabéis; en realidad yo sólo conocía a Frank por Henry.

-Blair ha pasado por una desdichada experiencia -aclaró, confidencial, Buckman a Vincent. Estaban sentados, juntos, en un rincón de la estancia.

»Frank Jarnow, que estaba aquí marchó a su casa hace varios días. Vivía en la misma población que Henry, el hermano de Blair.

»Evidentemente tuvieron una disputa, y Henry disparó sobre Jarnow matándolo. Blair tuvo que ir allí unos días para ver de arreglar un poco las cosas.

-Bien, señores -dijo Blair Windsor, en tono jovial-, no hay que preocuparse más del asunto. Hablé con el abogado de Henry. Es un buen hombre y espera conseguir su libertad.

»Eso es todo lo que puede hacerse.

»Olvidémoslo. Es mi problema y yo no puedo hacer otra cosa que aguardar su ulterior desarrollo. Entretanto vuestra compañía es un verdadero consuelo. Lo digo sinceramente.

A las cinco, Harry recordó que había dejado la maleta en el pueblo, a cinco millas de distancia. Salió en su coupé y cubrió la distancia rápidamente.

Entonces regresó, pero tomó por una carretera lateral que pasaba entre bosques.

Allí, en un lugar alejado de toda observación, montó su emisora y envió un mensaje, relatando su actuación.

La respuesta no se hizo esperar.

<Envíe informes por correo. En caso de necesidad establezca comunicación radiotelefónica. Llame a Arma por larga distancia en caso de extrema necesidad. Mientras tanto escuche noticias de WGG a las tres; y de WNX a las seis y a las nueve.

Harry estaba de regreso en la casa de Blair Windsor a las seis y media, a tiempo para cenar.

Después de cenar, los hombres se pusieron a jugar a las cartas.

A pesar de que todos ellos parecían acaudalados, las apuestas eran bajas.

Blair Windsor explicó el porqué.

-Me visitan muchos amigos -dijo a Vincent-. Algunos no poseen gran fortuna. Jugamos por el placer de jugar. Aquel que no goza de este modo en el juego no está obligado a jugar.

Los demás invitados aprobaron estas manifestaciones. Era una amable reunión de hombres, todos de acuerdo y en armonía.

-¿Qué hora es? -preguntó Philip Harper de pronto.

-Las nueve dadas -respondió Blair Windsor.

El hombre bajito fue hacia la radio.

-A estas horas, la WNX suele decir algo emocionante -explicó-. Tal vez cojamos todavía el final de la emisión.

Y, acercándose más, dio vuelta a los discos graduados de la radio.

Harry escuchaba atentamente el programa que llegaba por los aires. Se percibía la voz de dos locutores en medio de un diálogo.

Los oyentes suspendieron el juego y trataron de coger el hilo del relato. «Es cerca del anochecer», se oyó decir a una de las voces en tono bajo.

«Todavía no -dijo la voz del otro locutor-. Mire su reloj, hombre. ¿Qué hora es?

Harry Vincent extremó la atención al notar que la voz recalcaba las palabras reloj y hombre.

«Las cuatro», dijo el otro locutor.

«Será oscuro dentro de un par de horas. ¿Cree usted que ése estará aquí a las cinco?

«Sí; y deberá pasar a pocos pies de nosotros. Le he visto por aquí lo menos nueve veces.»

El atento cerebro de Harry había llegado a un estado semihipnótico. Las únicas palabras que parecía oír eran las recalcadas. Pero no llegaron más de esa clase. El resto de la historia acabó normalmente.

<Vigile hombre oscuro-cinco pies nueve.>

Este era el mensaje que fulguraba en el pensamiento de Harry. Tenía que vigilar al hombre moreno de cinco pies y nueve pulgadas de estatura.

Había dos así, junto a la mesa. La descripción sentaba mejor a Perry Quinn que a Bert Crull, Los dos eran de la misma estatura.

Morenos los dos; pero el pelo de Quinn era negro como el azabache, en contraste con el de Crull, de intenso tono castaño.

Llegó después a la habitación la voz del anunciador. Voz siniestra, que hablaba con sobrenatural, fantástico murmullo. Impresionó a Harry, pues le pareció familiar.

Escuchó sus tonos, no las palabras. Cesó la voz. Una pavorosa risa la siguió.

Cuando los tonos burlones alcanzaron su susurrante crescendo, Perry Quinn se puso en pie de un brinco y cerró la radio. Su rostro estaba torvo, contraído, al volver a la mesa; y el joven fue acogido con miradas de interrogación.

-¿Qué ocurre? -inquirió Blair Windsor.

-La radio me da hormiguillo -dijo Quinn.

Todos rieron, menos Bert Crull. Parecía pensativo; pero su rostro permanecía impasible. Al fin, sonrió ligeramente.

-¿A quién le toca dar? -preguntó, tranquilo.

Los pensamientos de Harry Vincent estaban en plena actividad mientras las cartas eran repartidas.

Había recibido instrucciones por el aire. Eran órdenes de la «Sombra», interpoladas con arte en un diálogo de radio.

Después de las instrucciones, había oído una risa, la risa de una voz para él bien conocida.

Era la risa de la «Sombra»... ¡Y a Perry Quinn no le había hecho maldita la gracia aquella risa!

CAPÍTULO XII
MUERTE A LA «SOMBRA»

Un hombre descendía, a la noche siguiente, por el callejón que pasaba delante del antro conocido por el Barco Negro. AL irse aproximando, una figura se deslizó hasta un hueco que había entre dos casas y permaneció allí, oculta.

El hombre entró en el Barco Negro.

El encargado del bar lo llamó.

-¡Hola, Reds! ¡Ven un momento!

Reds Mackin se acercó al mostrador, y el dependiente le dio una carta.

Mackin estudió el sobre un instante. Luego, lo abrió.

EL mensaje indicaba una dirección y la hora de las diez. Debajo aparecían garrapateadas las palabras: «Que no faltes.»

El hombre del pelo rojo se metió la carta en el bolsillo. Todavía no eran las nueve. Se sentó a una mesa y pidió de beber.

Habían pocos gangsters en el Barco Negro aquella noche. Dos o tres entraron y salieron durante la media hora que Reds Mackin estuvo allí.

Mackin miró otra vez la carta. Un recién llegado, hombre de mediana estatura que cubría su cabeza con pesada gorra, le echó una mirada de reojo; pero, al parecer, Reds no se dio cuenta.

Finalmente, Reds se levantó y salió del Barco Negro. El gangster siguió su ejemplo minutos después.

Reds Mackin andaba despacio. Iba hacia el lugar de la cita dando un rodeo.

Eran ya cerca de las diez, cuando torció la esquina de una calle animada y entró en una silenciosa vía lateral.

Un gran auto de turismo, que había estado estacionado junto al bordillo de la acera, se puso en marcha. Pasó una manzana de casas y dobló una esquina, y luego otra.

Debía haber llegado al cruce de dos calles estrechas casi al mismo tiempo que Reds Mackin.

Pero Mackin había hecho un alto en su camino para encender un cigarrillo.

El viento era fuerte y no le había sido fácil. El coche de turismo estaba muy distante, en el cruce. Siguió andando y torció en la próxima esquina.

Reds llegó al cruce y siguió a lo largo de la manzana. Miró el número de una casa. Le faltaban dos portales para llegar a la dirección deseada.

Miró calle abajo. Un coche de turismo venía hacia él, a bastante marcha.

El auto pasó bajo una luz a unos ocho metros de distancia. En aquel mismo instante Reds Mackin vio un brillo de metal.

Con rápido e instintivo movimiento se echó al suelo, detrás de un grupo de cubos llenos de ceniza que estaban junto al bordillo de la acera.

Simultáneamente salió del coche el agudo tableteo de una ametralladora. El auto pasó rápidamente, llenando la estrecha calle con sus disparos, de terrorífico estruendo.

Los mortíferos proyectiles fueron lanzados en la misma fracción de segundo en que Reds Mackin se tiró al suelo. Su instinto había actuado independientemente del cerebro que manejaba el arma. Las sibilantes balas se enterraron en la ceniza.

En el área de diez metros cubierta por los proyectiles, sólo había un pequeño espacio donde un hombre podía refugiarse y sobrevivir.

Espoleado por la necesidad del momento, Reds Mackin había encontrado aquel lugar de protección tras el afortunado parapeto de los cubos llenos de ceniza.

El que manejaba la ametralladora se dio cuenta, enseguida, de lo que había sucedido; No así el conductor del coche, que siempre había ido mirando hacia delante. Una serie de juramentos se oyó al escapar la lluvia de balas y pasar el automóvil.

Reds Mackin se levantó tan deprisa como se echara al suelo. Acto seguido se precipitó hacia la entrada de la casa a que había acudido. La puerta cedió nada más al tocarla. Entró, la cerró y fue derecho a la escalera; una luz macilenta brillaba en lo alto.

Dos hombre fornidos saltaron sobre Mackin al pie de la escalera. Se libró de ellos retorciéndose, y tumbó a uno de un magnífico directo. El otro disparó dos veces; pero no hizo blanco, porque Mackin le desvió el brazo de un golpe.

En un abrir y cerrar de ojos, Reds cogió el revólver del caído. Volviéndose, disparó sobre el otro adversario.

Escaleras arriba se lanzó después Reds Mackin, saltando de dos en dos y de tres en tres los peldaños. Cuando llegó al final, un hombre corpulento se echó encima de él y le arrebató el revólver.

De momento, Reds quedó dominado; luego luchó a brazo partido con su adversario. Se soltó y cayó de rodillas. Cuando su enemigo se inclinó sobre él, Reds le soltó un directo al estómago.

El gigante cayó. Reds le dio un fuerte empujón y lo echó a rodar escaleras abajo. Reds se levantó y recogió el revólver.

La puerta de la reducida habitación estaba abierta. Reds Mackin, al entrar en ella se echó a reír. Con toda calma cerró la puerta y encendió la luz.

En el rincón y de pie estaba un gangster de rostro frío, apuntándole con una automática. Antes de que Mackin pudiese alzar la suya, el otro hombre había apretado el gatillo de su arma.

El cuarto pareció temblar con la explosión. Los proyectiles encontraron su blanco en el cuerpo de Reds Mackin.

EL torvo gangster rió entre dientes cuando el contrabandista cayó pesadamente al suelo. Con la mayor frialdad inspeccionó el retorcido cadáver; luego apagó la luz y salió de la habitación por la ventana.

Los policías estaban en la calle. Habían acudido a consecuencia de los disparos del fusil ametralladora.

Al mismo tiempo que entraban en la casa, un hombre de corta estatura y cargado de espaldas, se escurría calle abajo. Había estado oculto en el edificio opuesto a aquel en que entró Reds Mackin.

Una hora después, la muerte de Reds Mackin era la comidilla de los bajos fondos. Había producido asombro en el hampa, el trágico fin del hábil contrabandista de licores.

Pocos sabían que había estado en el centro de la ciudad; se suponía, generalmente, que había estado en el Oeste. Por fin se supo que se le había visto de noche en el Barco Negro.

Fue una noche de preocupación para muchos contrabandistas. Reds Mackin había sido un buen camarada que nunca traicionó a ningún pistolero. ¿Por qué le eligieron para eliminarlo?

Nadie podía contestar a esta pregunta.

-No puedo imaginármelo -dijo un gangster en el Barco Negro-.Si tenían que liquidar a un tipo como Reds Mackin, ¿por qué no le llevaban a dar un paseo en coche? En vez de eso, arman todo el ruido que pueden.

-Nos han metido a todos en un aprieto -observó otro-. La policía no pasará esto por alto. ¡Rociarlo a tiros de ametralladora, en medio de la calle!

-No lo liquidaron así -dijo el que había hablado primero-. De esa acometida logró escapar. Donde le tumbaron fue dentro de la casa. En el mismo cuarto de Carolina la Coja. Esa tía vieja es una ruina, según dicen. Se ha metido con contrabandistas de licores y ahora la policía la hará cantar.

-Quizá pesquen a unos cuantos.

-No. Se quedarán con las ganas de saber quién fue, hasta que los pájaros ahuequen el ala de la ciudad.

-Dicen que Reds se cargó a uno de ellos.

-¿A quién?

-A Goldie Parker. Y los agentes encontraron a Tiro Larrigan en el suelo, al pie de la escalera. Reds lo había tirado desde arriba.

-Los dos son de la banda de Maloney.

-Acertaste. Lo que significa que los otros muchachos tendrán que largarse con la música a otra parte.

La discusión continuó. Todo el reino de los gangsters se había conmovido por la explosión y temía las consecuencias. La muerte de un contrabandista parecía, a duras penas, digna del riesgo desplegado.

Entre la multitud había un hombre que habría podido explicar muchas cosas que hubiesen satisfecho a los otros. Pero Spotter, lejos de destacarse en primer término, permanecía en el fondo del cuadro, sin decir nada.

Interiormente estaba alborozado. Le costó algún tiempo llegar a convencerse que el plan para cazar a la «Sombra» había sido un éxito.

Frío, tranquilo y pausado, un hombre entró en el Barco Negro y se dirigió a la habitación interior. Spotter se unió a él como por casualidad, cuando el otro se servía licor de una botella. Estaban solos.

-¡De manera que lo cazaste, Steve! -murmuró Spotter.

El otro asintió con la cabeza. Spotter contempló su figura y su rostro impasible, con admiración.

-Oye, Spotter -la voz del hombre rechoncho era dura y baja-. Me di cuenta de la mentira que decías, tan pronto como salió de tus labios. Era digna de los quinientos en billetes falsos que me largaste. ¿Qué te parece?

- Que era digna de dinero verdad, contante y sonante.

-No importa. Ese dinero full es casi como el bueno. Pronto y bien lo tomarán donde voy a ir. ¡Qué lástima! No podré volver a Nueva York, ni podré, estoy seguro, vivir lejos de él.

-¿Cómo sospechaste... -Spotter miró aprensivo a su alrededor-, que era la «Sombra»?

-Esa es buena! Cuando esta tarde me dijiste que harías valer mi espera, se me aguardaba para ayudar a la banda de Maloney, enseguida me dio en la nariz que no era Reds Mackin a quien perseguíais. Podría haber sido fácil pescarlo. Pero yo sabía algo de la «Sombra».

»Se interpuso una vez en mi camino, Spotter. Queríais un hombre allá arriba, en aquel cuarto, para un caso de apuro. ¿Quién iba a ser el guapo que se escapara al fuego de una ametralladora y a tres hombres que le esperaban dentro?

-La «Sombra» -admitió Spotter.

-Tienes razón. ¿No te dije que sabía a quién queríais atrapar? Pensé mucho cuando me hiciste la proposición esta misma tarde.

»¿No ha sido una suerte que yo estuviera allí? Ya lo creo. Estoy satisfecho. La «Sombra» estuvo a punto, una vez, de pescar a Steve Cronin. En cambio, Steve Cronin ¡ha cazado a la «Sombra»!

EL hombre rechoncho acabó su bebida. Castañeteó los dedos, a guisa de despedida, salió del Barco Negro y se detuvo en la puerta para encender un cigarrillo.

-Steve Cronin era el hombre adecuado -murmuró Spotter, aprobando-. Se lo diré a Bronson. Aún cobraré quinientos de verdad, por los falsos que endosé a ése.

«Suerte que Steve viniese a la ciudad. Ha sido un hacha. Bien seguro estaba de que si la "Sombra" hacía por él, Steve saldría con algún truco.»

Se detuvo un momento en sus reflexiones.

-Yo le descubrí, al notar que no tenía la cicatriz -susurró en la soledad del aposento interior-. Supe que era él. Reds Mackin no estaba en la ciudad. Sólo la «Sombra» podía osar ir tan lejos en aquel pugilato.

»¡Diantre! ¡Me asusta pensar lo que hubiese sucedido si Steve no hubiera estado aquí! Porque me lo acaba de decir; de lo contrario siempre habría tenido mis dudas de que habían dado cuenta de él.

Un gesto de satisfacción se fue esparciendo sobre las astutas facciones de Spotter.

¡Muerte a la «Sombra»! Ese había sido su máximo anhelo.

Y ¡la «Sombra» estaba muerto!

CAPÍTULO XIII
UNA DESAPARICIÓN EXTRAÑA

Harry Vincent estaba preocupado. Era la tercera noche que pasaba en casa de Blair Windsor. La primera había sido señalada por el mensaje que le llegó por la radio. Esperó un mensaje semejante la segunda noche; pero en vano.

Aquella noche también había estado esperando; puso la WGG a las tres, y la WNX a las seis, mas, sin resultado alguno.

¿Qué le había sucedido a la <Sombra>? En todas sus experiencias con el misterioso personaje, Harry Vincent había observado que cuando se inauguraba un método o un sistema se seguía.

En aquella ocasión, en cambio, después de las primeras instrucciones de vigilar a cierta persona, Harry no había recibido ni una indicación más.

Durante el día, Harry se las había ingeniado para mantener un ojo vigilante sobre Perry Quinn y Bert Crull. Uno de ellos, estaba seguro, era su hombre.

Quinn, porque había procedido sospechosamente; Crull, porque se parecía al hombre que Harry había visto en la granja.

Sin embargo, en dos días de observación que llevaba en su haber, Harry no había descubierto nada. Entonces eran las nueve o poco menos.

Quizá le llegase alguna palabra sutilmente disimulada desde la estación emisora WNX.

Harry Vincent penetró en el gran salón. Todos los hombres se encontraban allí.

Buckman y Blair Windsor estaban engolfados en una partida de ajedrez; Harper los miraba jugar. Crull leía el periódico de la tarde. Pero Quinn parecía inquieto; paseaba de arriba abajo por la estancia.

Harry puso la radio en la estación WNX. Cuando miró a su alrededor, Quinn se había ido.

-¿Dónde está Perry? -preguntó Harry-. Me pareció haberle visto hace un momento.

Harper miró y se encogió de hombros.

-Ha ido al soportal -dijo Crull-. Sospecho que necesita tomar un poco el aire fresco.

Los hombres parecían completamente indiferentes al acto de Quinn. Harry estuvo tentado de unirse a Quinn en el soportal; pero estaba ansioso por oír el esperado mensaje.

Así, pues, se quedó esperándolo; más el resultado lo decepcionó. El programa que llegó por los aires no contenía palabras de clave.

Harry se daba cuenta de que su propia situación en aquella casa no estaba bien establecida. Era un huésped gracias a los ruegos y deferencias de Garret Buckman.

Debía, por consiguiente, obrar de manera que no despertase las sospechas de los miembros habituales del grupo: Windsor, Buckman y Harper.

Sin embargo, consideraba esencial concentrar todas sus energías en Quinn y Crull. Sin olvidar a los criados que había en la casa, tres de ellos hombres.

Lomo, el cocinero, era un sujeto jovial que rara vez salía de la cocina.

Parker, era el factotum, que atendía a todo lo de la casa.

Vernon, el viejo mayordomo, parecía estar virtualmente fuera de servicio.

Era un hombre de aspecto digno y cabellos grises; aunque activo, endosaba muchas de sus ocupaciones a Parker, quien estaba siempre ocupado.

Vernon entró en el salón mientras Vincent estaba pensando en él. Arregló algunos muebles que estaban fuera de sitio, y después se encaminó escaleras arriba.

Harry empezó a conjeturar acerca de la situación de Blair Windsor.

«Aquí tenemos a Windsor, el más agradable de los amigos, con tres sirvientes, dos sin interés y el otro un viejo. Sus huéspedes son hombres de negocios, que han venido a descansar unas semanas. Sin sospecharlo, albergan una persona peligrosa que debe tener algún plan entre manos.

El cometido de Harry era vigilar al enemigo; además hacerlo con arte; Pues, de lo contrario, su comportamiento alejaría un huésped.

Philip Harper volvió al salón. Eran entonces las diez. Los otros, la noche anterior, habían jugado a las cartas hasta muy tarde. Todo el mundo parecía cansado.

Windsor y Buckman acabaron la partida de ajedrez y decidieron pasar un rato al fresco en la espaciosa galería. Harry se fue con ellos. Crull se quedó en el salón leyendo todavía el periódico. Dijo que, probablemente, estaría ya arriba, en su cuarto, cuando volvieran.

No vieron ni señales de Perry Quinn cuando llegaron al porche. Blair Windsor recalcó el hecho. Garret Buckman presumía que Quinn había ido a dar un corto paseo.

La idea inquietó a Harry Vincent. Encontró una excusa para regresar al salón y dejarlos.

Acto seguido entró en la casa por una puerta lateral que rara vez se usaba.

Avanzó hasta un vestíbulo a oscuras y cerró la puerta. Luego se paró en seco.

Alguien cruzaba el vestíbulo delante de él; y ese alguien caminaba con rapidez.

Se abrió una puerta y el hombre desapareció de su vista. Harry fue detrás.

La puerta daba paso a las escaleras de la bodega. Harry pudo oír el ruido de las pisadas del hombre, aunque eran muy silenciosas.

Evidentemente, la persona que andaba en la oscuridad estaba segura de no ser seguida, pero, aun así, andaba con precaución.

Harry procedió con absoluta cautela. Llegó al suelo de piedra de la bodega y siguió sin hacer ruido el rastro del hombre, orientándose por los ligeros ruidos de sus pasos.

¿Quién era?

Harry no podía decirlo. Las únicas personas que, positivamente, podía eliminar eran Blair Windsor y Garret Buckman, a quienes había dejado en la galería.

Podía ser Perry Quinn, que había entrado cuando vio a los otros ir al soportal. Podía también ser Bert Crull, que había estado en el salón.

Harry Vincent había decidido descubrir la identidad de aquel individuo.

Entonces cruzaban la bodega. Harry no había estado nunca en aquel lugar.

Se veía en constante peligro de chocar contra un poste o de tropezar con algo que delatase su presencia. Sin embargo, el hombre que iba delante parecía conocer el camino a la perfección.

De pronto, Harry se detuvo. Podía oír la respiración jadeante del otro.

Debían estar muy próximos y cerca de la pared del otro extremo de la bodega; pero el hombre, en la oscuridad, ya no se movía.

Harry temió haber sido oído. Hizo frente a la situación y escuchó.

Oyó ligeros ruidos, pero no pudo colegir de dónde venían. Se hizo el silencio. Harry esperaba.

Hasta el ruido de la respiración del hombre había cesado. El silencio pesaba como losa de plomo en aquellas profundas tinieblas.

El hombre estaba casi al alcance de la mano de Harry; pero éste debía esperar a que el desconocido hiciese algún movimiento. Tuvo la sensación de que el otro estaba escuchando también.

En cualquier momento, el desconocido podía saltar sobre él. La única esperanza de Harry dependía de dos factores: primero que el desconocido no hubiese advertido su presencia; segundo, que el hombre de las tinieblas no se preocupase de revelar su identidad.

Una repentina idea se le ocurrió a Harry Vincent.

Más pronto o más tarde encontraría al hombre que amenazaba la casa de Blair Windsor. ¿Por qué no forzar las cosas en aquel momento?

Un encuentro allí, en la oscuridad de la bodega, sería desconocido por todos, excepto Harry y su adversario.

El joven buscó en su bolsillo, y sacó una linterna. La dirigió al lugar en que se ocultaba la persona parada y oprimió el botón.

El rayo de luz reveló un rincón de la bodega lleno de anaqueles; pero nada más.

¡El hombre al que siguiera Harry Vincent había desaparecido!

Era imposible que hubiese retrocedido. La posición en que quedó Harry cuando se detuvo, impedía la retirada. En la oscuridad había acorralado a un hombre en un rincón, y, sin embargo, aquella persona ¡se había escapado!

Con la luz por delante, Harry dio una vuelta de inspección a la gran bodega.

Vio la disposición completa del lugar, pero no encontró allí a nadie.

Subió las escaleras sin hacer ruido. Bert Crull ya no estaba en el salón.

Alguien entró. Era Vernon, que acababa de bajar. El viejo criado miró a Vincent burlonamente.

-¿Dónde está míster Windsor? -preguntó Harry.

-Él y míster Buckman entraron ya, señor -replicó Vernon-. Míster Windsor me ordenó cerrar.

-¡Oh! -la exclamación de Harry denotaba sorpresa-. ¿Todos están en la casa?

-Sí, señor. Todos están arriba. Creí que usted había subido también. Míster Windsor dijo que usted les dejó en el porche y había entrado.

-Así lo hice, en efecto -exclamó Harry-. Pero no les he oído entrar. Precisamente quería unirme a ellos. Puesto que ya están arriba, me retiraré yo también.

En su habitación, Harry Vincent se preguntaba: ¿había soñado durante el episodio de la bodega?

No. Estaba seguro de haber seguido a una persona de carne y hueso. No obstante, la sorprendente desaparición de la misma, daba al asunto el cariz de cosa increíble.

Veloces ideas se agrupaban en su mente. Sólo había un hombre que desapareciese de esa manera... ¡y ese hombre era la «Sombra»!

Harry no había recibido mensaje de Nueva York. ¿Podía ser que la «Sombra» en persona estuviese en Brookdale, rondando la residencia de Blair Windsor como un espectro, al que era posible ver, pero no seguir?

Harry Vincent aún no había salido de su aturdimiento, cuando se quedó dormido.

CAPÍTULO XIV
SPOTTER HACE UNA VISITA

Los súbditos de los bajos fondos de Nueva York rondan para apoderarse de lo ajeno mientras los demás duermen. AL mismo tiempo que Harry Vincent se retiraba a descansar, en la paz de Brookdale un hombrecillo, cargado de espaldas, caminaba a buen paso por una calle oscura de Manhattan.

Habían transcurrido casi veinticuatro horas desde que Spotter habló con Steve Cronin. EL asesino había desaparecido de la ciudad y la banda de pistoleros de Maloney había ahuecado el ala al mismo tiempo.

Sólo quedaba Spotter. Nadie lo relacionaba con la muerte de Reds Mackin.

Todas las noches, Spotter había frecuentado los antros habituales. Había estado en el Barco Negro, en la Rata Roja y en otros mal afamados escondrijos del hampa.

La chusma que le vio ni sospechó siquiera que tuviera participación alguna en su muerte. Tal era el sistema de Spotter. Hábil y discreto, el malvado de ojos de águila llevaba a cabo sus asuntos sin ingerencia de nadie.

Aquella noche salió de la Rata Roja y eligió un camino a través de estrechas callejas laterales que le daban la seguridad de que nadie le seguía.

El hombrecillo desapareció a lo largo de un estrecho callejón. Se sumió en un oscuro rincón y esperó. De haber seguido alguien su rastro, a buen seguro, al llegar a aquel punto, habría pasado de largo, quedando, así, en descubierto el perseguidor. Pero no apareció nadie.

Spotter dejó oír ahogada risita. Luego emergió de la oscuridad y siguió adelante por el desierto callejón, torciendo al llegar a un edificio de la esquina.

Sobre la puerta principal de la casa colgaban tres bolas doradas de hierro forjado. Pero Spotter eligió una entrada lateral que conducía a las habitaciones situadas encima de la casa de empeños.

Había una segunda puerta provista de timbre. Spotter lo oprimió. El cerrojo fue corrido momentos después y se abrió la puerta, dando paso al hombrecillo. Luego se cerró silenciosamente, mientras Spotter subía las escaleras.

Un hombre estaba aguardando al final de la escalera, donde brillaba una luz mortecina. Examinó a Spotter, le reconoció, y le hizo entrar en una habitación pequeña. Las persianas de aquel cuarto estaban echadas.

-No te esperaba tan pronto, Spotter -dijo el hombre-. Tendrás que aguardar un poco.

-Perfectamente, Doc. Esperaré -replicó Spotter.

El hombre a quien Spotter pagaba visita, era Doc Birck, el dueño de la casa de préstamos. Doc Birck era muy cuidadoso en sus tratos. Llevaba su negocio con legalidad y rara vez admitía objetos procedentes de robo.

Era un hombre flaco y entrado en años. En aquel momento contemplaba a Spotter a través de los gruesos cristales de sus grandes lentes.

-Será preferible que esperes, Spotter -dijo Birck-. Sólo confío en ti.

-Nada te reprocho, Doc.

-Tú sabes que «trabajo» con un par de muchachos. Mientras se portan bien no soy duro con ellos. Pero son capaces de meterme en un atolladero del que no pueda salir. Eso estropearía mi combinación.

-Vigila, Doc. No es prudente que estén muchos en el secreto.

-Estoy de acuerdo contigo, Spotter. Siempre procuro deshacerme de los billetes falsos tan pronto como llegan a mis manos.

» Me gustaría depender sólo de ti. Por una parte estaría más a salvo; pero, si así lo hiciera, tendría que tener el «asunto» aquí, en casa; Y, a la larga, sería aún más peligroso.

-Yo creía que lo tenías aquí.

-Verás... -Birck vaciló antes de confesarlo-. No tengo inconveniente en explicarte el truco, Spotter. Yo compro el género en el acto y lo pago por anticipado. Sé que procede de aquí mismo, pero no sé de dónde.

-¿No lo sabes? -preguntó, asombrado, Spotter.

-No -replicó Birck-. Digo al mensajero cuánto necesito y cuándo. Cómo entré en la combinación, es asunto mío; no hay para qué hablar de ello. Pero juego limpio.

»El individuo vendrá por aquí de un momento a otro. Traerá diez mil dólares en billetes falsos, la mejor imitación que he visto, y le daré dinero legítimo por ellos.

Spotter nada preguntó acerca de las condiciones en que Doc Birck «trabajaba» pagando en buena moneda la ful de origen desconocido.

-Esta noche te llevarás dos mil -indicó Birck-. Los otros vendrán a distintas horas a recoger los suyos. Así quedaré limpio.

»Todos "trabajan" como tú... a partir la mitad conmigo. Hasta aquí nunca he tenido ningún tropiezo.

-¿Por qué hemos de estafarte, Doc? Es un buen negocio para nosotros.

-Tú lo has dicho, Spotter.

-Si he de decirte la verdad, Doc, siempre estaba preocupado por ti. Tenía la creencia de que los billetes falsos los fabricabas aquí mismo.

Doc Birck resopló:

-Deberías pensar más allá de todo eso -dijo-. Si tuviese las planchas aquí y tratase de imprimir, me echarían el guante enseguida. No, señor. Lo mejor es entrar el género y sacarlo. Ese es mi método.

Fue a una caja de caudales que estaba en un rincón. AL dirigirse a ella, su sombra se alargó en el suelo considerablemente. Se transformó en un enorme fantasma negro que parecía llegar del oscuro vestíbulo.

Spotter lanzó una exclamación de pavor.

-¿Qué ocurre? -inquirió Doc Birck, volviéndose rápidamente.

-Nada, Doc -respondió Spotter.

El hombre flaco abrió la caja de caudales y sacó un fajo de billetes. Cerró la caja y extendió el dinero delante de los ojos de Spotter para que pudiera verlos bien. Eran nuevos y tersos.

-Todos de diez -dijo Doc Birck-. No falsos, desde luego. Estos son buenos, muchacho. Los saco para pagar al personal.

El prestamista ató el fajo de billetes con una gruesa cinta roja. Spotter se veía incapaz de calcular la cantidad que contenía el envoltorio.

-¿Qué es lo que te pone tan nervioso? -preguntó Birck, mientras metía el dinero de los jornales en el bolsillo de la chaqueta.

-Nada -gruñó Spotter-. Estoy muy agitado esta noche.

-¿Te afectó lo ocurrido a Reds Mackin?

-No. ¿Por qué había de afectarme?

-Ha dado mucho que hablar el caso de ese sujeto. Pero yo me pregunto, ¿qué es lo que había hecho Reds Mackin? Algo gordo debió ser, cuando le persiguieron hasta liquidarlo.

Spotter movió la cabeza como si todo aquel asunto fuera un misterio para él.

Miró al suelo y se sintió aliviado. La enorme sombra había desaparecido al regresar Doc Birck a su primitivo lugar en la habitación.

Evidentemente, aquella sombra había sido debida a la peculiar posición de las luces. Spotter no tenía deseos de recordar nada relacionado con ninguna sombra.

El timbre sonó dos veces. Doc Birck fue hacia Spotter.

Luego salió al vestíbulo.

Bajaron las escaleras juntos. Un hombre esperaba al otro lado de la puerta interior de cristales. Su mano oprimía el marco de uno de ellos en forma que se le veían tres dedos. Esto, sin duda, era una seña particular que debía tener algún significado.

Birck abrió la puerta. Desde fuera lanzaron un paquete dentro.

Allí, en la oscuridad, y viéndolo Spotter, el prestamista dio al hombre el fajo de billetes de diez dólares. En un instante, el que lo recibió se marchó.

El ruido de la puesta en marcha de un coche se oyó poco después.

-Ven -dijo Birck, cogiendo el paquete.

Condujo a Spotter a través de un corto vestíbulo. Luego, por unas escaleras, bajaron a la bodega.

Birck encendió la luz del sótano. Dejó el paquete en el suelo y lo abrió. Pilas de billetes de veinte y cincuenta dólares quedaron de manifiesto. Birck examinó uno.

-Acabado perfecto -dijo-. Superior al modelo corriente. ¿Cómo quieres los tuyos, Spotter? ¿De veinte o de cincuenta?

-Mitad de cada -respondió el hombrecillo.

Cuando el prestamista se inclinó hacia delante para contar el dinero falsificado, su sombra se prolongó de nuevo. Esta vez, Spotter no dijo nada; pero su rostro se contrajo. Observó a Birck un momento; luego se volvió con toda cautela para mirar la bodega.

Su inspección demostró que estaban solos. Las esquinas de la bodega, estaban en sombras, pero no se veía a nadie. Una mancha negra que había en un rincón, no era más que una gran pila de carbón, evidentemente sobrante de la provisión del invierno.

Birck acabó de contar el dinero y se alzó, en el mismo momento en que Spotter terminaba de inspeccionar la bodega.

EL taimado Spotter notó que el gran espacio negro no era tan extenso en el suelo, ahora que el prestamista se había levantado.

-Vámonos, Spotter -previno Birck-. Te dejaré marchar al llegar arriba. Los otros estarán aquí pronto. Quiero desembarazarme de esto antes de medianoche a ser posible. Págame tu parte tan pronto como pases éstos.

El prestamista colocó el resto de los billetes falsificados en una caja y los cubrió con papel. El y Spotter subieron. Birck apagó la luz al salir. Entonces le vino otra idea y volvió a encenderla.

-Duke estará aquí muy pronto -explicó a Spotter-. No hay ninguna ventaja en que ande yo a ciegas por aquí.

Transcurrió un minuto después de haber abandonado los dos hombres la bodega. A la sazón, una sombra empezó a crecer en el suelo. Se extendió desde la sección de la bodega en que se guardaba el carbón.

Si Spotter hubiese estado allí, habría gritado, horrorizado, porque de la negrura, de la pila de carbón surgía una figura alta, vestida totalmente de negro y envuelta en una capa que impedía todo reconocimiento.

El extraño ser fantasmal avanzó quedamente a través de la bodega. Se agachó junto a la caja donde los billetes falsos habían sido colocados.

Luego el sombrero y la capa cayeron, y un hombre de mediana estatura se manifestó a la luz. Iba vestido con burdas y mal cortadas prendas y un suéter sucio, que le daban la apariencia de un gangster típico.

Spotter no hubiese reconocido al hombre; pero sí su voz. Pues el individuo toscamente vestido, reía en tono bajo y siniestro.

Su risa, aun siendo baja y suave como era, resonaba de un modo sobrenatural y fantástico en las paredes.

Era la risa de la «Sombra... ¡La «Sombra», a quien Spotter creía muerto!

CAPÍTULO XV
UNA RAZZIA A MEDIANOCHE

La disfrazada sombra observó con curiosidad la bodega. Después prestó de nuevo atención a la caja, quitó los papeles de encima y tomó varios de los billetes falsos.

Los estudió a la luz. Se los metió en el bolsillo y arregló la caja tal y como Doc Birck la había dejado.

Aunque el dueño de la casa de préstamos había manifestado a Spotter que volvería enseguida a la bodega, el hombre mal vestido parecía completamente indiferente al hecho. Fue de una parte a otra del sótano, y, por último, se detuvo junto a la pila de carbón.

Cogió un largo bastón que estaba apoyado en la pared, y sondeó las profundidades de la pila de carbón.

Aunque realizó esta operación con muy poco ruido, el sonido del carbón removido era suficiente para ahogar otros ruidos. De ahí que la «Sombra» se detuviese un momento en su trabajo, y escuchara por si oía algún sonido provinente de las escaleras que conducían al piso de arriba.

Completando su trabajo, abrió una caja que había en la pila de carbón, escudriñó en ella y sacó una plancha de metal. Contemplándola a la luz vio que era una plancha usada en la fabricación de billetes falsos.

Después de detenido examen, la «Sombra» comparó la plancha con los billetes de muestra que había cogido. Su desfigurado rostro permaneció impasible por un momento; después una ligera sonrisa apareció en los gruesos labios.

Los penetrantes ojos de la «Sombra» habían descubierto diferencias casi imperceptibles entre la plancha y los billetes.

El gangster del suéter volvió la plancha a la caja. Echó encima montones de carbón. De pronto, se detuvo en su obra.

Permaneció unos segundos en actitud de escuchar. Después se deslizó con sorprendente rapidez, al mismo tiempo que un hombre aparecía por el otro extremo de la bodega.

-¡Manos arriba! -gritó el recién llegado con voz baja y autoritaria. La pistola que empuñaba daba énfasis a la orden.

Las manos del pretendido gangster estaban hundidas en los bolsillos de su suéter. Por un instante sus dedos vacilaron; luego levantó las manos con fingido malhumor.

-Me ha pescado in fraganti -dijo en voz áspera y agria-. Pero no hacía aquí nada malo.

El recién llegado entró despacio en la zona de luz. Era un individuo de mandíbula cuadrada, vestido de azul oscuro, y con sombrero negro. Con la mano izquierda levantó la solapa de la chaqueta mostrando una insignia.

-¿No hacías nada, eh? -comentó-. Ya lo veremos más tarde. Entretanto, continúa con las manos en alto.

»Soy agente federal. Te lo digo por si no lo sabes. Y esa pila de carbón es tan interesante para mí, como para ti.

El falso gangster no replicó. Miraba con perversidad al hombre que lo había capturado. Estaba allí, con los labios hinchados y la nariz torcida, y su sombra formaba una gran mancha en el suelo delante de él.

-¿Qué hacías aquí? -preguntó el agente-. Tú no estás en la «cantina». Lo sé. ¿Tratabas de robar algo?

-¿Por qué he de decírselo? -fue la huraña respuesta.

El agente federal se encogió de hombros.

-Ya hablarás luego -dijo-. Para tu información te diré que no estoy solo en este fregado. Mis compañeros están ahora arriba. Nuestro propósito es enchiquerar a todos los que encontremos en la casa.

El prisionero continuó silencioso. Se oyeron pisadas en la escalera.

-Ya están aquí -añadió el hombre del servicio secreto.

Volvió la cabeza y se encontró frente al cañón de la pistola que empuñaba Doc Birck. El rostro del prestamista estaba contraído por la angustia.

-¡Suelte el arma! -refunfuñó-. ¡Suéltela, si no quiere que dispare!

El arma del agente federal sonó contra el suelo de la bodega. Doc Birck le estudió con ojos penetrantes; luego su mirada se posó sobre el gangster mal trajeado, que seguía junto a la pila de carbón.

-Este individuo no viene con usted -observó Birck-. Estoy seguro. Bien, aclararé el asunto, antes de acabar con usted. De la policía del gobierno, ¿eh? ¿Buscando alguna prueba?

EL prestamista fue a la caja que contenía los billetes falsificados. Con la mano izquierda sacó los fajos uno a uno y los fue arrojando a un horno cercano.

Siempre mantengo el fuego a punto durante el verano -dijo-. Es un buen lugar para quemar desperdicios.

El agente de la policía secreta contempló rabioso los billetes falsos.

-Siento que viniese tan pronto -dijo el prestamista tranquilamente.

Miró al horno y lo cerró.

-Espere unos cinco minutos -añadió-. Entonces podrá inspeccionar cuanto guste y llevarse lo que encuentre,

Luego se encaró con el gangster.

-No tienes suerte, muchacho -dijo-. Podría perforarte, pero no vale la pena. Eres un ladrón vulgar. Bueno, procura no abrir la boca. ¿Entendido?

EL agente de la policía secreta le interrumpió:

-Harás bien en entregarte, Birck -dijo con voz firme-. Estás ya cogido, y para nada necesitas esa pistola. Mis hombres están ahora llegando a la casa.

-¿De veras? -se mofó Birck-. Dejemos que vengan. No encontrarán nada. Vosotros no sabéis lo que quemé, ni lo sabréis nunca.

-No puedes librarte de las planchas -replicó el agente federal-. Baja, pues, la pistola. Se acabó la broma.

-¿Qué planchas? -La voz de Birck estaba llena de aprensión.

-Las planchas que este individuo ha enterrado hace un rato en la pila de carbón -replicó el policía.

El rostro de Birck se puso lívido de cólera.

-¿Conque ése es vuestro juego? -exclamó-. ¡Mandar a un timador inventa chismes para colocarme unas planchas! Vosotros, malditos pajarracos, sois peores que una pandilla de asesinos. Bien, sólo por eso, me arriesgaré a correr la suerte. ¡Pero mi decisión significa el sudario para vosotros dos!

Su dedo estaba sobre el gatillo de la pistola y ésta dirigida al policía del servicio secreto. Pero antes de que pudiese disparar el anunciado tiro, el gangster mal vestido saltó hacia delante.

Viendo la súbita amenaza, Birck cambió de blanco. Mas el hombre del suéter viejo se anticipó a sus movimientos. Se agachó mientras el otro disparaba. Y en otro instante cogió por la cintura al asombrado prestamista y le tumbó en el suelo.

La pistola se escapó de la mano de Birck. Fue a chocar contra el horno.

El agente de la policía secreta aprovechó la oportunidad. Debía la vida a la oportuna intervención del gangster, pero pensó que éste habría obrado sólo para defenderse a sí mismo.

Cogiendo su pistola del suelo, donde la dejara caer al ordenárselo Birck, el agente federal apuntó con ella a Doc Birck y al otro hombre, el cual, a la sazón estaba arrodillado junto a la caja, cerca del horno.

-¡Manos arriba! -gritó-. ¡Manos arriba, o disparo!

Doc Birck obedeció mientras se ponía en pie.

El otro no obedeció.

En un simple segundo había cambiado de identidad. Se había cubierto con la capa y el sombrero que estaban junto a la caja. Como un relámpago se ocultó tras un poste; luego subió las escaleras en dirección al piso superior.

Los disparos del agente federal se perdieron en el vacío.

AL llegar la veloz sombra al final de la escalera se encontró con dos hombres que se precipitaban hacia la bodega. Eran los esperados refuerzos.

Los recién llegados venían prevenidos para hacer frente a cualquier contingencia. Llevaban las pistolas en las manos; pero la proximidad del hombre cubierto de negro no les dio tiempo a usarlas. En cambio, saltaron a un tiempo sobre la alta figura.

EL resultado fue sorprendente.

Uno de los agentes se encogió bajo los efectos de un terrible golpe. Sus dedos inertes soltaron la pistola y cayó pesadamente al suelo.

EL otro se agarró a su adversario; pero la fuerte figura vestida de negro se desasió, y el hombre fue dando tumbos escaleras abajo.

Un grito se escapó de sus labios. Los otros lo oyeron, y un verdadero destacamento de policía secreta entró por la puerta lateral, abierta por ellos.

Aullaron las bocas de las armas, pero sus tiros eran más lentos que la huidiza figura. La «Sombra» subió las escaleras hacia el segundo piso, casi invisible en la penumbra.

-¡Ya los tenemos! -gritó uno de los agentes, levantando la pistola y disparando hacia la oscuridad.

Pero antes de que el eco de sus disparos se hubiese extinguido, se oyó un sonido burlón que llegaba del segundo piso. Era una risa larga y ronca; una risa que sobrecogía; una risa que significa mucho más que meras palabras.

¡Era la risa de la «Sombra»!

CAPÍTULO XVI
SPOTTER VE A LA «SOMBRA»

Apenas se había extinguido el sonido de la risa de la «Sombra», cuando una docena de agentes subieron las escaleras en su persecución. Eran hombres sin miedo, acostumbrados a rudas razzias.

Si bien de momento habían sido desconcertados, ya nada les detendría. No pensaban en el peligro que implicaba su loca persecución.

Ocuparon el segundo piso con asombrosa rapidez. Había allí únicamente cuatro aparatos, y sus linternas registraron todos los rincones. Las ventanas cerradas eran prueba suficiente de que su presa no había huido.

Los hombres para realizar las pesquisas se habían separado. Dos de ellos entraron en una habitación de la parte trasera de la casa. Llevaban preparadas las pistolas. Una risa en tono bajo y burlón se oyó en el rincón junto a la ventana.

Los dos hombres dispararon hacia aquel punto. Enfocaron sus luces sobre el lugar donde creían que estaba el hombre vestido de negro. Pero la falaz voz de la «Sombra» les había engañado. De nuevo oyeron la risa, que salía de la desnuda pared que iluminaba sus linternas.

Antes de que se dieran cuenta del ilusorio ventrilocuismo que se había ensayado allí, la «Sombra» cayó sobre ellos.

Saliendo de detrás de la puerta del cuarto, agarrotó sus cuellos con manos de hierro y les hizo dar cabeza contra cabeza.

Después bajó al vestíbulo, esquivó la presencia de dos nuevos adversarios, y se fue en derechura a una habitación cuya puerta estaba abierta. Antes de que pudieran detener su empuje, dio con la puerta en las narices a sus perseguidores, los cuales oyeron girar la llave en la cerradura.

¡Crak!

Uno de los agentes federales, hombre robusto, se lanzó contra la puerta.

Otro unió a los suyos sus esfuerzos; y después de varios empujones violentos, la puerta cedió y los policías se precipitaron dentro de la habitación.

Los demás les siguieron. Sus linternas brillaban; pero la habitación estaba vacía. Uno de los hombres levantó el cristal de la ventana.

Había un callejón abajo y un guardia en la parte alumbrada, mirando hacia arriba. En la mano derecha tenía un revólver.

-¡No dispare! -previno el hombre que se asomó a la ventana.

-¿Quiénes son ustedes, entonces? -replicó el otro.

-Agentes federales. Estamos haciendo una razzia.

El hombre sacó cl cuerpo fuera de la ventana y echó hacia atrás la solapa de la chaqueta para enseñar la insignia.

-¿Necesitan ayuda? -preguntó el guardia.

-No. Perseguimos a un hombre que se ha escapado por esta ventana. ¿Le vio usted?

-No. Acabo de llegar. Baje aquí y le buscaremos.

El agente federal saltó por la ventana. Inspeccionó una porción del terreno inmediato a la pared, mientras el guardia buscaba en otras direcciones.

Sus esfuerzos no tuvieron éxito. El policía miró a la casa con curiosidad.

-¿Qué ocurre ahí dentro? -preguntó.

-Hemos dado una batida en la casa para descubrir una partida de falsificadores de billetes de Banco -explicó el policía del servicio secreto-. Hemos cogido a Birck, el dueño del local. Está abajo, en el sótano.

-Preferiría verlo -dijo el policía-. Eso es más importante que ir a la caza de ese sujeto que se les ha escapado. Bien ido sea. Ya caerá.

El agente federal asintió de mala gana. Los dos hombres dieron un rodeo a la casa y entraron por la puerta lateral. Fueron a la bodega para encontrar a Birck, quien aún seguía protestando contra sus capturadores.

-Les digo que no las había visto nunca -gritaba el prestamista, refiriéndose a las planchas, que estaban en el suelo-. Ustedes las pusieron aquí. Este carbón no se había tocado en dos meses.

-¡Sí! -fue la respuesta de uno de los hombres del gobierno-. Acógete a tu historia, amigo. Piensa en lo mucho que te ha de favorecer.

El guardia entró en la zona iluminada. Su rostro era estúpido, pero severo.

Miró a los agentes y al cautivo. La inspección le satisfizo.

-Se lo llevan, ¿verdad? -preguntó.

-Eso es lo que vamos a hacer -replicó uno de los hombres.

-¿No había nadie más aquí?

-Sólo el individuo que se escapó.

-¿Qué aspecto tenía?

-El de un pistolero -explicó el policía de mandíbula cuadrada que había dirigido a los encargados de la razzia-. Estatura mediana, labios gruesos, nariz torcida, moreno. Llevaba pantalones viejos y un suéter gris y sucio. Mejor será que dé usted parte. Le reconocería.

-No pudimos verle en la oscuridad -añadió uno de los hombres que habían estado arriba-. Llevaba una capa negra.

-La cogió aquí abajo -informó el primer agente.

-¿Quién era? -preguntó uno de los hombres del gobierno volviéndose a Doc Birck-. ¿Un amigo suyo?

-¡Ni mucho menos! -gruñó el prestamista-. Vosotros le dejasteis escapar. Trabajaba en favor vuestro. Me colocó las planchas. Eso es lo que hizo. Me estáis perdiendo.

Sus protestas no fueron escuchadas. EL guardia hizo algunas anotaciones en una libreta. Después salió del edificio, y los hombres del servicio secreto le siguieron con su cautivo.

Una vez en la calle, metieron a Doc Birck en un coche. Dos de los agentes se quedaron.

-Echamos otra mirada a la casa, Joe -dijo uno de ellos-. Quizá ese fulano esté escondido.

-Conforme. ¿Dónde está el guardia?

-Se fue en aquella dirección. Le dije que vigilara.

Los dos hombres entraron en el callejón. Llegaron a un claro detrás de la casa, y uno de ellos, registrando un oscuro rincón, lanzó una exclamación de sorpresa.

-¡Aquí hay un individuo atado, Joe!

El otro se acercó a él. A la luz de sus linternas distinguieron la forma de un guardia; la chaqueta colgaba sobre sus hombros y la gorra yacía en el suelo.

-¡Parece que alguien lo dejó frío de un golpe! No es el guardia que estaba con nosotros. ¿De dónde habrá salido?

El guardia volvió a la vida cuando lo pusieron contra la pared. Miró a los dos hombres con temor.

-¿Dónde está el hombre? -preguntó.

-¿Qué quiere usted decir?

El guardia levantó la cabeza y miró hacia el segundo piso de la casa. Señaló allí mientras hablaba.

-Oí ruido de lucha ahí arriba -explicó-. Un individuo saltó por la ventana cuando yo llegué. Me cogió por el cuello antes de que pudiese sacar la pistola. Me la quitó, junto con la chaqueta, mientras yo hacía lo posible por defenderme. Le propiné un directo. ¡Demonio, qué golpe me devolvió!

Se llevó la mano a la mandíbula.

-Aquí mismo -añadió.

Los de la policía se miraron. Sus miradas fueron primero de asombro, luego se convirtieron en coléricas.

-¡Era él! -exclamó uno-. ¡Disfrazado de guardia con la chaqueta y la gorra de éste! ¡Nos tomó el pelo!

-Tienes razón. Me ayudó a inspeccionar el callejón. Pero estaba por este lado, mientras yo miraba por el otro.

De pronto, los dos hombres se detuvieron, atentos a un sonido que oían claramente.

-¿Qué es eso?

Ambos hombres escucharon. Habían oído antes el mismo sonido. Era como si una risa llegase a sus oídos; pero no podían precisar de dónde venía.

Recorrieron el callejón de punta a punta, iluminando con sus linternas las más pequeñas hendiduras. Una vez tras otra descubrían manchas negras que se convertían en sombras.

Entonces abandonaron la búsqueda y salieron a la calle disgustados. El guardia los acompañaba, quejándose aún de la mandíbula.

-No puede ser que esté aquí -dijo uno de los agentes.

-Nos pareció oírle -replicó el otro-. Pero debe haberse ido. No hay que negarle lo ingenioso de la huida. ¿Dónde estará ahora?

Fueron calle abajo. No se les ocurrió buscar en la otra acera, entre un grupo de cajas y cubos de basura.

Si lo hubiesen hecho, hubiesen encontrado allí a un hombre escondido. Pero no era el hombre que buscaban.

Era Spotter. La aguda intuición del hampón le había prevenido en cuanto dejó a Doc Birck. Había olfateado el peligro tan pronto salió de la casa y había tomado refugio en el improvisado escondite en el mismo momento en que llegaban los agentes federales.

Había visto entrar al primer hombre por una ventana de la bodega. Había oído los disparos. Había visto las luces en las ventanas de encima de la casa de préstamos.

Además había visto a un policía entrar en la callejuela. Había visto al oficial salir acompañado de uno del servicio secreto. Y había visto al policía volver a entrar en el callejón.

Mientras Spotter había estado esperando vio también a dos agentes unirse al policía. Los tres se habían marchado y Spotter estaba pronto a largarse también.

Estaba algo preocupado por Doc Birck. La puerta lateral que conducía al piso superior de la tienda no se veía desde allí. No había visto la salida del prisionero.

Sin embargo, Spotter era siempre cauteloso. Decidió esperar unos minutos más. Sus ojos estaban pegados al callejón que llevaba a la parte trasera de la casa. Mientras miraba, vio algo que se movía en las sombras.

Entonces, debajo de una luz de la calle apareció por un instante una figura.

Era una figura cubierta con una capa negra; una forma que emergía con negrura de tinta de la oscuridad y desaparecía con asombrosa rapidez.

Los parpadeantes ojos de Spotter siguieron a la forma calle abajo. No vieron nada por un momento; luego observaron una sombra sobre el pavimento.

Cruzó una luz y desapareció. Se mostró de nuevo, mucho más lejos.

Después desapareció por completo.

Spotter temblaba tras las cajas. Tragaba saliva y reprimía un estremecimiento de terror.

Había presenciado la razzia con indiferencia. Ni la presencia de tantos hombres del servicio secreto le habían asustado. Pero en aquel momento le sobrecogía un sombrío fantasma del pasado: una forma fugaz que parecía formar parte de la noche.

Un miedo terrible cruzó el rostro del gangster. Sus ojos habían visto algo que viera en otra ocasión y que, sin embargo, había creído no volver a ver más.

Transcurrió media hora antes de que el aterrorizado bandido se atreviese a arrastrarse fuera de su escondite. Después se deslizó velozmente en dirección contraria a la que había seguido el vago espectro de la noche.

Spotter estaba convencido de que la «Sombra» había muerto. Sin embargo, aquella noche ¡había visto a la «Sombra»!

CAPÍTULO XVII
HARRY VINCENT ENCUENTRA DIFICULTADES

Reflexionando acerca de la extraña desaparición de que había sido testigo en la bodega de la casa de Blair Windsor, Harry Vincent pasó la mañana siguiente en pura perplejidad. Le pareció haber topado con un enigma insoluble. Cuanto más lo pensaba, mayor era su incertidumbre.

A primeras horas de la tarde había llegado a un estado de desesperación mental. Encontró una excusa para ir a la ciudad y marchó en su coche.

Eligió un campo oscuro, montó la emisora y envió un mensaje. Esperó largo rato; pero no llegó respuesta alguna.

No cayó en la cuenta de que su deber era regresar a la residencia de Windsor para oír la estación WGG a las tres en punto. Por una vez no interpretó las instrucciones de la «Sombra».

Las órdenes que venían de la «Sombra» debían ser obedecidas hasta nueva orden. Pero Harry Vincent, aquella vez, estaba ofuscado.

Envió su mensaje a la una en punto de la tarde, indicando dónde estaba y lo que ocurría. Olvidó pedir respuesta inmediata diciendo simplemente que regresaba a casa de Windsor.

Y, esperando se le hizo tarde para oír el mensaje que llegó por la WGG.

La preocupación de Vincent aumentó todavía más poco antes de la hora de la cena. Había enviado a la «Sombra» los nombres de Perry Quinn y Bert Crull, esperando saber, a cuál de ellos debía vigilar. Y estaba perplejo.

A las seis, sin apenas idea alguna determinada, puso en el aparato la estación WNX.

Todos estaban en el salón en aquel momento. La cena iba a ser servida al cabo de media hora.

Pasaron cinco minutos del programa de la radio y Harry no oyó nada de interés. Perry Quinn se levantó y fue a pasearse al soportal. Harry decidió reunirse con él.

Apenas había salido Harry Vincent de la habitación cuando la voz del locutor empezó a hablar de Nueva York. Algunas de sus palabras eran recalcadas de un modo bien definido.

«Los que vienen a ver Nueva York se quedan asombrados de la extensión del sistema de tránsito. Usted puede viajar durante millas y millas por vía doble y por la imponente vía del elevador...»

Bert Crull levantó de pronto la cabeza. En su rostro se reflejaba la sorpresa.

Había estado absorto en la lectura de un periódico. Aunque no había distinguido las palabras del anunciante, tuvo la vaga impresión de que el conjunto de letras que había recalcado aludía a su nombre.

Escuchó la radio. El anunciante hablaba del Parque Central.

-¿De qué está hablando? -preguntó Crull.

-De Nueva York -replicó Blair Windsor.

-Es curioso -dijo Crull-.Cuando leo, sólo oigo retazos de conversación. No he podido darme cuenta de lo que el locutor estaba diciendo.

Trató de borrar el asunto de su imaginación, aunque le tenía intrigado. Dejó el periódico a un lado y siguió escuchando la radio.

Harry Vincent y Perry Quinn volvieron del porche. La cena estaba preparada y los seis hombres entraron en el comedor.

Durante la comida dos personas permanecieron silenciosas y pensativas.

Una de ellas, Harry Vincent. Estaba pensando a quien de los dos debía vigilar: sí a Crull o a Quinn.

De haber oído el mensaje que a él iba dirigido se habría decidido por el primero. Contrariamente a lo que debía hacer se decidió al final por Quinn.

El otro comensal meditabundo era Bert Crull. Siguió cavilando en la voz del locutor que le había parecido deletrear su nombre. Por último llegó a pensar que todo ello no era más que imaginación suya.

La velada era monótona. Buckman y Harper fueron a la sala de billar. Los otros cuatro se dedicaron al bridge. Este juego le gustaba a Harry Vincent. Le permitía vigilar a Perry Quinn y a Bert Crull al mismo tiempo.

Volvió a poner la WNX a las nueve. No llegó ningún mensaje. Pensaba en lo que podía haberle ocurrido a la «Sombra». No se daba cuenta de que había perdido dos mensajes uno a las tres y otro a las seis.

La partida terminó a las once.

Blair Windsor se había levantado temprano aquella mañana. Estaba cansado. Decidió a acostarse. Perry Quinn se retiró poco después. Buckman y Harper jugaban al billar. Crull optó por sentarse y leer.

Entonces se le ocurrió una idea a Harry Vincent. Estaba decidido a averiguar algo del misterio que había en aquella casa. Bostezó y dijo a Crull que iba a acostarse.

Saliendo del salón fue hacia la escalera, pero antes de llegar dio la vuelta, metiéndose por un oscuro pasillo que estaba fuera del alcance de la vista.

Dando un rodeo alcanzó las escaleras del sótano. Descendió por ellas y se dirigió al rincón donde el hombre había desaparecido la noche anterior. Una vez allí esperó.

Pasó una hora. Entonces la paciencia de Vincent se vio recompensada.

Alguien bajaba cuidadosamente las escaleras.

Vincent podía oír al hombre acercarse en la oscuridad. Esperó sin respirar.

La persona estaba ya junto a él. Podía oír al hombre maniobrar entre los anaqueles, no más que a un par de metros de distancia de donde se hallaba.

Hubo un silencio. Harry esperó durante cinco minutos largos. Después encendió su linterna. ¡Estaba solo!

Aquella segunda representación del misterio era enojosa. Harry sabía ya que algún secreto existía allí. Examinó los anaqueles cuidadosamente, pero no encontró nada.

¿Cómo había desaparecido el hombre?

¿Quién sería?

¿Podría ser la «Sombra»?

Harry pensó que no era aconsejable permanecer en el sótano, una vez pasada la oportunidad. Subió arriba. Mirando desde una esquina, vio a Bert Crull leyendo todavía en el salón.

Vincent sospechaba de Perry Quinn; y esto aumentó sus sospechas, a menos que -como había conjeturado antes- la «Sombra» hubiese entrado en juego.

Harry entró en el salón. Crull levantó la cabeza sorprendido.

-Creí que se había ido usted a la cama -recalcó.

-No podía dormir -dijo Harry-. He pensado dar un buen paseo por ahí fuera. ¿Quiere venir?

-Sospecho que no -dijo Crull-. Me gustaría terminar este libro.

Cuando Harry Vincent salió por la puerta principal, Bert Crull cerró el libro y siguió sentado en silencio, con expresión meditativa. Afuera hacía noche oscura. Harry bajó hasta el camino y un invencible deseo se apoderó de él.

Súbitamente, determinó visitar la vieja granja situada al otro lado de la colina. Decidió ir dando un rodeo por la carretera.

Al llegar a la granja notó que había una luz en el segundo piso del edificio.

Subió al tejadillo salidizo con precaución y se echó hacia delante hasta alcanzar una posición que le permitía ver lo que pasaba dentro.

Había allí dos hombres. Harry podía verlos por el pequeño espacio que quedaba entre el marco de la ventana y la persiana echada.

El uno era el viejo que ya había visto en otra ocasión.

¡El otro era Vernon, el criado de Blair Windsor!

Era una inesperada sorpresa. Harry no podía oír lo que hablaban, porque la ventana estaba cerrada. Pero Vernon se levantó como para marcharse. Harry saltó al suelo.

Sus ojos advirtieron la ventana del sótano. La empujó y se abrió. Se deslizó dentro y apagó la linterna. Vio una escalera que conducía al interior de la casa y encendió la luz. Al llegar al último peldaño volvió a apagar la linterna.

Entonces se detuvo y se tendió junto a los escalones. Una puerta se había abierto arriba.

Alguien bajaba en la oscuridad. Harry oyó el murmullo de dos voces. Una parecía la de Vernon. La puerta se cerró; pero la persona siguió bajando.

Harry oyó los pasos atravesar el sótano. Se hizo nuevamente el silencio.

Encendió la luz.

Aquél era un sótano pequeño -una sola habitación-. Sin embargo, estaba completamente vacío. Había un armario también vacío en un rincón. Harry lo investigó. Estaba apoyado, con maderas, contra la pared.

Discurriendo sobre la situación, Harry empezó a formar una teoría.

Un hombre había desaparecido del sótano de la casa de Blair Windsor. Otro hombre había desaparecido de allí. La deducción era que había un pasaje entre los dos edificios.

Vernon era, probablemente, la persona que había desaparecido de casa de Windsor. Había acudido a visitar al viejo de la granja. Y se había marchado otra vez.

Harry estaba a punto de escudriñar el armario, cuando se le ocurrió que una inspección del sótano de Windsor sería más conveniente. Allí, al fin, tendría alguna excusa para su ronda; allí hubiera resultado un allanador de morada.

Apagó la luz y trepó hacia afuera por la ventana del sótano. Al ponerse en pie, algo cayó sobre él en la oscuridad. La rapidez del ataque por sorpresa le dominó antes de que pudiese reaccionar.

Recibió un terrible golpe que le dejó incapaz de moverse. Le pusieron los brazos a la espalda y le amordazaron.

Luego, le esposaron. Su cazador se sentó sobre él para que no pudiese mover las piernas.

Entonces le apretaron la mordaza y le rodearon los muslos con un cinturón.

Se sintió medio llevado y medio arrastrado a través del patio.

Pensó por un momento que iban a llevarlo a la granja. Pero lo metieron en un automóvil.

El hombre forzudo que lo había capturado, lo echó sobre el asiento trasero del coche. Después marcharon a lo largo de la polvorienta carretera. Harry estaba atado e impotente.

¿Quién lo había capturado?

¿Dónde iba?

Su confundida mente no podía contestar ninguna de las dos preguntas.

Desesperanzadas ideas pasaban como relámpago por su cerebro. Había fracasado en su tarea. Era un prisionero. No tenía modo alguno de notificar a la <Sombra> que había caído en una trampa.

CAPÍTULO XVIII
TIGRE BRONSON

Era medianoche. Había muy pocos gangsters en el Barco Negro. Spotter, sentado en un rincón, los conocía a todos. Estaba allí desde las nueve, esperando el momento en que no hubiese ningún forastero entre ellos.

A pesar de sus numerosas relaciones en el mundo del hampa, el astuto hombrecillo no conocía a todos los clientes del Barco Negro. Maleantes de paso, de otras ciudades, llegaban allí con frecuencia.

Siempre había alguna cara desconocida. Pero en aquella ocasión Spotter conocía a todos y cada uno de los que estaban en la guarida. A la razón estaba seguro de no ser objeto de vigilancia. Fue al mostrador y habló en voz baja a Red Mike, el dueño.

-Déjame salir por detrás -le pidió.

Red Mike consideró la demanda.

-¿Qué idea te ha dado, Spotter? -preguntó.

-Voy a ver al jefe -murmuró Spotter-. Le prometí que lo haría de manera que nadie me viese salir de aquí.

-Perfectamente.

El amo entró en una habitación que estaba detrás del mostrador y Spotter le siguió seguro de que ningún forastero había visto su acción.

Existía una puerta cerrada con llave al otro extremo de la estancia. Red Mike la abrió y Spotter salió por ella con la agilidad de una rata huida, sin dar siquiera las gracias.

Después de un pasillo, el ladino gangster salió por una puerta lateral, que cerró. Se encontró en un desierto sendero que conducía a una callejuela.

Respiró al llegar a la callejuela. Sólo unos pocos, lo selecto del gangsterismo, conocían aquella salida secreta del Barco Negro.

Spotter no temía ya ninguna persecución. Sabía que cualquiera que hubiese estado vigilándole, le habría esperado en la puerta de entrada del antro. Así, pues, al dejar aquellas vecindades, lo hizo velozmente.

Marchaba silencioso, con paso de lobo, a lo largo de la callejuela y así continuó al alcanzar la calle.

Aunque Spotter usaba de las mayores precauciones y de todos los trucos cuando se creía seguido, si estaba razonablemente seguro de que nadie le seguía la pista, avanzaba rápidamente sin mirar nunca atrás.

Por eso, no se dio cuenta de una extraña sombra que se deslizaba por la acera contraria: una sombra que parecía mantenerse a su paso, andando sin ruido, como lo hacen siempre las sombras.

Dejando tras él los más desacreditados alrededores del Barco Negro, Spotter llegó a varios edificios grandes y antiguos. Se metió en un espacio entre dos edificios y llamó a una puerta lateral. Se abrió para dejarle paso.

Subió las escaleras y entró en una habitación que daba a la calle.

Spotter siempre subía las escaleras rápidamente. Aquella noche debería haberse quedado fuera de la casa. Si lo hubiese hecho habría visto ascender por la pared algo que parecía una sombra. Alcanzó la última ventana, antes de que Spotter llegase al cuarto.

Tal vez por eso, Spotter quedó sorprendido al entrar. En el suelo vio una sombra. La observó; pero no se movió. Deseoso de descanso, el hombrecillo se dejó caer en una silla casi de espaldas a la ventana.

Un hombre corpulento de rudo rostro entró. Spotter hizo una mueca sonriente y levantó una mano huesuda a guisa de saludo. Parecía que el gangster de corta estatura hacía todo lo posible para ganar el favor de la persona que había venido a ver.

-¿Qué pasa? -preguntó el recién llegado, encendiendo un puro y sentándose en una silla frente a Spotter-. Desembucha.

-Anoche, en un registro cogieron a Doc Birck -dijo Spotter.

No añadió que había estado allí.

-¿Por qué motivo? -preguntó el otro-. ¿Licores o mercancías robadas?

-Ni lo uno ni lo otro. Billetes falsos.

-¡Hum,..! ¿Conque intentando pasar billetes falsos? Eso es una novedad para mí.

Spotter se pasó la lengua por los labios y miró al otro. Le amedrentaba la presencia de aquel personaje. Pues era nada menos que Tigre Bronson, un semidiós del hampa, cuya palabra era la ley entre los gangsters.

Muy pocos malhechores habían visitado la casa de Bronson. Spotter era uno de ellos. Sin embargo, él, como los otros, no tenía nada de común con Tigre Bronson.

Había ido allí en otra ocasión simplemente para comunicar que Reds Mackin deseaba encontrar a Birdie Crull, pero que él -Spotter- estaba seguro de que el pretendido Reds no era otro que la «Sombra».

La razón en el caso del informe era que Spotter tenía que cumplir la orden de transmitirlo a Tigre Bronson. El jefe deseaba saber todos los acontecimientos excepcionales del gangsterismo.

La noche en que dio cuenta de lo que sucedía, Spotter mencionó la cita que había dado al falso Reds Mackin. También sugirió que la «Sombra» fuese atrapado allí.

Tigre Bronson no había hecho ningún comentario; pero Spotter notó que sus palabras surtían efecto. Observó asimismo que no debía decir nada que pudiera implicar a Tigre Bronson.

-¿Qué más ha ocurrido? -inquirió el semidiós del gangsterismo.

-No mucho más -replicó Spotter, como de pasada-. Un tropel de gorilas intentó liquidar a Reds Mackin.

-¿Por qué?

-Porque creyeron que era la «Sombra».

Tigre Bronson estaba enterado de todo aquello. Pero Spotter comprendía la situación. Sabía que debía referirse al suceso como si Tigre Bronson nada supiese del mismo.

-¿Quiénes eran? -fue la pregunta.

-La gente de Maloney -contestó Spotter.

-¿Y tú qué hacías?

-También estaba en el asunto -dijo Spotter, haciendo una mueca.

Esto le iba llevando al tema que deseaba tratar con sumo tacto.

-Oye, Tigre, estoy muy mal de fondos. Le di quinientos dólares a un viejo amigo mío, Steve Cronin. Tomaría dinero prestado si encontrase quien me lo diera.

Tigre Bronson no dijo nada. Fue a una caja de caudales; la abrió y sacó un fajo de billetes. Estaban atados con una gran cinta roja, EL jefe de banda quitó la cinta y contó cincuenta billetes de diez dólares.

Spotter cogió el dinero con avidez. Después echó una mirada fugaz hacia la ventana. Tenía la aprensión de que otros ojos le observaban.

Si hubiese estado mirando a Tigre Bronson, Spotter podría haber quedado impresionado por la gran cinta roja con que el hombre corpulento ataba el fajo de billetes.

Era una cinta muy notable. Spotter había visto una exactamente igual -tanto que podía haber sido la misma- la noche anterior, en la casa de préstamos de Doc Birck.

Pero el súbito ramalazo de miedo, hizo que el de ordinario observador gangster, pasase por alto el detalle de la cinta roja. Tenía la seguridad de que unos ojos le estaban observando desde la ventana. Tales ojos habrían visto la cinta roja también.

El terror de Spotter pasó. No pudo ver nada en la negrura que se extendía más allá del estor a medio bajar. Procuró tranquilizarse a fin de no revelar su nerviosidad a Tigre Bronson.

-Ahí tienes -explicó Spotter-, ese Cronin ahuecó el ala de la ciudad en cuanto le di el parné.

-¿Motivo?

-Porque -Spotter adelantó el cuerpo al participar la información-, él fue quien mató a Reds Mackin.

-¿Cómo fue eso? Creí entenderte que había sido la gente de Maloney...

-Intentaron hacerlo -reveló Spotter-. Pero les falló. »Cronin sabía lo que preparaban. Entró en juego para ayudar a la banda. Su intención era liquidar a la «Sombra». Por eso disparó contra él cuando vio que los otros fracasaban.

Tigre Bronson se abstuvo de hacer ningún comentario.

Pero...-Spotter calló como asustado de las consecuencias de la manifestación que iba a hacer-, no fue a la «Sombra» al que liquidó. Al fin de cuentas, fue a Reds Mackin.

El rostro de Tigre Bronson continuaba impávido. Sin embargo miraba a Spotter como exigiéndole más información.

-Verás -dijo Spotter-. Me supongo que fue así. La «Sombra» actuaba personificando a Reds Mackin. Se daba por supuesto que había de encontrarse con Birdie Crull.

»Yo dejé una carta para él en el Barco Negro, la noche en que debía ultimarse el asunto. Por una desdichada casualidad, el verdadero Reds Mackin regresó. Acostumbraba a ir mucho al Barco Negro. Lo que sucedió fue que al llegar allí le dieron la carta.

»Fue él -y no la "Sombra"- quien se presentó.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque... -la voz de Spotter se convirtió en atemorizado murmullo-, la «Sombra» estaba anoche rondando la casa de Doc Birck cuando los esbirros del gobierno la registraron.

Tigre Bronson se encogió de hombros como si el relato no significara nada para él.

-Muy bien -rió-. Márchate ahora, Spotter. Vuelve cuando tengas más cuentos de nana para asustar a los niños, acerca de la «Sombra» o del Hombre del Saco, o de cualquiera otro de esos seres fantásticos que hacen meter a la gente debajo de la cama. Me gusta oír esas viejas historias.

Cuando Spotter salía de la habitación, el hombre fornido le detuvo.

-Sería una buena idea -dijo Tigre Bronson- que te dejases caer por casa de Loo Look durante algún tiempo, todas las noches, alrededor de las ocho.

»Podrás oír algo que te interese... reducible a metálico.

Spotter sonrió al marchar. Era una nueva orden del jefe. No podía imaginar lo que significaba; pero estaba convencido de haberse ganado el favor de Bronson.

Después de salir el astuto gangster, Tigre Bronson se sentó a reflexionar. Su rostro no dejaba traslucir nada. Echó el cigarro a medio fumar en un cesto de metal vacío, para papeles inútiles.

A pesar de haberlo ridiculizado fingidamente estaba analizando en serio la información que le había llevado Spotter.

Finalmente se echó a reír, con risa aguda y perversa.

-¡La «Sombra»! -dijo casi en voz alta-. ¿Qué sabe? ¡Nada! ¿Qué sospecha? Algo, tal vez.

»Bien, dejémosle venir; dejémosle que trate de encontrar algo. Aquí está todo para él. Esperaré a ver si sospecha. Si sospecha...

Tigre Bronson hizo un movimiento con los dedos que significaba el fin, a sangre fría, de la vida de un hombre.

-La «Sombra» -repitió Tigre Bronson-. Que venga como vinieron los otros esta tarde. Encontrará lo que encontraron ellos: nada.

»¡La "Sombra"!

Era muy extraño que, a medida que Tigre Bronson repetía las últimas palabras, una sombra se moviese a lo largo del suelo. Era la misma mancha negra que Spotter había visto al entrar en la habitación.

Tigre Bronson no vio cómo desaparecía en aquel instante. Sus ojos estaban fijos en la pared opuesta del cuarto.

Un momento después, se había disipado, completamente, la sombra del suelo.

CAPÍTULO XIX
DOS AGENTES CONVERSAN

A las cinco de la tarde siguiente, un hombre tranquilo y de modesta apariencia entró en el vestíbulo del Hotel Falcón, próximo al Broadway.

Tomó el ascensor para el cuarto piso; después se detuvo frente a la habitación 418 y llamó dos veces. La puerta se abrió para darle paso. EL hombre que le recibió era alto, delgado y de rostro inteligente.

Ambos hombres se sentaron a conversar. Un botones llamó a la puerta. Era un muchachote, demasiado desarrollado para su juvenil apariencia. Pero su rostro era estúpido e inexpresivo.

Traía un mensaje para míster Waltham, el huésped ocupante de la habitación. El hombre alto y delgado lo leyó y despidió al botones con las palabras: «No hay contestación.»

EL servidor del hotel no marchó abajo, como era de esperar, al cerrarse la puerta. Por el contrario, utilizó una llave para entrar en el cuarto contiguo.

Había allí una puerta que daba al 418 y el botones se acercó a ella para escuchar.

El rumor de las voces que llegaban del otro lado, era verdaderamente imperceptible. El escucha debería haber poseído órganos auditivos de excepcional agudeza para enterarse de algo.

Evidentemente su fisgoneo no era satisfactorio. Sacó un instrumento pequeño del bolsillo y se lo puso en el oído. Oprimió el instrumento con sumo cuidado contra el ojo de la cerradura mientras se arrodillaba en el suelo.

Así permaneció todo el tiempo, en dicha posición.

Su rostro no delataba el menor interés; pero era evidente que debía estar oyendo algo de lo que se decía en el cuarto contiguo.

Los hombres del 418 hablaban en voz baja, como si estuviesen acostumbrados a hablar así. No era de extrañar. Ambos eran agentes federales y habían participado en el registro en casa de Doc Birck la noche antes.

-Hemos cogido allí todo lo que se podía coger, Joe -decía el hombre que se llamaba Waltham-. En eso no cabe duda.

-Tiene usted razón -replicó el otro-. Mi deseo era que hubiésemos encontrado algún billete, alguna prueba de la falsificación. Habría sido mejor.

-Birck los quemó todos. Aaron vio cómo lo hacía.

-Lo sé. Pero me gustaría saber qué cantidad destruyó.

Waltham se encogió de hombros. Era evidente que la pérdida de los billetes falsos no le preocupaba. Parecía satisfecho con el hallazgo de las planchas.

-Hemos acabado con el suministro -dijo-. Ya es bastante. Además cogimos a Birck, que era el que llevaba la cosa.

-Bien dices -replicó el otro policía del servicio secreto-. Pero me parece que el caso era de más importancia. No sabemos dónde imprimía los billetes Birck.

-Eso no importa gran cosa.

-Concedido... Pero ¿quién grabó las planchas?

-Escucha, Joe. Necesitamos averiguarlo todo. Pero también podemos tener un poco de paciencia. A su tiempo, Birck nos dirá cuanto haya en el asunto. No siempre ha de seguir con la historia de que los billetes se los llevaban a su casa y que las planchas se las pusieron allí para perderle.

»Ahora estamos tras del grabador y del lugar donde se hacía la impresión. Me figuro que Birck alquiló a algún individuo para hacer las planchas. EL hombre cobró y se largó.

»Esto pudo haber sido un año antes o más. »Centralicémonos en Birck. Hay que hacerle cantar. Es nuestro único camino.

-Me parece que está usted en lo cierto -concedió Joe, mal de su grado.

-Entretanto -continuó Waltham-, nada de hacer el tonto. Esto es una orden, no una sugerencia. ¿Comprende usted, Joe?

-¿Qué quiere usted decir con eso de hacer el tonto?

-Precisamente antes del registro, usted vio un coche arrancar frente la casa de Birck. Mandó a Guysel tras él. Guysel vio cómo entraba en un garaje. ¿Se acuerda? Pues bien, ni siquiera tomó el número del coche.

»Luego vio salir a un hombre y tomar un taxi. Le siguió hasta una casa. La anotó. Ayer fueron ustedes allí... ¿Y qué encontraron?

-Nada.

-¿Había alguien?

-No.

-¿Quién vive allí?

-Un tal Bronson.

Waltham resopló.

-Celebro que lo averiguase -dijo-. ¿Sabe usted quién es ese Bronson?

-No.

-Es Tigre Bronson. Un político importante. Tiene mucha influencia. Alcanza lo bastante lejos para hacer daño a cualquiera. Fue una suerte para usted que estuviese fuera. ¿Por qué no registró también la casa del alcalde?

El sarcasmo era mordiente.

-Tiene usted razón, Waltham -admitió Joe-. Fue una equivocación de mi parte. Mi idea era que trabajábamos en falso y que no podíamos encontrar el cabo que deshiciera este lío.

»Guysel estaba seguro de que el individuo que fue a casa de Bronson había estado antes en la de Birck. Eso podía significar que había también algo en casa de Bronson. Guysel se puso al acecho y me comunicó que la casa estaba vacía. Por eso entramos.

-Si hubiese habido alguien allí -replicó Waltham-, probablemente habría estado escondido donde ustedes diesen con él.

-Allí no es fácil -replicó Joe-. Hasta encontramos la caja de caudales abierta. ¿Qué le parece a usted? Había allí cerca de cinco mil dólares en dinero verdad. Creí que habíamos encontrado algo cuando lo vi.

»Supuse que si los billetes hubiesen sido falsos, Bronson habría tenido la caja cerrada. Pero, no. Era dinero legítimo. Una gran cantidad, en billetes de diez dólares.

El rostro de Waltham no experimentó cambio alguno. Movía la cabeza mientras fue hablando.

-Se metió usted en un lío -dijo-. Suerte tuvo de salir de él ileso.

-Registramos la casa -dijo Joe.

»Incluso miramos las cartas y los papeles de la caja. Había muchos. Pero no nos aclararon nada.

»Verá usted, yo me figuré que habría allí cartas de Birck... o alguna prueba que pudiese sernos útil. Pero no había nada.

-Bronson es un político -aclaró Waltham-. No es un malhechor. Tiene muchas maneras de hacer dinero. ¿Por qué ha de arriesgarse a falsificar billetes de banco?

-Yo no sabía eso.

-Debería haberlo sabido.

-No encontré ni cartas ni papeles que pareciesen sospechosos en modo alguno. No había acciones, títulos ni nada de valor. Sólo dinero en efectivo.

-Bronson probablemente tiene la mayor parte de su fortuna en la cámara acorazada de algún banco.

Los hombres quedaron silenciosos. Después, Waltham habló en tono perentorio.

-Esta pista acaba en Birck -dijo-. Sólo nos equivocamos en una cosa. Y la culpa fue de Aaron. Dejó que Birch quemara los billetes.

-Birck le cogió desprevenido -dijo Joe.

-Por eso fue culpa de Aaron -replicó Waltham-. Creyó que bajábamos las escaleras. No sabía que era Birck. Pero debía haber estado prevenido a todo evento.

-Nos faltó Vic Marquette en esa razzia.

-Desde luego. Pero Vic no está a nuestro alcance ahora.

-¿Dónde está?

-Nadie lo sabe. Ya conoce usted a Vic. Sigue las pistas más intrincadas y se pierde de vista. Siempre llega a tiempo y con suerte. Pero esta vez nos faltó.

-Menos mal que mientras estaba fuera cogimos a Birck.

-Creo que soy como Vic -observó Joe-. Siempre busco algo más de lo que hay. Me gustaría tener su fibra.

-Buscó usted demasiado -fue el comentario de Waltham-. ¿En qué teníamos que trabajar? Cogimos a un bandido preparando el cambio de billetes falsos. Nos dijo quién se los dio -Birck- y que iba a volver aquella noche a buscar más. Así hicimos el registro. Si

Marquette hubiese estado con nosotros nos habríamos apoderado de los billetes lo mismo que de las planchas. En eso está la diferencia.

La conversación terminó. El agente visitante dejó a su jefe y tomó el ascensor para descender al vestíbulo. Unos minutos más tarde, un botones bajaba la escalera. Era el mismo que había estado escuchando por el ojo de la cerradura del cuarto contiguo al 418.

Entró en un comedor privado. No salió. Cuando el jefe de camareros entró allí poco tiempo después para preparar una cena, el cuarto estaba vacío.

CAPÍTULO XX
DESPUÉS DEL ANOCHECER

La casa de Tigre Bronson estaba desierta. El señor de señores del hampa había salido después de comer. Eran las primeras horas de la noche. Con frecuencia Bronson no volvía a su casa hasta cerca de la madrugada.

El antiguo político no temía a los escaladores de pisos. Ningún gángster se hubiese atrevido a entrar en aquel lugar. Además, allí había pocas cosas de valor, excepto en la moderna caja de caudales de Tigre Bronson.

Sin embargo, aquella noche, alguien se disponía a entrar en el edificio. Una figura trepaba por el muro hacia el segundo piso. La pared era de ladrillos desiguales y el invisible visitante subía por ellos como por una escalera.

La ventana del cuarto exterior de Bronson fue abierta por invisible mano.

Entró una persona. Un menudo rayo de luz surgió en la oscuridad. Fue aquí y allá, yendo y viniendo, como si el hombre que le manejaba estuviese realizando una visita de inspección.

EL visitante estaba buscando algo; y ese algo, debía de estar en aquel cuarto.

La luz se detuvo en la caja de caudales. Una mano larga y fina apareció.

Puso las claves con precisión asombrosa. En el dedo anular brillaba una gema misteriosa de reflejo carmesí.

La caja se abrió. La luz, que brillaba, reveló pequeños montoncitos de papeles y cartas y un fajo de billetes de banco atado con una cinta roja.

Una mano colocó la luz en posición que iluminaba cl interior de la caja.

Después el extraño visitante revisó todos los objetos en ella contenidos con metódica precisión.

Acabado el registro, cada cosa fue colocada en su lugar primitivo. La luz desapareció; la caja de caudales fue cerrada.

Y empezó una segunda vuelta de inspección por todo el cuarto. Libros y revistas pasaron bajo el rayo investigador de la luz. Finalmente, la búsqueda se centralizó en la pequeña mesa de despacho de Tigre Bronson.

Había allí pocas cartas y papeles. Ojos invisibles los examinaban y leían.

Transcurrida una hora, la habitación quedó perfectamente examinada. Nada había escapado al infatigable investigador. Sin embargo, al parecer, no daba por terminada su tarea.

La luz desapareció y todo quedó tranquilo. En la oscuridad, un gran cerebro trabajaba. EL invisible investigador no se satisfizo ante la ausencia de documentos acusadores.

La luz volvió a aparecer sobre el pupitre. La misma mano izquierda, con su resplandeciente piedra preciosa, fue examinando todos los objetos desde los sujetapapeles hasta los portaplumas. Sin embargo, no había ninguna escritura entre ellas.

La mano izquierda, incansable trabajadora, aplicó una esponja húmeda a varias hojas de papel blanco. Ninguna escritura apareció a la vista, después de la reacción química.

La correspondencia secreta de Tigre Bronson -de existir- seguía sin dejarse descubrir.

La mano se deslizó sobre la mesa y tropezó con una cajita de cartón que contenía alfileres ordinarios. La mano cogió un alfiler. Le sostuvo entre el pulgar y el índice. La sensitiva yema del dedo acarició la cabeza del alfiler.

Después la mano actuó rápidamente. El alfiler fue colocando sobre la mesa.

Uno por uno, los demás alfileres sufrieron la misma inspección.

Algunos fueron seleccionados; otros separados a un lado. Evidentemente, el dedo había notado algún relieve en la cabeza de determinados alfileres.

Los alfileres desechados volvieron a la caja. La mano izquierda desapareció y volvió a aparecer. Dejó un papel, un lápiz y una lupa sobre la mesa.

La linterna fue colocada sobre un libro. La mano derecha cogió la lupa; la izquierda levantó un alfiler.

Bajo la poderosa lente, la cabeza del alfiler aparecía con un aumento varias veces mayor a su tamaño natural. Vista a través del cristal, revelaba palabras, ¡un breve mensaje grabado en la cabeza del alfiler!

«Colocarle las planchas a Birck», esto decía el mensaje.

Tales palabras fueron copiadas en el papel.

Otro alfiler pasó bajo la lupa.

«Géneros enviados hoy a Bronx», así rezaba lo grabado en ella.

Cifras muy menudas indicaban la fecha del mensaje. El primer alfiler fue colocado de nuevo; los ojos, a través de la lupa, descubrieron también la fecha.

El tercer alfiler llevaba este mensaje «Llevar adelante plan ideado por Spotter.»

Otro decía: «Dejaremos Brookdale dentro de diez días.»

Otros mensajes fueron descifrados. Estaban fechados y anotados. Después los alfileres fueron vueltos a la caja.

Sobre el papel había una lista completa de las comunicaciones que habían sido recibidas por Tigre Bronson.

El nombre del remitente no figuraba; pero la correspondencia abarcaba un período considerable de tiempo. El lápiz pasó sobre lo anotado; y se detuvo sobre uno de los mensajes copiados de las cabezas de los alfileres.

«Contentos de que haya cazado a la "Sombra", eran las palabras.

La luz se apagó. Después, el invisible husmeador fue hacia la ventana. Pero al llegar a ella se detuvo.

Vio algo allá abajo entre la oscuridad. Había allí una forma oscura, que permanecía inmóvil en las tinieblas de la noche.

El hombre que estaba en la habitación fue quedamente hacia la puerta, y escuchó. Se oían pasos en la escalera... pasos furtivos que a duras penas podían percibirse. En realidad, hubieran escapado a un oído ordinario.

Los casi imperceptibles pasos se detuvieron junto a la puerta.

Siguió un silencio absoluto. Entonces, con extraordinaria rapidez, la luz de una potente linterna llenó la habitación. Sus brillantes rayos descubrieron una figura alta, vestida de negro, que permanecía al lado de la puerta.

Como un relámpago, el hombre vestido de negro cayó sobre el portador de la linterna. Hubo un grito de sorpresa.

-¡Aquí está! -dijo una voz entrecortada-. ¡Aquí! ¡Me ha cogido!

Una cuadrilla de hombres subía la escalera. Un interruptor funcionó abajo y el vestíbulo superior quedó iluminado.

Allí se erguía en pie la «Sombra»; su rostro medio oculto por el cuello levantado de la capa; su sombrero de ala ancha, tapándole los ojos.

Frente a él estaba la figura semicaída de un gángster medio asfixiado. Sus manos trataban en vano de deshacerse de la garra de la «Sombra», que le sujetaba por el cuello.

Uno de los atacantes disparó, en el mismo momento en que la «Sombra» se agachaba. Falló el tiro. Levantado por poderosos brazos, el cuerpo del gángster se vio en el aire. Después, fue arrojado con la cabeza hacia delante, escalera abajo, sobre el grupo de hombres que se acercaba.

El ataque quedó interrumpido. Los bandidos bajaron en tropel. Uno de ellos, el jefe, había sido alcanzado por el cuerpo de su camarada.

Tendido en la escalera levantó el brazo y disparó sobre la forma de la «Sombra». Su tiro rozó la parte posterior de la ancha ala del sombrero.

Una risa burlona se oyó en el piso superior. La «Sombra» había cruzado el vestíbulo.

Fuera del edificio varios hombres estaban de guardia. Empedernidos caracteres del hampa, estaban dispuestos a seguir las instrucciones al pie de la letra.

Sus ojos no se apartaban de las ventanas. Sus pistolas eran empuñadas por manos firmes, y los dedos no se movían de los gatillos.

Una forma surgió por una ventana lateral. Pero era invisible en la oscuridad.

El hombre que estaba abajo no la vio, aunque sus ojos estaban precisamente clavados en aquel lugar. Como una sombra la forma trepó despacio hacia el tejado. Era parte integrante de las tinieblas... ningún ojo humano hubiese podido descubrirla.

El gángster de vigilancia no la vio hasta que llegó al final del edificio, encima del tercer piso. La figura emergió de la oscuridad con sorprendente rapidez. Se recortaba en el cielo como la silueta de un murciélago.

Le disparó un tiro; pero falló el perfecto blanco por haber apretado el gatillo una fracción de segundo más tarde. La «Sombra» había desaparecido.

El burlado gángster dio la voz de alarma. Tres minutos después, hombres desesperados recorrían el tejado de la casa. Pero aunque registraron los techos de todos los edificios de la manzana, no pudieron encontrar ni una sola huella del hombre que había desaparecido. Se había esfumado como lo que era: «La Sombra».

La policía llegaba al lugar del suceso y les tocaba entonces a los gángsters el ponerse a salvo. Habían sido enviados a casa de Tigre Bronson, por orden de su jefe, para capturar a cualquiera que pudiese estar allí.

Habían visto una luz en la ventana del segundo piso y su ataque había sido por sorpresa, gracias a eso.

Cuando Tigre Bronson llegó a su casa encontró a la policía en funciones.

Expresó asombro cuando supo que habían sido vistos gángster allí y que había habido tiros.

Habló con los detectives de la policía. Llegaron al acuerdo de que no podía haber sido un robo. La opinión final fue aceptada por todos.

Algún gángster huido debió entrar en casa de Bronson para librarse de algunos otros que le seguirían la pista. Era pura casualidad, que todo aquello hubiese sucedido allí.

A solas, en su habitación del piso superior, Tigre Bronson sonrió con espantosa mueca. Echó un vistazo a la caja de alfileres que estaba exactamente en el mismo sitio que la dejara.

La «Sombra» había venido, pero no había encontrado nada. Así lo esperaba Bronson.

Pero, igualmente, la «Sombra» escapó sano y salvo.

Eso era lo que Tigre Bronson no había esperado, ni podía concebir.

CAPÍTULO XXI
VINCENT SE ESCAPA

Harry Vincent estaba sentado en una silla en el rincón de un cuarto lleno de inmundicias. Su muñeca izquierda estaba unida a una anilla de la pared por medio de un par de esposas.

Cuarenta y ocho horas llevaba en tan desagradable posición. Su capturador le había encerrado y colocado en un catre.

Por la mañana una silla había reemplazado al catre. Harry había recibido alimentos; el catre había sustituido a la silla para la segunda noche.

Y otro día había transcurrido. Pronto, el hombre misterioso que lo habla capturado estaría de nuevo allí y Harry volvería al catre.

Era una vida monótona. Harry había dicho muy poco a su capturador. El hombre, a su vez, había hablado sólo unas pocas palabras.

La puerta de la habitación se abrió y entró el hombre.

Era bajo y corpulento. Ostentaba un espeso bigote negro. Sus ojos eran agudos y desconfiados. Su tez bronceada le daba toda la apariencia de un malvado.

Harry pensaba por qué no había recibido aún el trato duro que era de esperar de un individuo de aspecto tan poco amable. El capturador vestía un traje azul oscuro y se tocaba con un sombrero oscuro también.

Parecía un hombre al cual se utilizase para hacer correrías nocturnas.

Harry pensó mucho acerca de su situación. Llegó a la conclusión de que su carcelero era el hombre que actuaba fuera en connivencia con la banda que operaba en casa de Blair Windsor.

¿Qué finalidad perseguía?

El hombre moreno miró a Harry Vincent y en sus ojos no se leía ninguna benevolencia. Se sentó en una silla en el otro lado de la habitación. La solitaria lámpara de aceite iluminaba de lleno sus facciones.

-¿Cómo se encuentra ahora? -demandó el misterioso individuo-. Voy a darle ocasión para hablar -siguió diciendo-. Antes le hice unas preguntas, pero usted prefirió callar. Eso no le hará ningún bien.

Harry seguía sin despegar los labios.

-¿Quién es usted? -insistió el desconocido.

-¿Quién es usted? -preguntó a su vez Harry, con terquedad-. Me parece que soy el ofendido. No hablaré mientras usted no lo haga.

El desconocido rió de un modo desagradable.

-Ya le he dicho bastante y por su propio bien -dijo-. Le vi a usted una vez antes de ahora, fisgando los alrededores de la granja. Le vi venir de al lado. Tenía usted un coche junto a la carretera, escondido en un campo. Le fui siguiendo en la oscuridad. Pero llegué demasiado tarde para alcanzarlo.

»Por eso no tuve consideración alguna hace dos noches. Le eché el guante con rapidez. Me lo traje aquí, y aquí estamos lejos, bosque adentro... y solos. Su situación no es muy envidiable, ¿verdad?

-No -admitió Harry.

-Cometí un error al raptarlo -reconoció el forastero-. Lo pensé tan pronto como le hube cazado. Pero ya no tenía más remedio que seguir adelante. Probablemente a estas horas le han echado de menos y eso va a darme muchas preocupaciones. De modo que, si no habla, esta noche le llevaré a un sitio peor que éste.

-Dígame quién es usted. Quizás hable entonces.

-Debería usted saber quién soy. Piense un poco. No le costará mucho trabajo.

Harry no contestó. Tenía el presentimiento de que si hacía la menor declaración acerca de su identidad, se metería en un atolladero de consecuencias imprevisibles. Su situación ya era bastarte mala. El silencio no la empeoraría.

Sabía que los hombres que conspiraban contra Blair Windsor eran peligrosos. Aquel individuo, por las trazas, era el peor de todos ellos.

Pensaba en lo que se habría dicho acerca de su ausencia. Imaginaba que sería objeto de muchos comentarios en casa de Windsor.

Después se dio cuenta de que podría ser fácilmente explicada, bien por Quinn o por Crull: quienquiera que fuese el traidor en la partida.

Una manifestación de cualquiera de ellos podría dar a entender que Harry había salido por unos días. Quizás habrían cambiado de sitio su coche.

Esperaba que el equipo de telegrafía sin hilos no habría sido descubierto.

El hombre del bigote negro sacó dos cigarros del bolsillo y dio uno a Harry.

-Oiga, joven -dijo en tono más amable-. No es mi intención maltratarle. Supuse que mi tarea era encerrarle aquí y así lo hice. Usted sabe mucho que no quiere decir. Usted lo dirá más tarde o más temprano. ¿Por qué, pues, no ser amigos? Puede que le sea beneficioso.

Encendió una cerilla mientras hablaba y dio fuego a la punta del cigarro de Harry.

La primera chupada convenció a Harry de que el desconocido, fuese quien fuese, era entendido en habanos. Ambos fumaron en silencio durante algún tiempo.

-¿Qué decide? -preguntó el hombre-. ¿Está dispuesto a hablar un poco? Es casi su última oportunidad.

Harry movió la cabeza negativamente.

-Muy bien -dijo el otro con tono indiferente.

-¿Esta es mi última oportunidad?

-No. Voy a darle otra más. Me hice a la idea de que podría manejarle a usted por mí mismo. Si no puedo, me lo llevaré de aquí.

-¡Adelante! -dijo Harry-. Será más interesante que continuar aquí.

-¿Lo cree así? -fue la respuesta-. Mejor es que lo suponga.

El hombre moreno se levantó y sacó varios trozos de cuerda de un rincón del aposento.

-Tengo aquí de todo -dijo-. Voy a empaquetarle, joven. Me gustan esas esposas que lleva. Son fáciles de manejar cuando tengo que trabajar deprisa. Pero con unas cuerdas estará mejor.

Empezó a atar los tobillos de Harry mientras hablaba.

-Regresaré enseguida a la antigua granja -continuó-. Quizás haya nuevos acontecimientos. Tal vez sepa algo acerca de quién es usted. No es posible predecir lo que puede suceder.

»Después regresaré. Será la última oportunidad que tendrá usted para explicarse. Si no lo hace entonces, le meteré en el coche y me lo llevaré a un sitio donde estoy seguro que no le gustará estar.

Terminó de atarle los tobillos. Luego, yendo por detrás del joven, le ató las muñecas. Después abrió las esposas y acabó por ligar a Harry con la máxima seguridad.

-Sé que este lugar es muy solitario -dijo-. Por su propio bien, no quisiera abandonarle. Pero no puedo remediarlo.

El desconocido arrastró el catre hacia un rincón. Luego se acercó a Harry Vincent, y sacándole de la silla, le lanzó al improvisado lecho. Después, apagó la luz y Harry le oyó salir del pequeño edificio.

La oscuridad era intensa. Las muñecas y los tobillos de Harry se irritaban al hacer esfuerzos para librarse de las cuerdas. Empezó a experimentar el ansia de la acción. Habría alguna manera de salir de aquel trance.

Rodó hacia un lado del camastro y tocó con los pies en el suelo. Se dejó caer. Por medio de contracciones vio que podía avanzar.

Había una mesa con la extinguida lámpara de aceite. Harry se arrastró hasta allí y se irguió sobre las rodillas. Pasó la barbilla sobre la mesa y tropezó con una caja de cerillas.

¡Había un medio de escapar! Su carcelero había olvidado las cerillas con que encendió los cigarros. ¡Aquello era una posibilidad!

Tiró la caja de cerillas al suelo. Después de dejarse caer y de darse un golpe en la cabeza contra la pata de la mesa, Harry consiguió sentarse en el suelo.

Llevó sus manos a un lado todo lo posible. Después encendió una cerilla y trató de ponerla sobre la caja. Su plan era acercar sus muñecas a la llama.

Pero el plan fracasó al ponerlo en obra. Se quemó las muñecas en vez de la cuerda. Estaba en mangas de camisa y había un peligro inminente de que se prendiesen los puños. La cerilla se apagó.

El segundo intento de Harry fue tan inútil como el primero.

Se dio cuenta de que tendría que sufrir un dolor inaguantable si insistía en aquel método de fuga. No podía verse las manos y era imposible localizar la llama de la cerilla con la precisión necesaria para quemar sólo la cuerda.

Harry estaba dispuesto a sufrir unas cuantas quemaduras; pero no quería chamuscarse las muñecas y seguir luego cautivo. Y ése era el único resultado que podía prever.

Se sentó, pensativo, durante unos minutos. Después una idea distinta acudió a su mente.

Encendió otra cerilla y la colocó sobre la caja. Cambió de posición el cuerpo tan rápidamente como le fue posible y estiró las piernas. Puso la cuerda que le sujetaba por los tobillos sobre la llama. Los pantalones lo impedían, pero se las arregló de manera que pudo subírselos un poco.

Aquel método era factible. Harry podía ver lo que estaba haciendo. Las cuerdas de los tobillos eran de cabos gruesos. Si podía quemar uno, se vería libre.

Cerilla tras cerilla fueron consumiéndose bastantes. No había muchas en la caja. Pero antes de que la provisión se agotase. Harry hizo un esfuerzo con los tobillos. La cuerda se rompió. Moviendo los tobillos arriba y abajo, Harry los puso en libertad.

Se levantó y fue hacia la puerta. Estaba cerrada por fuera. Fue a la ventana y se las arregló para levantarla poniéndose de espaldas a ella.

Aunque con gran dificultad, consiguió salir por la ventana cayendo al suelo.

Podía ver la tenue silueta del caserón de un solo piso donde había estado encerrado. Su propósito, en aquel momento, era huir de aquella vecindad.

Se llevaba la chaqueta. Si pudiese librar de la opresión de la cuerda las doloridas muñecas, sería un hombre libre.

Registró los bolsillos de la chaqueta. Llevaba en ellos una navaja, pero había desaparecido. También echó de menos la linterna. Su carcelero debió apoderarse de aquellos objetos. Pero Harry pudo encontrar la cartera en el bolsillo interior.

Anduvo con sumo cuidado a lo largo de un sendero que podía notar con los pies, pero que sus ojos no distinguían en la oscuridad. Después salió a una carretera y la siguió.

La noche era neblinosa, pero había bastantes estrellas, que le iluminaron el camino que debía seguir. Tuvo la suerte de escoger la conveniente dirección porque a cosa de un kilómetro salió a una carretera principal.

Vio una puerta de madera que se abría entre dos paredes de piedra. Una pequeña placa que había sido clavada en el travesaño superior sobresalía ligeramente por encima de la madera.

Con mucho trabajo, Harry se las arregló para colgarse encima de puerta que, afortunadamente, era bastante fuerte. Después se puso a frotar las muñecas contra el borde de la placa.

La superficie no era lo bastante aguda para obtener resultado, pero Harry se dio cuenta de que el extremo de la placa era algo puntiagudo.

Después de un trabajo largo y penoso, Harry consiguió romper la cuerda que le sujetaba las muñecas. Estiró los brazos y se restregó las muñecas. Luego recogió la chaqueta, que había dejado en el suelo.

De la cartera no le habían tocado el dinero. Sin duda, el desconocido la había registrado buscando tarjetas de visita. Pero Harry no llevaba ninguna.

Su documentación la guardaba en el coche y su coupé -cuando lo había visto la última vez- estaba en el garaje de Blair Windsor.

Mientras Harry iba carretera adelante, un coche se acercó. No era probable que perteneciese al que le había secuestrado, pues venía de dirección contraria al caserón.

Harry estiró el brazo. El conductor paró. No se temían los atracos en aquella parte del país.

-¿Puede usted llevarme a la ciudad? -preguntó Harry.

-Desde luego -respondió el hombre del coche.

Arrancaron y marcharon en silencio. El desconocido no hacía ninguna pregunta y Harry era demasiado cauto para preguntarle dónde estaban.

Después de veinte kilómetros de marcha llegaron a una ciudad de regular importancia. Había un hotel a la entrada de la carretera.

-Muy bien -dijo Harry-. Gracias por el paseo.

Entró en el hotel y se enteró de que estaba en Burmont, ciudad situada a unos cuarenta kilómetros de Brookdale. Era ya tarde y Harry estaba cansado. Se inscribió en el registro del hotel.

La anticuada habitación le resultaba lujosa después del miserable tugurio donde había pasado dos noches. Harry decidió no comunicar a nadie dónde estaba hasta el día siguiente. Entonces podría regresar a Brookdale.

¿Sería prudente contar lo que le había ocurrido? ¿Cómo podría excusar su ausencia?

Eran preguntas difíciles de contestar. Harry llegó a la conclusión de que lo mejor sería tomar la almohada por consejera. A la mañana siguiente sería hora de actuar en uno u otro sentido.

Entonces tendría oportunidad de comunicar con la «Sombra».

CAPÍTULO XXII
BURBANK TRABAJA

El ayuda de cámara de Lamont Cranston llamó a la puerta de su señor.

-¿Eres tú, Richards? -contestó la voz del millonario.

-Sí, señor -replicó éste.

-Entra, pues.

Richards entró.

-Es más de mediodía, señor -dijo-. Míster Burbank está aquí.

Lamont Cranston se incorporó y bostezó.

-Ahora duermo hasta muy tarde, Richards -dijo-. No era así antes, ¿verdad?

-No, señor. Sólo alguna vez, señor. No lo recuerdo muy bien, señor.

Lamont Cranston sonrió. Richards era discretísimo. Así cumplía su deber.

Nunca hacía resaltar ninguna de las muchas excentricidades de su señor.

Aquel asunto de Burbank, por ejemplo.

Richards no había mostrado la menor sorpresa ante el súbito despertar del interés de Lamont Cranston por la estación de radio instalada en el piso superior.

El día anterior había recibido orden de llamar a Burbank, quien alguna vez ayudaba al millonario en sus experimentos radiotelegráficos, y Burbank estaba ya allí.

-Que suba -ordenó Cranston.

Burbank, hombre de rostro tranquilo, entró en el aposento del millonario.

-Me voy a Nueva York esta noche- explicó Cranston-. Por eso le he llamado, Burbank. Puede haber algún mensaje.

El hombre silencioso asintió.

-Durante varios días he esperado alguna noticia de Vincent -continuó el millonario-. Le envié ciertos mensajes -, no desde aquí, sin embargo, y no ha contestado. Espero, pues, informes suyos.

Nuevo asentimiento de Burbank.

-No hay que enviarle instrucciones -añadió Cranston-, sino sólo esto. Decirle que escuche la radio a las nueve, como de costumbre. Nada más. Pero tenga gran cuidado de tomar toda palabra que él pueda transmitir. Le llamaré a usted por la noche. Entonces me informará de lo que haya habido.

El radiotelegrafista subió al piso superior. El millonario se vistió por sí mismo y bajó a almorzar. Eran casi las dos cuando apareció en la cabina de la torre donde estaba Burbank.

-Nada todavía -dijo el operador.

El millonario no contestó. Parecía sumido profundamente en sus pensamientos. Empezó a examinar los distintos aparatos de radio que había instalados en aquel laboratorio.

Se veían allí notables construcciones. Burbank conocía algunas; pero sólo el millonario estaba familiarizado con la totalidad del formidable y modernísimo equipo.

A las tres, Lamont Cranston salió del laboratorio. Fue a su habitación y comenzó a trazarse un plan ordenado de sus actividades para aquella tarde.

-Jason a las cuatro -murmuró-. A las cuatro y media será tiempo. Arma nunca deja su despacho hasta las cinco y media. Comida a las seis en el Club. Y en la estación de radio a las nueve.

Se detuvo, considerando los datos que había ido ordenando en forma de columna.

Floreció en su rostro una vaga sonrisa. Cogió un lápiz y añadió una sola línea:

«En casa de Loo Look a las ocho», éstas eran las palabras.

Lamont Cranston movió la cabeza.

-Sólo quince minutos allí -dijo en voz baja-. No hay ninguna razón de peso para ir, la cosa puede esperar. Pero Tigre Bronson lo desea. ¿Por qué no darle una oportunidad?

Dejó la anotación. Luego tocó la campanilla llamando a Richards.

-Di a Stanley que traiga el coche -ordenó el millonario cuando apareció el ayuda de cámara-. Quiero estar en la ciudad poco después de las cuatro.

-Muy bien, señor -replicó el obediente Richards.

El millonario hizo una última visita a la cabina de la radio antes de irse.

Ningún mensaje se había recibido de Vincent. Lamont Cranston subió a su lujosa limousine, la cual arrancó velozmente en dirección a la ciudad.

Poco después de las seis, Lamont Cranston apareció en el refinado Cobalto Club, en el que sólo tenia entrada un número reducido de socios. Llamó a su casa y habló con Burbank. Continuaba sin recibirse mensaje alguno.

-No se preocupe -dijo al radiotelegrafista-. Esperaré hasta cerca de las nueve. Si recibe usted algo, anote lo que sea, de modo que pueda darme detalles rápidamente. Podré responder en menos de diez minutos.

-Muy bien -contestó Burbank.

La comida en el Cobalto era asunto de interés para Lamont Cranston. Se sentó a la mesa con amigos ricos, acostumbrados a invertir en la cena mucho tiempo, desde las seis y media hasta pasadas las ocho.

Pero en aquella ocasión, el millonario avisó a sus compañeros que debería dejarlos a las siete y media, para acudir a una cita de importancia.

Uno de los comensales sacó a colación las recientes actuaciones criminales.

Las noticias de la lucha de gangsters en casa de Tigre Bronson no habían tenido espacio en las columnas de los periódicos. Era un simple rumor. Uno de los que estaban allí había oído algo acerca del particular.

-Sabemos muy poco de lo que ocurre en el mundo del hampa -hizo notar un millonario llamado Berkeley, con grave expresión en el rostro-. Hay allí caracteres cuyo poder es tremendo; personajes de los que rara vez hemos oído hablar. Por ejemplo, la «Sombra».

Sus oyentes le contemplaron con curiosidad.

-Hay un hombre de carne y hueso llamado la «Sombra» -dijo Berkeley en voz baja-. Lo sé por alguien que me merece entero crédito.

»Trata de fingir que es sólo una entelequia. Le parodian en un programa de radio. Sin embargo, me consta que es un ser real y verdadero.

Se detuvo para ver el efecto que causaban sus palabras.

-Nadie conoce sus proyectos -continuó-, criminal o detective, lo que sea, infunde terror en el corazón de los gangsters. Y actúa de noche.

»Algunos le han visto; sin embargo, nadie puede reconocerle. Es hombre de muchos rostros; la única cosa que no ha visto nunca nadie es el suyo propio.

Varios de los que le escuchaban se pusieron serios; otros sonrieron.

Berkeley adoptó un tono solemne.

-Se dice que la «Sombra» es un hombre rico -continuó diciendo-. Podría ser uno cualquiera de nosotros. Usted mismo, ¡por ejemplo!

Berkeley señaló directamente a Lamont Cranston.

-¿Yo? -exclamó Lamont Cranston-. ¿Yo la «Sombra»? -la idea le hizo reír.

Su carcajada era contagiosa y los demás rieron también, lo que molestó a Berkeley.

-Sueña usted, Berkeley -dijo Lamont Cranston alargando los brazos como en menosprecio de la teoría de su amigo.

Nadie se dio cuenta de la silueta grotesca, de murciélago que las manos de Lamont Cranston produjeron con su sombra sobre el blanco mantel.

CAPÍTULO XXIII
VINCENT REGRESA A BROOKDALE

La mañana no trajo ninguna preocupación a Harry Vincent, por la sencilla razón de que durmió como un tronco durante toda ella. Eran más de los dos cuando despertó, pues había pasado dos noches casi sin dormir.

El problema de regresar a Brookdale fue difícil de resolver. No existían medios adecuados de transporte. Un autocar de excursionistas acabó por ser el único recurso utilizable.

Después surgió la dificultad de encontrar un coche hasta la casa de Blair Windsor. Por tanto, no es de extrañar que fuesen más de las seis cuando Harry llegó a la pétrea residencia de verano.

Tenía resuelto no decir nada de lo que en realidad le sucedió. Sabía que le sería difícil explicar su ausencia de sesenta horas; pero era indispensable presentar una u otra excusa.

No se le ocultaba que, por lo menos, uno de los tres residentes de la casa -Quinn, Crull o Vernon- estaban en comunicación con su raptor. Era, pues, lo más prudente, no hacer nada que denotase que estaba en antecedentes.

Blair Windsor, de pie en el soportal, contempló, sorprendido, la llegada de Vincent.

-¿Dónde ha estado usted, Harry? -le preguntó-. Estábamos preocupados por su desaparición.

-¿No recibió mi mensaje? -inquirió Harry, con fingida sorpresa.

-¿Qué mensaje?

-La nota que le dejé, hace dos días, por la mañana. Me marché antes de que nadie estuviese levantado. Estoy seguro de haber dejado la nota en el salón. No le quise molestar a usted.

Blair Windsor movió, dubitativo, la cabeza.

-Si he de decirle la verdad, Harry -dijo-, no nos dimos cuenta de nada hasta anoche, y eso por causa de Perry Quinn.

-¿Cómo fue eso? -la sorpresa de Harry Vincent no era simulada aquella vez.

-Intentó suicidarse, anteayer por la mañana.

Garret Buckman y Philip Harper aparecieron en el soportal, y su llegada motivó el que se interrumpiese la conversación. Un momento después, Bert Crull se unía al grupo.

Todos se mostraban tan contentos como sorprendidos del regreso de Vincent.

-He aquí lo sucedido -exclamó Blair Windsor, mientras los hombres se sentaban para hacer del asunto tema de su charla-. Ninguno de ustedes ignora que Perry Quinn ha estado muy preocupado. ¿Cuál era la causa? Pues un apuro financiero. Nosotros no lo sabíamos. Notábamos, eso sí, que estaba algo triste; pero no hicimos ningún comentario acerca del particular.

»Anteayer, Quinn recibió una carta. Nosotros habíamos bajado a almorzar. Usted y Harper eran los únicos que no estaban aquí. Quinn se fue arriba, al parecer, muy preocupado.

»Como no volvió a bajar, Garret Buckman entró en sospechas. Fue a la habitación de Quinn. El infeliz había ingerido algún veneno.

»Después de esto hubo un gran jaleo en la casa. Yo marché en busca de un médico. Los demás le prestaron los primeros auxilios. Después de venir y diagnosticar el doctor, llevamos a Garret al hospital, donde neutralizaron los efectos del veneno perfectamente. Pero a todo el mundo le quedó algo que hacer después de atendido lo principal.

»Buckman fue a Boston para arreglar los asuntos de Quinn. Harper y yo fuimos a Springfield, donde vive su familia. Ignorábamos lo que había ocurrido con usted y Crull. Sabíamos que Crull estaba probablemente aquí y pensábamos que usted dormía cuando empezó el asunto.

»Al regresar aquí a altas horas de la madrugada, no supimos unos de otros. Ayer por la mañana no le vimos a usted. Creímos que, acaso, habría ido con Buckman, y que no regresaría hasta la noche.

»Luego yo vi su coche en el garaje. Desde entonces hemos estado preocupados por lo que pudiera haberle ocurrido.

-Estaba fuera antes de que se produjesen tales trastornos -replicó Harry-. Me desperté muy pronto, anteayer. Entonces recordé algo que había olvidado completamente.

»Tenía un compromiso de negocios en Nueva York; cosa curiosa, no lo recordé lo más mínimo al salir para este viaje de vacaciones. Supuse que sería mejor ir en tren. Pensaba llegar hasta Springfield en el coche y dejarlo allí.

»Cuando miré la guía de ferrocarriles vi que tenía tiempo de ir al pueblo y coger un autobús para Springfield. Así lo hice, pues pensé que mi coche estaría aquí más seguro.

»Dejé una nota diciendo que no regresaría hasta pasada la medianoche.

-No encontramos la nota -dijo Blair Windsor.

Sentía no haber sabido con anticipación el relato de Blair Windsor.

Pero cuando miró alrededor del grupo, Harry se dio cuenta rápidamente de que habían creído su fantástica historia. El franco apoyo de Blair Windsor era suficiente prueba del hecho.

El único miembro de la partida que parecía dudar era Bert Crull. No decía nada.

Esto, simplemente, confirmó las sospechas de Harry Vincent. Habiendo quedado, pues, explicada la extraña conducta de Perry Quinn, Bert Crull resultaba la persona peligrosa.

Probablemente sabía al dedillo todo lo referente al rapto de Harry. Por lo tanto, no pondría reparos ostensibles a lo que Harry acababa de explicar.

La cena estaba lista, los hombres se sentaron a comer. Tan pronto como terminaron, Harry decidió ir al pueblo a echar una carta.

Sacó su coche del garaje y no perdió el tiempo en encontrar lugar conveniente para disponer la estación radiotelegráfica.

A pesar de lo apresurado de sus preparativos, obtuvo resultados inmediatos.

Una respuesta en clave secreta llegó enseguida.

Harry envió rápido resumen de lo ocurrido. Había ordenado los pormenores mientras conducía el coche. Esperaba inmediata respuesta.

Quedó algo decepcionado cuando recibió instrucciones de escuchar la radio a las nueve. Para él, se debía actuar rápidamente.

Reflexionaba acerca de ello al regresar a casa de Blair Windsor. No le llegaría mucha información de la emisora WNX.

Probablemente le ordenarían ponerse en comunicación con su equipo radiotelegráfico o esperar por el momento.

Sin embargo, se daba perfecta cuenta de que su situación se hacía insostenible por momentos. Crull debía reconocerlo ya como un enemigo. Vernon sospecharía también.

¿Qué pasaría si contaba la verdadera historia a Blair Windsor?

Esto sería caso serio para sus enemigos... y particularmente para Vernon.

Windsor podría no creer en la complicidad de Crull. Blair era hombre demasiado abierto de corazón para sospechar de uno de sus huéspedes.

Quizá pensase igual acerca de Vernon, un antiguo criado que estaba a su lado hacía muchos años. Pero Harry estaba seguro de poder convencer a Blair Windsor de la verdadera situación.

Y el peligro amenazaba.

¿Y si Crull o Vernon -es un suponer- decidían actuar aquella noche?

Podrían atacar a Harry; o su misterioso aliado podría ser llamado a actuar de nuevo.

¿Quién era aquel individuo?

Harry sospechaba que era el mismo hombre que condujo un coche hasta dentro del patio, junto a la granja, la noche que él llegó a Brookdale.

Harry se trazó un plan de conducta.

Esperaría hasta las nueve. La «Sombra» le aconsejaría seguramente. Sin embargo, la situación era mucho más complicada de lo que él había indicado en su informe.

Si la «Sombra» ordenaba esperar hasta el día siguiente, la situación sería difícil. Una orden de enviar otro informe y de discutir el asunto directamente por radiotelegrafía sería la mejor salida.

Una cosa que le gustaba a la «Sombra», era que sus hombres actuasen con independencia en caso de apuro, siempre que lo hiciesen con inteligencia.

Esto dejaba un camino abierto a Harry.

Su último recurso volvió a su mente cuando se aproximaba a casa de Blair Windsor.

Si el enemigo aparecía pronto al ataque, Harry podría contárselo todo a Windsor, eliminando cualquier referencia directa a la «Sombra».

Con Buckman y Harper tendrían una fuerza igual al enemigo.

«¡El buen Blair Windsor! -pensó Harry-. Simpático amigo, que había pasado por muy duras pruebas últimamente.»

Su hermano acusado del asesinato de su amigo Frank Jarnow.

Perry Quinn y su suicidio frustrado.

Y en aquel momento, un ignorado peligro suspendido sobre su cabeza.

¡Enemigos en acción, con entrada secreta hasta el mismo sótano de su residencia! AL entrar en la casa, Harry encontró a los cuatro hombres jugando a los naipes. Eran las ocho. Se unió a ellos.

Vigiló a Bert Crull tan pronto como empezó el juego. Su rostro no le traicionaba. Era listo y, por lo tanto, doblemente peligroso.

Vernon estaba allí también.

El criado de grises cabellos se cuidaba de pequeños detalles de la habitación. Su rostro, como el de Crull, permanecía inalterable.

Harry Vincent se iba poniendo más nervioso a medida que los minutos avanzaban. Apenas podía esperar hasta las nueve... ¡hora en que, acaso, recibiría el mensaje de la «Sombra»!

CAPÍTULO XXIV
LA GUARIDA DE LOO-LOOK

El fumadero de opio de Loo Look era uno de los más notables centros del hampa. El punto de reunión de los malos espíritus; el lugar elegido por el flujo y reflujo del mundo criminal.

Esta guarida era una de las pocas que habían sobrevivido a las razzias de la policía. Estaba situada en un lugar oscuro del barrio chino, en un sótano, en los bajos de pobres edificios. Sus entradas eran muy difíciles de encontrar.

Tal parecía ser la razón de que subsistiese.

Pero se rumoreaba entre los gangsters que Loo Look, el cara de ídolo chino, dueño del establecimiento, tenía alguna relación con la policía. Nadie había probado que esto fuese cierto. Pero nadie tampoco se lo había preguntado nunca a Tigre Bronson.

Era muy significativo que el señor de los señores del hampa conociese el fumadero de opio y hubiese ordenado a Spotter ir allá por las noches.

El astuto gangster sabía muy bien la misión que se le había encargado.

Debía servir de cebo para arrastrar a la «Sombra» a su perdición.

Tigre Bronson, pese a su fingida ignorancia e indiferencia, sabia muy bien que la «Sombra» era una amenaza. Pero había ideado, por fin, una trampa, que le parecía de seguros resultados.

Spotter era demasiado listo para ir abiertamente al fumadero de Loo Look.

No ignoraba que la «Sombra» encontraría su pista a pesar de los mayores obstáculos, y el medio más seguro de atraer a la «Sombra» era obrar en secreto.

Spotter no podía sufrir la idea de servir de cebo a la «Sombra». No era muy tranquilizador el saber que el hombre, terror del hampa, estaba sobre su pista.

Al mismo tiempo Spotter pensó que era útil a la «Sombra» algunas veces, y adquirió la convicción de que su vida sería respetada.

En cualquier caso, su vida era incierta. Spotter, al igual que Bronson, sólo confiaba en que la «Sombra» cayese en la trampa que le habían preparado.

La noche antes, al parecer, la «Sombra» había estado en casa de Tigre Bronson.

Esto indicaba que había seguido allí a Spotter, a pesar de la ingeniosa combinación que el malhechor había desplegado.

Aquella noche, Spotter no fue al Barco Negro.

En su lugar, fue a la Rata Roja. Había allí rostros desconocidos.

Spotter escogió una excelente oportunidad para marcharse y sobrecogido de terror y también de alegría vio que un gangster extraño observaba su partida.

Sospechó que el hombre era la «Sombra».

Pero, en aquel preciso momento, la «Sombra» usaba la personalidad de Lamont Cranston y acababa de abandonar a un grupo de millonarios en el selecto Cobalto Club.

Eran más de las ocho; lo mismo Spotter que la «Sombra» iban retrasados.

Había sólo unos minutos de la Rata Roja al fumadero de Loo Look.

Spotter tomó un camino algo indirecto; pero, a pesar de todo, llegó pronto, y se deslizó por la puerta de un edificio deshabitado que era una de las entradas del antro.

Bajando algunos escalones, Spotter llegó a un corredor subterráneo. Se vio detenido por un chino alto y de cabello negro.

-Quiero ver a Loo Look -dijo Spotter.

-Bien -contestó el hombre.

El gangster se preguntaba cómo se las arreglaría la «Sombra» para pasar a través de la guardia china.

Spotter llegó ante una puerta. Llamó tres veces. Se abrió y el hombrecillo se encontró frente a otro centinela. Spotter levantó la mano en señal de amistad y le permitieron pasar.

Experimentaba siempre cierta aprensión al pasar aquella puerta. Sospechaba que había una trampa en el suelo, que hundiría en ignorado abismo a cualquier visitante peligroso.

De ser así podrían evitarse muchas molestias en el caso de que la «Sombra» no consiguiese engañar al guardián. Spotter se deleitaba imaginándose a la «Sombra» cayendo en aquella trampa.

El hombrecillo sabía que la guarida de Loo Look tenía tres entradas. Todas presentaban los mismos riesgos.

La «Sombra» debería pasar ante dos centinelas. Le parecía probable a Spotter que la «Sombra» eligiera aquella entrada, siempre y cuando, claro está, se decidiese a entrar. Que, al fin, no lo hiciese era la única idea que descorazonaba a Spotter.

El criminal siguió su camino a lo largo de un corredor serpenteante. Estaba en una verdadera catacumba. Dos pasajes más se unieron al que él seguía.

Todos terminaban ante una puerta forrada de planchas de hierro.

Aquélla era la última barrera.

Spotter había llegado al corazón de los dominios de Loo Look. Estaba ante la entrada del fumadero.

La puerta se abrió como si ojos invisibles hubiesen percibido la proximidad del hombrecillo. Spotter entró en un cuarto largo y bajo de techo.

Era un lugar miserable; pero su miseria quedaba disimulada por lo mortecino de la iluminación.

Un chino, delgado y nervioso, estaba junto a la puerta. Era el guardia de más confianza de Loo Look, el portero del antro interior. Llevó adelante a Spotter.

Las paredes del cuarto estaban cubiertas por sucias cortinas. Estas escondían los camastros donde los esclavos de la droga se tendían, fumando sus pipas.

Era un aposento semejante a un pasillo, con literas a ambos lados. Se veía que no había ninguna intención de hacer atractivo el lugar.

Los que acudían allí no se cuidaban del aspecto del fumadero. ¿Por qué habían de cuidarse? Cuando empezaban a fumar sus pipas las mentes enfebrecidas por el ensueño proporcionarían sobradamente la suntuosidad que entonces se echaba de menos. Spotter estaba al cabo de la calle de todo aquello.

El guardián condujo a Spotter a un camastro. Cayeron las cortinas y encerraron al pequeño gangster. Estaba provisto de una pipa y se tendió en la litera, esperando en silencio.

No era aficionado Spotter a fumar opio. Sin embargo, aquella noche dio algunas chupadas... como ya lo hiciera en alguna otra ocasión.

Transcurrieron varios minutos. El hombrecillo cargado de espaldas, echó un vistazo por entre las cortinas. El aposento parecía extrañamente silencioso.

Spotter dejó de chupar la pipa. Era lo bastante prudente para evitar el dejarse dominar por una influencia excesiva de la poderosa droga.

Vio al delgado centinela junto a la puerta del antro. Su sombra se veía tras él, en el suelo. Semejaba una estatua. La sombra molestó a Spotter. No tenía nada de particular; pero a Spotter no le gustaban las sombras.

De pronto, el gangster separó las cortinas de la litera. Otra sombra apareció en el suelo. Era larga, negra, siniestra. Se iba acercando desde el otro extremo de la habitación.

Entonces se hizo visible una figura: era la forma de un hombre vestido de negro. Estaba quieto y como formando parte de las cortinas que cubrían uno de los camastros, a poco más de un metro del lugar donde permanecía el chino escuchando... Era una forma silenciosa que surgía de la nada.

¡La «Sombra»!

Esta idea produjo a Spotter un estremecimiento. Quería esconderse en su camastro, desaparecer de la vista; pero sus músculos no le obedecían.

¿Por qué no se volvía el guardián chino? Spotter se ahogaba. No podía ni gritar un aviso.

La «Sombra» estaba de espaldas a él. Spotter tenía un revólver en el bolsillo de su arrugada chaqueta que estaba al pie del camastro. Pero el miedo le tenía paralizado. No podía moverse.

¿Podía aquello ser cierto? La «Sombra» no había llegado por la puerta que era la entrada del fumadero. ¿Cómo había entrado hasta allí el misterioso ser de la noche?

Spotter temblaba. Empezó a creer que su imaginación era la causa de todo; que los vapores del opio le habían convertido en víctima de extrañas alucinaciones.

Una melancólica sonrisa se dibujó en los secos labios de Spotter. El guardián chino se volvía. ¡Vería a la «Sombra!»

Pero no fue así; al separarse el chino de la puerta, tomó la dirección contraria. La «Sombra», adivinando su movimiento, se había apartado a un lado.

Estaba, todavía, tras la espalda del oriental. EL centinela no descubrió su presencia.

El chino siguió adelante, mirando a uno y otro lado, dentro de los encortinados camastros. Tras él iba la «Sombra», grotesca figura de murciélago, cuya siniestra forma semejaba sólida talla esculpida en el azabache de la noche.

Spotter miraba a través del pequeño resquicio que quedaba entre las dos cortinas de su litera. Vio al guardián chino ir al otro extremo del cuarto, sin duda en ronda de inspección. EL oriental se detuvo al llegar a la pared.

¡Entonces debía volverse! ¡Entonces vería a la «Sombra»!

Pero Spotter se desengañó pronto. La negra forma saltó repentinamente hacia la izquierda. Desapareció entre las cortinas de un camastro desocupado, medio segundo antes de que el chino diese la vuelta para regresar.

Spotter lanzó un silbido bajo y agudo. Le castañeteaban los dientes. El chino se detuvo y se agachó junto al camastro para escuchar lo que Spotter parecía tener que decir.

-¡La «Sombra»! -balbuceó Spotter-. ¡La «Sombra»!

El chino le miró con ojos solemnes, imperturbables.

-No es el opio -murmuró Spotter-. No he fumado. Oye, chino. ¡La «Sombra» está aquí! Díselo a Loo Look. ¿Entiendes? La «Sombra» está aquí.

El centinela se encogió de hombros.

Había visto delirar a muchos hombres bajo los efectos de la droga que Loo Look suministraba. Aquel individuo parecía ser uno de tantos.

-Díselo a Loo Look -repitió Spotter en tono apremiante-. La «Sombra» está aquí, ¡en esta habitación!

El delgado chino miró a su alrededor.

-¿Dónde? -preguntó.

-En una litera. La penúltima del otro lado. Avisa a Loo Look. ¡Pronto!

El oriental se alejó. No creía a Spotter. El hombre hablaba de una sombra.

En esa forma obraba el opio. Hacía ver sombras a sus víctimas.

¿Qué sombra podría haber visto desde su litera? ¿Cómo podía haber escapado a sus ojos vigilantes? Tales eran sus pensamientos.

Sin embargo, lo apremiante de la demanda de Spotter le impresionaba. Le había dicho que avisase a Loo Look.

No era su obligación llevar a su amo mensajes de las alocadas mentes que ocupaban las literas. Todos los fumadores de opio tenían ideas extrañas.

Sin embargo, Spotter había pronunciado el nombre de Loo Look y Spotter no había estado en la litera mucho tiempo. Quizá se trataría de algo importante.

El delgado chino fue andando por en medio del aposento hasta que llegó a la artesonada pared, al lado de la puerta. Levantó la mano y apretó una moldura.

Pero no lo hizo sin haber echado ante una mirada escrutadora a lo largo del pasillo central.

Spotter ya no vigilaba. El astuto gangster, agotado por la emoción, había caído, exhausto, en su camastro.

El entrepaño se hundió en la pared, revelando la entrada a un estrecho pasillo. El guardián sostuvo el entrepaño con la mano al entrar en el pasaje.

Evidentemente se cerraba de un modo automático. Aquél era el camino al santuario de Loo Look.

Pero, de pronto, el chino cambió de opinión. Retrocedió al aposento y soltó el entrepaño que cayó, recobrando su primitiva posición. El hombre había decidido investigar la demanda de Spotter antes de avisar.

Volvió al camastro donde yacía Spotter. Separó un poco las cortinas y sacudió al gangster. Spotter le miró con ojos de espanto.

-¿En qué litera viste entrar a la «Sombra»? -inquirió el chino.

Mientras el hombre preguntaba, una forma negra surgió de la última litera de la habitación. Avanzaba silenciosamente por en medio del aposento.

No produjo ruido alguno al pasar junto al centinela que estaba hablando a Spotter.

El chino no advirtió la presencia de aquella forma fantasmal. Ni tampoco la vio Spotter. EL cuerpo del guardián se lo impedía.

-La penúltima... al otro lado del cuarto... en el otro extremo... -masculló Spotter.

El chino se alejó. Apenas acababa la «Sombra» de pasar junto a él; pero el centinela se volvió hacia el extremo del aposento del que había venido tan extraño personaje. El oriental no advirtió su presencia.

En cambio, Spotter le vio. Como por instinto, el gangster miró hacia la entrada, en lugar de seguir con la vista el camino tomado por el guardián.

Una gran forma negra estaba junto a la puerta. Una mano salió de la capa negra. En uno de sus dedos brillaba una gran gema que parecía el ojo carmesí de un monstruo de la laguna Estigia.

La mano apretó la moldura. Un entrepaño se abrió hacia arriba, dejando al descubierto una pequeña entrada.

Por ella entró la «Sombra».

Desde el camastro en el que había estado escondido, había visto la acción del centinela chino. ¡Había aprendido el camino de la guarida de Loo Look!

Spotter se incorporó en su litera. El centinela estaba en el otro extremo de la habitación, mirando por entre las cortinas el lugar donde la «Sombra» había estado escondido.

-¡Pronto! -dijo Spotter-. ¡Está aquí... por la pared!

El chino se volvió un instante demasiado tarde. El entrepaño se había cerrado sin ruido. La «Sombra» había desaparecido.

El oriental volvió junto a Spotter y contempló al gangster con ojos relampagueantes.

-No hay nadie allí -dijo-. Has fumado demasiado.

-¡Allí! -dijo Spotter, señalando a la entrada-. ¡Allí! ¡Se marchó por allí!

El chino extendió su delgada mano y empujó a Spotter hacia dentro.

-Tú ves cosas -dijo-. Cosas tontas. Estate quieto y no hables.

Spotter estaba sin nervios. No podía levantarse. Trató de mascullar más palabras. Pero el guardián le puso una mano en la boca y le selló los labios.

Spotter se calló. Desesperado, dio una chupada a la pipa. El humo se le atragantó. Yacía tosiendo y temblando, con miedo de moverse.

De alguna manera, la «Sombra» había entrado en aquel antro sin ser visto ni molestado. Y, el extraño ser, había pasado la guardia interior y había entrado en un pasaje misterioso y oscuro.

Adónde conducía, eso era cosa que no sabía Spotter. Su único temor era que la «Sombra» volviese.

¿Qué ocurriría entonces?

El guardián chino sabía que aquella litera encerraba algún secreto, pues, antes Loo Look y Tigre Bronson entraban y salían de ella; sin embargo, ninguno de los dos fumaba opio.

Pero el guardián nunca investigaba. Oriental típico, no sentía curiosidad alguna por las cosas que no debía conocer.

Loo Look estaba, generalmente, en el fumadero de opio. Tigre Bronson rara vez aparecía por allí. Pero el guardián no ignoraba que no debía ser demasiado curioso con respecto a cualquiera de los dos.

La «Sombra» había entrado por la entrada secreta que partía de la casa situada al otro lado de la calle. Había salido de la litera especial cuando Spotter le vio por primera vez.

Cómo conocía la «Sombra» aquel pasaje secreto, era un misterio.

Evidentemente ignoraba el camino a la guarida de Loo Look, puesto que había permanecido escondido hasta que el centinela chino lo descubrió inconscientemente.

La «Sombra» estaba ya más allá de la barrera. Avanzaba, silencioso y precavido, en la oscuridad de un estrecho pasaje. Llegó a una puerta y su mano se posó sobre el pomo.

CAPÍTULO XXV
UNA TRAMPA PARA LA «SOMBRA»

Spotter estaba en la creencia de que únicamente tres entradas daban acceso al fumadero subterráneo de Loo Look. Sabía que tres pasajes confluían frente a la puerta del aposento interior.

Había utilizado las tres entradas en distintas ocasiones. Cada una de ellas estaba guardada por dos fuertes servidores chinos.

Pero había una cuarta entrada a la guarida... y sólo dos hombres conocían su existencia. Uno, era Loo Look; el otro, era Tigre Bronson.

La entrada secreta tenía su origen en una casa del otro lado de la calle.

Cuando Loo Look o Tigre Bronson deseaban entrar en el fumadero de opio, utilizaban el camino secreto. La casa del otro lado estaba deshabitada.

Los dos hombres que se servían de ella tenían cada uno una llave de la puerta lateral.

Cuando uno de ellos entraba en la casa, iba al sótano y encontraba una abertura que daba a la cámara donde Spotter se encontraba entonces.

El pasaje terminaba en una litera fuera de servicio. Desde ella, Loo Look o Tigre Bronson podían surgir o desaparecer.

La puerta se abrió silenciosamente hacia dentro, hasta que hubo una pequeña abertura. La alta figura de la <Sombra> interceptaba la luz que entraba por la estrecha abertura.

Dos hombres estaban sentados en un saloncito lujosamente amueblado. Uno era Loo Look. El otro era Tigre Bronson.

Parecían no fijarse en el esplendor oriental que les rodeaba, tan interesante era la conversación en que se hallaban enfrascados.

El político, de rostro anguloso y gigantesco cuerpo, formaba un notable contraste con el propietario del fumadero de opio. Loo Look era un chino gordo, de cara de torta y mofletudos carrillos. Iba vestido con un traje chino, bordado con hilos de oro.

-Spotter estuvo aquí anoche -observó Loo Look. Miraba a Tigre Bronson con ojos que parecían dos manchas redondas de ébano-. Pero no vino ninguno más. No vi a ése que tú llamas la «Sombra».

-Estaba en mi casa -replicó Tigre Bronson, ceñudo-. Una pandilla trató de cazarlo; pero escapó. Es muy peligroso, Loo Look.

-Debe serlo.

-No puede ser atacado. Hay que engañarlo.

-Eso lo podemos hacer aquí.

-Sí -la voz de Tigre Bronson tenía un tono de duda-. El único inconveniente es éste. Quizá sea demasiado prudente para venir.

Loo Look se echó a reír.

-Dices que no tiene miedo a nada -observó el chino-. Si eso es cierto, vendrá.

-Con eso cuento, Loo Look.

-Nada hay aquí que le prevenga -dijo el oriental-. Soy demasiado listo para eso, Tigre. Hay tres entradas por las que puede venir.

»Mis centinelas están apostados. Tienen simples instrucciones de liquidar enseguida a cualquier extraño. Quizás otros caigan también en la trampa. ¿Qué te parece?

-AL pelo, mientras caces a la «Sombra».

-La guardia exterior -explicó Loo Look-, dejará entrar a todo el mundo. Pero si es un sospechoso, apretará un sitio en la pared del pasaje. Esto es una señal para el segundo centinela que está detrás de la puerta. En el instante en que el desconocido ponga el pie en el dintel, se soltará la trampa y desaparecerá.

-Bien.

-De modo que la «Sombra» no puede llegar nunca al aposento interior. Yo seré informado pocos minutos después de que haya caído en mi trampa.

-Una cosa se me ocurre -la voz de Tigre Bronson era grave-. ¿Qué hay del pasaje que usamos tú y yo, Loo Look?

El regordete chino se rió.

-Me gustaría que entrase allí -dijo.

-¿Por qué? Allí no hay guardianes que puedan detenerlo -opuso Tigre Bronson-. Llegaría al fumadero si utilizara ese camino.

-¿Lo crees así? -la voz de Loo Look era siniestra-. Oye, Tigre. Nunca vienes aquí sino cuando estoy yo, ¿verdad?

-No. Siempre aviso antes de venir.

-Te dije una vez que si tu llave no abría la puerta de la casa del otro lado de la calle, que te fueses y volvieses más tarde.

-Exacto. Pero nunca pensé en preguntarte el porqué.

-Esa puerta sólo se abre cuando yo dispongo que tú entres. Está conectada aquí.

Señaló un relieve de la pared.

-Cuando vienes por el pasaje -continuó-, todo está dispuesto para garantizar tu seguridad. Te espero. Mas en el momento en que ya estás aquí, cambio los planes.

»El pasaje está lleno de trampas. Ni ese sujeto a quien llamas la «Sombra» podría escaparse.

-Supón que viniese detrás de mí.

Loo Look rió. Señaló a una hilera de luces.

-Estas me indicarían el sitio exacto en que te encontrabas -dijo-. Después de haber pasado tú por un lugar determinado, dejaría caer, como una cortina, una plancha de acero.

»Si la "Sombra" iba detrás de ti, debía estar todavía al otro lado. Pero no está allí. En ese caso otra luz indicaría su presencia.

-¡Hum! -dijo Tigre Bronson-. Lo tienes todo dispuesto como en un sistema de señales ferroviarias.

-Así es. Sólo que con exactitud.

Tigre Bronson contempló con admiración al ingenioso chino, que hablaba el inglés perfectamente y cuyos planes no tenían el menor fallo.

-El camino está libre ahora -hizo notar Loo Look-. Deja a la «Sombra» que entre si quiere. Se detendrá sobre ocultas plataformas. Quedará atrapado entre cortinas de acero. No escapará nunca.

-Deberíamos haberle atraído hacia el pasaje -sugirió Tigre Bronson.

-No -replicó Loo Look-. No quiero que nadie conozca su existencia, excepto nosotros. Gasté demasiado en su preparación.

»Deja que la "Sombra", como los demás, venga por los pasajes donde esperan los guardianes. Ellos se encargarán de él.

-Suponte que los burla...

Loo Look movió la cabeza.

-Están preparados para cogerlo -replicó.

-Puede venir disfrazado -objetó Tigre Bronson.

-El hombre del aposento interior se dará cuenta de que el disfraz es falso. Nadie es capaz de engañar a Woo Ting.

-¿Te refieres a ese pájaro delgaducho que sirve las pipas?

-Sí. A ese mismo.

-Parece listo, desde luego.

-Lo es. Es el único hombre que sabe el camino para llegar a este saloncito; el único, excepto tú y yo.

-Bien está -observó Tigre Bronson-. Pero he de decirte que esa «Sombra» me preocupa, Loo Look. En la forma que actúa no sería extraño que nos le encontrásemos aquí en cualquier momento.

CAPÍTULO XXVI
LA «SOMBRA» FALLA

El rechoncho chino rió como si la última manifestación hecha por Bronson fuese una tremenda chuscada. De pronto, su rostro se contrajo y quedó atento.

Por una vez, una mirada de sorpresa apareció en las facciones inexpresivas de Loo Look. Sus ojos estaban vidriosos y fijos.

Tigre Bronson quedó sorprendido ante aquel cambio repentino e inesperado.

Se volvió a mirar en la dirección en que observaba el chino. Entonces, también él, quedó petrificado.

La puerta de la habitación se había abierto mientras ambos hablaban. No lo habían oído. Pero vieron una alta figura vestida de negro al otro extremo del saloncito.

La negra sombra permanecía inmóvil. Parecía un espectro del otro mundo.

Llegaba como un mensajero de venganza.

-¡La «Sombra»!

Las palabras salieron de entre los convulsos labios de Tigre Bronson. La figura vestida de negro no se movió.

Durante un minuto reinó el silencio. Las tres personas que estaban en el saloncito formaron un cuadro de estatuas vivientes.

Aquél era el dominio de Loo Look, pero la «Sombra» se había hecho dueño de la situación.

Una risa bronca y hueca salió bajo el ala inclinada del sombrero. Tigre Bronson se estremeció de pies a cabeza. El rostro de Loo Look conservó su contraída expresión.

-Tigre Bronson -dijo la «Sombra», con voz que parecía pronunciar una sentencia-, tú procuraste atraerme a este lugar. Aquí estoy.

El político de rudo rostro, incómodo, cambió un poco de postura.

-Dos veces has tratado de herirme -continuó diciendo la «Sombra» con su voz solemne y horripilante-. Dos veces. Esta es la tercera. Tus esfuerzos son impotentes. Aquellos que han tratado de atacarme tres veces, no escapan a la muerte.

Loo Look recobró de pronto su serenidad. El chino se había visto sorprendido y paralizado por la súbita llegada de la «Sombra». Pero su imaginación volvía ya a actuar.

Sus trampas habían sido evitadas; de ahí su sorpresa. Mas el astuto oriental poseía otros medios.

Retrocedió ligeramente en su silla y apretó con el codo cierto lugar de la pared. Tan insignificante había sido su movimiento que al parecer escapó a los ojos que se escondían bajo el sombrero de negras alas.

-De manera que tú eres la «Sombra» -dijo Loo Look-. ¿Quién eres? ¿Cómo has entrado aquí?

La figura no respondió de momento. Después llegaron sus palabras, con voz baja y tranquila. Eran acusadoras.

-Hace tres años, Loo Look -dijo la «Sombra»-, empleaste a un hombre diestro en construir tu pasaje desde la casa del otro lado de la calle. Ese hombre era un americano. Cuando hubo terminado su trabajo, tú lo asesinaste.

EL chino se movió inquieto al cesar la voz.

Las palabras de la «Sombra» eran ciertas. El hombre misterioso había revelado hechos que Loo Look creía ser el único en conocer.

-Yo poseía el secreto de ese hombre -resumió la «Sombra»-. Hubiese podido entrar aquí a voluntad. Pero preferí no hacerlo hasta que llegase el momento oportuno.

Poco a poco la figura de negro avanzó hasta cubrir a los dos hombres.

Entonces se oyó una siniestra carcajada, como si la «Sombra» se burlase de las indefensas criaturas que tenía delante.

Tigre Bronson temblaba; pero Loo Look había recuperado su calma mientras la «Sombra» retrocedía. El astuto chino esperaba algo que debía ocurrir. En su rostro se dibujaba la ansiedad.

Entonces sucedió. En ambos lados del saloncito se abrieron entrepaños y dos grupos de chinos se precipitaron dentro.

Habían acudido en respuesta a la secreta señal de Loo Look. En sus manos brillaban cuchillos cuando se lanzaron sobre la figura de la «Sombra».

Pero en el preciso instante del ataque, el hombre de la capa negra se agachó hacia el suelo. Con sorprendente habilidad y rapidez retrocedió y descubrió la cabeza que había quedado cubierta por la capa.

Loo Look se precipitó hacia la puerta y señaló el pasaje a sus hombres, que vieron al hombre de negro deslizarse por la abertura de la puerta y desaparecer en la negrura del pasaje.

La «Sombra» había sido demasiado rápido para sus atacantes. No habían podido cortarle la retirada. Loo Look se precipitó hacia la puerta y señaló el pasaje a sus hombres, los cuales se precipitaron por él. Uno tras otro salieron en loca persecución.

Tigre Bronson se levantó intranquilo al ver una mueca de dolor en el rostro de Loo Look. El chino fue a un taburete, levantó el asiento y sacó una linterna.

-Ven -dijo a Tigre Bronson-. No puede escaparse. Sólo Woo Ting puede abrir el entrepaño... cuando oye la señal. No le abrirá ahora. Ha recibido el aviso que le he enviado.

Se oían gritos en el pasaje mientras se acercaban a la puerta. Entonces se oyó una descarga de pistola ametralladora estallando en la oscuridad.

Siguieron lamentos.

Loo Look se detuvo en seco, con la sorpresa pintada en el rostro.

-¡Qué significa esto! -exclamó-. Mis hombres llevaban cuchillos. Puede que...

Un chino apareció vacilante junto a la puerta. Le sangraba el brazo y cayó a los pies de Loo Look. Pronunciaba palabras en lengua china.

-Dice que el hombre es un demonio -tradujo Loo Look-. Un espíritu que se funde en la oscuridad y forma parte de la noche.

Uno a uno los restantes guerreros de Loo Look salieron del pasaje. Todos habían sido heridos por la «Sombra». Por sus entrecortadas exclamaciones, Loo Look comprendió que habían fracasado en su empresa.

El rechoncho oriental contó a sus caídos hombres. Seguro de que habían regresado todos, cerró la puerta rápidamente.

-No puede escapar por ese camino -dijo con calma-. La puerta es demasiado fuerte.

-Pero el entrepaño del otro lado... -objetó Bronson.

-Puede salir por allí -admitió Loo Look-. Vamos a ir a esperarlo.

Sus hombres se examinaban las heridas. Dos de ellos, que sólo tenían rozaduras de bala vendaban a sus compañeros. Loo Look fue hacia ellos.

-¡Vamos! -dijo.

Loo Look condujo al político a un rincón del aposento alejado de peligro.

Colocó a sus dos hombres a ambos lados del entrepaño y sacó un gran revólver de debajo de su túnica.

Apuntó a los camastros con gesto expresivo, como preguntando a Woo Ting si los fumadores de opio habían sido expulsados desde un principio.

Woo Ting asintió.

Loo Look hizo otro signo y Woo Ting apretó un interruptor. Las luces se apagaron. El cuarto quedó sumido en completa oscuridad. Terroríficos porrazos llegaron del entrepaño. Cesaron por un momento. Loo Look habló rápido en chino. Se produjo un chasquido casi inaudible.

Tigre Bronson reconoció el sonido. ¡Loo Look había abierto el entrepaño!

Como cañonazos resonaron en la oscuridad los disparos del revólver de Loo Look contra las tinieblas. El chino agotó un cargador entero tirando en línea recta al espacio que tenía ante él.

El estruendo de los disparos era devuelto por el eco. Después se hizo el silencio.

Loo Look apretó el botón de una linterna; la luz reveló una figura yacente e inmóvil ante él y con los brazos extendidos hacia el aposento.

El rechoncho chino avanzó con un grito de triunfo. Al llegar junto a la figura, los brazos de ésta se levantaron y lo cogieron por el cuello. Loo Look barbotó al caer. La linterna cayó al suelo y se apagó.

Bronson intuyó la verdad. EL casi imperceptible chasquido del entrepaño había llegado al oído de la «Sombra, previniéndole. Se había echado al suelo y los proyectiles siguieron su trayectoria, pero por encima de él.

Woo Ting acudió al rescate. Apretó el botón que daba luz al aposento; pero, cuando así lo hizo, el alto enmascarado había salido ya del pasaje.

Al hacerse la luz cayó sobre los dos chinos que obstaculizaban la entrada.

Los apartó a un lado y de un salto cruzó la habitación.

Woo Ting se dirigió a él desenvainando un largo cuchillo. Pero el objetivo de la «Sombra» era el interruptor. Lo alcanzó y apagó. De nuevo el cuarto quedó a oscuras. Entonces empezó una lucha brutal en las tinieblas.

Tigre Bronson no tomaba parte en la lucha. Estaba en el otro extremo del aposento, procurando esconder su gigantesco corpachón en algún rincón seguro.

Loo Look se deslizó por el pasaje. La «Sombra» le dejó medio inconsciente.

Pero ya podía levantarse y andar. Se alejó presuroso del teatro de la lucha y llegó a la puerta cerrada con cerrojo que daba a su propia habitación.

Dio cuatro golpes en ella: dos fuertes y dos suaves. Uno de los chinos heridos abrió la puerta con precaución.

Loo Look entró en su santuario y se sentó sin aliento en una silla. Señaló a la puerta. Un chino la cerró y echó el cerrojo.

Loo Look miró hacia arriba y un gesto de triunfo apareció en su rostro. Una luz brillaba en el cuadro de señales. Alguien estaba en el corredor que conducía a la casa del otro lado de la calle.

¡La «Sombra», creyendo que Loo Look era incapaz de actuar, escapaba!

EL regordete chino observó cómo se apagaba una luz y se encendía otra.

Eso indicaba la carrera del hombre que huía,

Loo Look se levantó.

La segunda luz se apagó; una tercera se iluminó. Era roja. Las otras habían sido blancas,

Con burlona sonrisa, Loo Look apretó un interruptor. La luz roja se extinguió. Riendo con diabólica alegría, el chino volvió a sentarse en su silla.

La luz roja indicaba que el hombre que marchaba por el corredor estaba sobre una trampa secreta. AL apretar el interruptor había caído en profundo pozo.

Era el fin de la «Sombra»; así lo pensó Loo Look. Pero si cl rechoncho chino hubiese sabido el verdadero estado de su asunto, la risa habría muerto en sus labios.

¡El hombre que había caído al abismo era Tigre Bronson! ¡El jefe de la banda había encontrado una oportunidad para escapar del fumadero, mientras la lucha seguía!

Todo estaba tranquilo ya; la batalla había terminado tan pronto Tigre Bronson se dio a la fuga. Tres chinos yacían, medio inconscientes, en el suelo. La puerta exterior se abrió y una figura negra y delgada penetró en el corredor por donde había venido y marchado Spotter.

Llegó al final del corredor y cayó con rapidez sobre el centinela chino. Un minuto más tarde, el hombre yacía atado con tiras de su propia ropa.

El guardián de la última puerta estaba tranquilamente sentado sobre una caja de jabón cuando hasta él llegó la «Sombra». Cayó hacia atrás con un estremecimiento y dio con la cabeza contra el suelo de piedra.

La «Sombra» no se molestó en atarlo. Hubiese sido superfluo.

En la calle, el hombre alto y misterioso se confundió con las sombras de los edificios. Sacó un reloj del bolsillo y la luminosa esfera brilló espectral en las tinieblas. Una exclamación ahogada siguió.

La «Sombra» había entrado en la guarida de Loo Look. Había encontrado al enemigo, y había salido victorioso. Sin embargo, tenía la sensación de haber fracasado.

Eran las nueve menos cinco... ¡Demasiado tarde para llegar a la emisora!

CAPÍTULO XXVII
VINCENT ENTRA EN ACCIÓN

Eran las nueve y cuarto. EL juego de naipes había terminado. Harry Vincent estaba sentado, y solo en el salón de Blair Windsor. Podía oír el ruido del choque de las bolas que llegaban del billar. Se había llevado chasco al escuchar la estación WNX. Ni una sola palabra significativa se oyó en el programa. El juego de cartas terminó bruscamente, poco después de que el locutor terminase su charla.

Philip Harper y Garret Buckman se proponían ir al hospital para visitar a Perry Quinn. Blair Windsor y Bert Crull habían decidido jugar una partida de carambolas.

Harry Vincent estaba desesperado. Tenía la certeza de no haber recibido aquella noche un mensaje de la «Sombra». Y la situación era difícil. ¿Qué debía hacer?

Vernon cruzó el salón. La presencia de ese hombre, a quien Harry consideraba complicado con toda seguridad en el complot tramado contra Blair Windsor, trajo tristes pensamientos a la imaginación del joven.

Pasaron tres minutos. El choque de las bolas cesó. Entonces Blair Windsor entró en el salón. Su rostro era alegre y optimista. Miró a Harry, que permanecía mudo y reservado.

-¿Qué ocurre, muchacho? -preguntó Windsor.

-Nada -contestó Harry-. Estaba pensando.

-¿Le gustaría jugar una partida de billar?

-No mucho.

Blair Windsor se sentó cómodamente en una butaca.

-Philip y Garret pasarán la noche fuera -recalcó.

-¡Se van! -exclamó Harry.

-Sí. Es idea de Bert Crull. Les dijo que sería tonto que regresaran. Está lloviendo y probablemente será una mala noche. Siguiendo su consejo hicieron la maleta antes de irse.

-¿Dónde está Crull? -preguntó Harry con ansiedad.

-Ha tenido que bajar a la ciudad -replicó Blair Windsor. Harry se levantó y paseó por el salón. Estaba seguro de que algo se preparaba. Con Harper y Buckman fuera, sólo él y Windsor quedaban allí.

¿Por qué se había marchado Crull? ¿Para unirse al hombre que secuestró a Harry aquella noche?

¡Sería una mala noche si el enemigo se decidía a obrar!

-¿Qué es lo que le preocupa? -preguntó Blair Windsor.

Harry Vincent estudió de cerca a su interlocutor. Se dio cuenta de que no era el único cuya seguridad estaba en peligro. Aquel asunto abarcaba también a Blair Windsor. No quedaba tiempo para callar.

Salió y cerró la puerta después de asegurarse de que Vernon no estaba en el vestíbulo.

-Oiga, Blair -la voz de Harry llevaba un énfasis tan marcado que en el rostro del otro apareció una impresión de sorpresa-. Hay aquí un peligro. Un verdadero peligro. Debemos afrontarlo.

-¿Qué quiere usted decir?

-Sólo esto. Hay quien conspira contra usted. Sospecho de Bert Crull y de Vernon.

-¡Imposible!

-No es imposible, Blair. ¿Quién vive en aquella granja situada al otro lado de la colina?

Blair Windsor se encogió de hombros.

-Un viejo que se la habrá alquilado al granjero -replicó-. Hace tiempo que no he estado por allí. Sólo le he visto una o dos veces.

-¿Por qué Crull y Vernon le visitan? -preguntó Harry-. ¿Sabía usted que habían estado allí?

-No.

-Pues bien, han estado. Hay en todo ello algo misterioso. Una persona desapareció en su bodega, Blair. Creo que era Vernon. Lo vi en la granja un instante después.

-¿Cuándo?

-La noche en que me marché.

-Estaba en la creencia de que había salido usted por la mañana temprano.

-No le dije la verdad -explicó Harry-. Salí aquella noche... sólo para inspeccionar la granja. Un hombre me atacó por la espalda y me raptó.

El rostro de Blair Windsor demostró gravedad y preocupación. Parecía intrigado.

-¿Quién era? -preguntó.

-No lo sé. Me escapé más tarde.

Se detuvo un instante; después pensó que era perder un tiempo precioso explicarle con todo detalle su prisión en el bosque. Lo importante era convencer a Blair Windsor de que debía obrarse rápidamente.

-Blair -dijo Harry-. Sospeché que aquí había un peligro. No sé en concreto de qué se trata; pero le afecta a usted. Hay una banda en acción.

»Debemos estar en guardia. Me parece que sería mejor que llamase a Buckman y Harper. Que regresen para ayudarnos.

Blair Windsor consideró la proposición. Después movió la cabeza.

-Le creo, Vincent -dijo-. Han ocurrido aquí una o dos cosas que ahora me hace usted recordar. En conjunto puede usted estar equivocado; pero si tiene razón creo que podremos arreglárnoslas nosotros solos,

-Buckman y Harper acaso fuesen una ayuda.

-De acuerdo. Pero si existe verdadero peligro hay que afrontarlo pronto. Le dejo a usted la elección del momento. ¿Debemos obrar ahora mismo o esperar?

-Me parece ésta la ocasión oportuna. Si Bert Crull está complicado en el asunto, regresará antes de que podamos contar con Buckman y Harper.

La buena disposición de Windsor a obrar enseguida agradó a Harry. Era mucho mejor poner manos a la obra inmediatamente que esperar.

-Tiene usted razón, Blair -dijo Harry-. He aquí lo que le propongo como primera providencia. Investigar la bodega.

-Magnífico. Tengo dos pistolas arriba. Vamos a cogerlas.

El revólver de Harry estaba en el coche, pero prefirió utilizar el arma que le proporcionase Windsor.

No quiso mencionar a la «Sombra». Si revelaba el hecho de que había ido a Brookdale preparado para lo que iba a ocurrir, provocaría un interrogatorio por parte de Windsor.

-¿Qué hacemos con Vernon? -preguntó Harry, cuando Blair se levantaba de la butaca.

Blair Windsor movió la cabeza.

-Le quitaré de en medio -dijo-. Puede conducir el coche ligero. Le mandaré a la ciudad, de compras.

Windsor salió al vestíbulo y llamó a Vernon. El hombre contestó desde arriba. Blair subió para reunírsele. Vernon bajó un minuto más tarde, haciendo cuentas con los dedos y murmurando «huevos, patatas, pan...»

Vernon salió de la casa inmediatamente. Blair Windsor llegó con dos pistolas automáticas y una linterna. Examinó los cargadores bajo la mortecina luz y puso una de las armas en manos de Harry.

-Ahora a la bodega -murmuró-. Ya me explicará lo que ocurrió.

En la bodega, Harry detalló los hechos. Los dos hombres se dirigieron al rincón donde estaban las estanterías.

-Aquí es -dijo Harry.

-Quitemos los anaqueles -dijo Blair-. Este rincón está en la dirección de la colina. Apuesto cualquier cosa a que hay un pasaje aquí.

Tiró y movió algunas estanterías, pero sin éxito. Harry le ayudó.

Cuando Blair Windsor se alejaba, Harry obtuvo resultado. El conjunto de las estanterías se abrió hacia dentro, como sobre un eje. La linterna demostró la existencia de un oscuro túnel que penetraba en la falda de la colina.

-¿Qué hacemos? -preguntó Harry-. ¿Entramos o esperamos?

Blair vacilaba. Se detuvo perplejo. Examinó las estanterías y se convenció de que estaban sueltas. No había ningún peligro de ser cazados dentro del túnel.

-No debíamos separarnos -dijo tranquilo-. Mejor será permanecer juntos. Yo iré delante. Harry, usted sígame. Investigaremos y luego regresaremos. Si hay algún tropiezo dispare.

Apagó la linterna y entró en la oscuridad. Harry le siguió, cerrando las estanterías tras él. Avanzaron, notando las paredes del túnel a los lados.

Entraron luego en una caverna mayor. Debía estar a unos cincuenta metros de la casa según juzgó Harry.

-¿Enciendo la linterna? -murmuró Blair.

-Escuchemos primero -replicó Harry.

Todo estaba tranquilo. El minuto que esperaron les pareció larguísimo.

-Vamos -susurró Blair Windsor.

Pero antes de que pudiese apretar el botón de la linterna, el lugar quedó repentinamente iluminado. Desde el otro lado de la cámara subterránea dos hombres saltaron sobre ellos,

Blair cayó bajo su asaltante. El arma le fue arrebatada de la mano. Estaba indefenso bajo el cuerpo del hombre que le había capturado. Gritó auxilio, mientras era asegurado contra el suelo.

Con un hábil movimiento, Harry esquivó a su adversario. Disparó tres tiros sobre él al saltar rápido.

Los disparos fueron hechos casi a quemarropa. No podían fallar.

Al oír los tiros el otro enemigo se levantó abandonando el caído cuerpo de Blair Windsor. El hombre saltó hacia delante y al hacerlo Harry disparó tres tiros más: apuntaba al cuerpo del hombre, pero los disparos no detuvieron su salto.

Harry cayó bajo el empuje del cuerpo de su adversario.

Entonces ocurrió una cosa sorprendente. En lugar de una forma inerte, el hombre resultó estar vivo. Harry se quedó asombrado. Sus balas no habían producido efecto alguno.

Ya era demasiado tarde para disparar de nuevo, porque había perdido su arma al tratar de quitarse de encima el cuerpo del hombre que creía haber herido.

Por un instante, Harry ganó ventaja. Entonces miró a la pared y vio levantarse al otro hombre.

¡Él también estaba sano y salvo! Corrió a ayudar al contrario de Harry y la lucha quedó desesperadamente desigualada.

Harry llamó a Blair Windsor. Mas no le llegó de él ninguna ayuda. Pudo ver a Blair, medio incorporado, descansando con un codo en el suelo y contemplando la lucha.

Uno de los hombres cogió los brazos de Harry, sujetándolos por detrás. El otro le aplicó un tremendo directo a la mandíbula. La cámara empezó a dar vueltas en su cabeza como un torbellino y por fin perdió el conocimiento.

Harry Vincent yacía inconsciente e indefenso.

CAPÍTULO XXVIII
BURBANK INFORMA

El teléfono del piso bajo sonó en casa de Lamont Cranston. Richards cogió el auricular. Reconoció la voz del millonario. Llamaba a Burbank.

El apacible radiotelegrafista esperó hasta que el ayuda de cámara hubo abandonado la habitación donde estaba el teléfono. Entonces repitió el mensaje recibido de Harry Vincent. Se dio cuenta de que su patrón tomaba nota de la información.

-Bien -dijo la voz del receptor-. Quédese en mi casa, Burbank. Diga a Richards que estaré fuera esta noche.

Lamont Cranston salió de la cabina telefónica del Cobalto Club. Saludó a un amigo que pasaba. Entonces fue al guardarropa para recoger el sombrero y el abrigo. También recogió un paquete que había dejado.

El reloj colocado encima de la puerta marcaba las diez y veinticinco.

Lamont Cranston le miró. Su rostro no demostró ninguna expresión definida, pero murmuró tres palabras al salir del edificio.

-A medianoche.

Una limousine esperaba cerca de allí. El millonario subió a ella y dio una orden.

-Deprisa, Stanley -gritó al chófer-. AL aeropuerto.

El chófer asintió con un movimiento de cabeza. Caía ligera llovizna y el piso estaba resbaladizo. Pero el poderoso coche corría velozmente.

El chófer encontró una calle donde el tráfico era escaso y el automóvil tomó la dirección del Túnel de Holanda.

El pasajero del auto iba pensativo. Su mente relacionaba acontecimientos y agrupaba ideas. Sin embargo, permanecía silencioso. Parecía perdido en la oscuridad del interior del coche.

La limousine estuvo a punto de chocar con un camión. El hombre silencioso no se movió. Tampoco dijo nada al chófer. Stanley sonrió mientras miraba a través del parabrisas.

-Es curioso -murmuró-. Hace sólo dos semanas el patrón iba nervioso conmigo. Fue poco después de regresar de un viaje. ¡Y ahora nada! Ni una palabra, y eso que ha faltado poco para rompernos la crisma.

La limousine rugía al pasar por el Túnel de Holanda. Volaba por la carretera de Nueva jersey a velocidad asombrosa.

Stanley había sido un as del volante en las carreras; pero pocas veces tenía ocasión de demostrar su habilidad. Estaba eufórico aquella noche.

El pasajero abrió el paquete que llevaba. Contenía varios objetos. Los más importantes eran una capa negra y un sombrero de ala ancha. Lamont Cranston los inspeccionó. Luego los empaquetó otra vez.

Estaban ya en el aeropuerto. El millonario salió del coche bajo la llovizna.

Soplaba fuerte viento, pero parecía no preocuparse del mal tiempo.

-Lleva el coche a casa, Stanley -dijo.

El chófer se quedó con la boca abierta.

-Pero usted... usted no volará esta noche, ¿verdad, señor?

-Sí. Lleva el coche a casa.

Stanley arrancó, murmurando entre dientes. Sabía que su patrón viajaba con frecuencia en avión. La verdad era que Lamont Cranston tenía su propio aparato y contrataba a un piloto para sus excursiones.

EL millonario tenía el título de piloto, pero sólo conducía el avión con tiempo muy favorable. Stanley confiaba en que tendría un buen piloto para aquella noche.

El millonario se detuvo en el hangar. Habló con el encargado.

-Mala noche -fue su comentario.

Lamont Cranston asintió. Después insinuó que tenía prisa.

Su aparato estaba dispuesto. Subió a él.

EL motor rugió y el aparato despegó del suelo. Se dirigió al Nordeste y se lo tragó el cielo negro.

La visibilidad era muy deficiente. Los hombres en tierra movieron la cabeza ante lo audaz del vuelo. Sabían muy poco de la habilidad de Lamont Cranston como piloto y estaban dudosos.

-Confío en que sabrá usar el compás -dijo uno-. No me gustaría estar en su lugar.

El avión que conducía a Lamont Cranston voló sobre Manhattan, mientras abajo las luces de la ciudad quedaban veladas por la lluvia incesante.

El viento silbaba contra el fuselaje; el aire se enrarecía mientras el aparato aumentaba su velocidad a través de la creciente tormenta. Pese a todo, el piloto parecía indiferente a los amenazadores elementos. Parecía una sombra en la cabina del avión.

CAPÍTULO XXIX
HARRY VINCENT SE ENCARA CON LA MUERTE

Harry Vincent abrió los ojos y miró a su alrededor. Yacía arrinconado contra la desnuda pared de piedra de la caverna subterránea. Tenía las manos atadas a la espalda.

También tenía atados los tobillos. La cabeza le dolía todavía a consecuencia del golpe que le había dejado sin sentido.

Blair Windsor, atado también, estaba en el suelo a poca distancia. Había allí tres hombres más.

Uno era Bert Crull; el segundo Vernon; el tercero, el viejo a quien Harry había visto en la granja.

-Ha recobrado el conocimiento -dijo Crull, mirando a Harry.

-Magnífico -fue la respuesta del viejo-. Ahora podemos interrogarlo.

-¿Esperamos a que regrese Jerry? -preguntó Bert Crull.

-No regresará por ahora -contestó el viejo.

-Tú y él hicisteis un buen trabajo y rápido al cazar a ese sujeto.

Harry recorrió con la mirada todo el recinto. La caverna estaba iluminada por varias bombillas eléctricas. Evidentemente el hilo venía de la granja.

Un objeto que parecía ser una prensa de imprimir se veía en un rincón.

Había una mesa en otro. Los lados de la caverna estaban a oscuras. Harry pudo distinguir cadenas, cuerdas y cajas en el suelo.

Los hombres miraban a Harry; entonces su jefe, el viejo, habló a Birdie Crull:

-Pregúntale tú, Birdie -dijo.

Crull se sentó sobre un cajón y miró a Harry Vincent.

-Vamos, Vincent -dijo-. Explícanos la verdad de lo que has estado haciendo por aquí. Windsor nos ha contado lo que sabe.

Harry miró a Blair Windsor interrogador. El otro lo corroboró con una inclinación de cabeza.

-Tuve que hacerlo, Vincent -dijo-. Esta banda nos tiene cogidos. Pueden pactar con nosotros si les contamos todo lo que sabemos.

-Poco sé -replicó Harry-. Ocurrió que casualmente visité a Blair Windsor. Me di cuenta de que alguien desaparecía de su sótano. Llegué, pues, a sospechar que había un pasaje hasta la granja.

-Tú merodeabas alrededor de la granja, ¿no es cierto? -interrumpió Crull-. ¿Por qué lo hacías?

-Me figuré que era el otro extremo del túnel. Eso es todo.

-¿A quién viste allí?

-A ti una noche. Otra a Vernon. También al señor de edad aquí presente.

-¡Ah! ¿Mirabas por la ventana del segundo piso?

-Sí. Podía mirar desde el techo de la cuadra. No podía sostenerme allí mucho tiempo. Sólo pude dar un vistazo en las dos ocasiones en que estuve allí.

-¡Hola! -Birdie Crull estaba pensativo-. ¿Qué me dices de la noche en que un individuo te encerró aquí? ¿Quién era?

-No lo sé -replicó Harry-. Conseguí escapar lejos de él. Eso es todo.

-Escucha, Vincent -interrumpió Crull-. Hay algo más que no me dices. Canta claro o te pesará. ¿Quién te mandó aquí?

-Nadie.

-¿Qué más sabes?

-Nada.

Blair Windsor intercaló una observación.

-Estamos en situación precaria, Vincent -dijo-. No le oculte nada a Crull.

-Tiene razón -dijo Crull a Harry-. Te dejaremos libre si nos lo cuentas todo.

-Ya lo he dicho todo -afirmó Harry con aspereza.

Birdie Crull le estudió un rato. Luego se volvió al viejo.

-¿Qué hacemos, Coffran? -preguntó.

Este nombre fue una súbita revelación para Harry Vincent. El viejo debía ser Isaac Coffran... el peor enemigo de la «Sombra».

Harry no había visto nunca a Isaac Coffran. Aquel maestro del crimen secreto había desaparecido al ser vencido por la «Sombra». Nadie sabía dónde había ido a parar con sus huesos.

Así, pues, ¿era aquél el nuevo centro de actividad de Isaac Coffran?

Esto significaba peligro, un temible peligro. Harry se felicitaba de no haber dado a conocer sus relaciones con la «Sombra». La poca esperanza que le quedaba dependía de su silencio.

Igualmente, esa esperanza dependía de los restantes miembros de la banda.

Porque Isaac Coffran era implacable. Harry lo adivinaba por el brillo de los ojos del viejo, quien sin duda preparaba algún diabólico plan.

-Es inútil fingir más tiempo -dijo Isaac Coffran-. Yo me encargaré de él ahora. Desatad a Windsor. Esto le sorprenderá quizá.

Blair Windsor quedó desatado. Ante el mayor asombro de Harry, Windsor se unió tranquilamente a los otros. Aquello fue para él una revelación.

¡Blair Windsor era un miembro de la banda! Harry había sido un juguete en sus manos. Con Harper y Buckman alejados, había quedado por entero a merced del enemigo.

Harry se dio cuenta de que se había equivocado por completo. Siempre creyó que algún peligro amenazaba a Blair Windsor; que él había ido a Brookdale para proteger a Windsor de algún complot.

Contrariamente, la «Sombra» le había enviado para investigar el verdadero estado de los asuntos... ¡y él había fracasado!

Harry Vincent gimió.

La respuesta fue una carcajada de Blair Windsor.

-Te tomé el pelo, ¿verdad? -preguntó el dueño de la casa de Brookdale. Su rostro, habitualmente franco, tenía una expresión de malicia-. ¿Creíste que trabajaba contigo? Tomaste el revólver que te di. Estaba cargado con cartuchos sin bala.

»Bien -dijo Blair Windsor volviéndose a los otros-. ¿Qué hacemos con él?

-Liquidarlo -dijo Birdie Crull tranquilamente.

Windsor vaciló. Evidentemente era menos brutal que sus compañeros.

Parecía estar meditando un plan alternativo. Por último movió la cabeza.

-No me gusta veros hacer eso -dijo-. Nos las hemos arreglado hasta ahora para salir adelante sin asesinar. Acaso podamos hacerle hablar. Quizá consigamos obtener su silencio. El asesinato es malo...

-¿Dices que hemos salido adelante sin asesinar?-interrumpió Isaac Coffran-. En eso te equivocas, Windsor. ¿Te acuerdas de Frank Jarnow?

Blair Windsor pareció azorado. El viejo sonrió.

-No teníamos otra solución con Jarnow -dijo Blair-. Henry lo mató...

Isaac Coffran levantó su delgada mano. Señaló a Birdie Crull, quien sonreía de un modo espantoso.

-Ahí está el que despachó a Jarnow -dijo-. Le echó el muerto a Henry.

-¿Por qué mataste a Jarnow -preguntó Blair a Crull.

-Metió las narices un poco, también -explicó Birdie-. Averiguó demasiado en la granja. Robó el papel -Crull rió al ver el gesto de Blair- y se lo estaba enseñando a Henry cuando llegué allí. Le liquidé, y puse al alcance de la mano de Henry el revólver todavía caliente.

-Nunca lo hubiera pensado -dijo Blair Windsor, sombríamente-. Creí que Henry era el único culpable.

-No te lo dijimos -se interpuso Isaac Coffran-, por pensar que tu conducta sería más fácil si no sabías nada. Creíste que, verdaderamente, Henry había matado a Frank Jarnow. Así, pues, en tus actuaciones no tuviste que interpretar comedias.

-Mejor fue -reconoció Blair Windsor, asintiendo con un movimiento de cabeza-. Me ayudó a obrar con más desembarazo.

-Puesto que Birdie mató a Jarnow -hizo notar el viejo con voz fría-, no veo por qué ha de haber inconveniente en apiolar aquí a este sujeto. Debes de estar conforme conmigo en este punto, Windsor.

Blair asintió pensativo.

-Pero no voy a proporcionarle ese placer -continuó Isaac Coffran-. Un tiro rápido es lo indicado cuando un hombre está hablando con la parte contraria como lo hacía Jarnow. »Pero en este caso, Vincent, cuando hable... -la voz del hombre tenía un énfasis mordaz-, hablará a los interesados; es decir, a nosotros. De modo que su muerte ha de ser lenta. Sufrirá la tortura hasta que revele su historia.

-¿Vas a meterlo en el cofre? -preguntó Blair Windsor con repugnancia.

-Exacto -replicó el viejo-. Nunca lo hemos utilizado. Ahora llegó el momento.

-Me opongo a ello -objetó Blair Windsor-. No hay motivo para torturar a nadie.

-Entonces procedamos a la votación -propuso Isaac Coffran tranquilamente-. Yo digo que sí. Tú dices que no. ¿Qué dices tú, Birdie?

-Sí -replicó Crull.

-¿Y tú, Vernon?

-Sí.

-Tres contra uno -dijo Isaac Coffran con la misma calma-. No es necesario esperar a Jerry.

El viejo fue al rincón de la caverna y encendió otra luz. Contra la oscura pared apareció un objeto negro que Harry no había visto antes.

Parecía ser una gran caja metálica puesta en pie. Vernon ayudó al viejo a tumbarla. La parte superior estaba abierta.

Crull y Windsor levantaron a Harry y lo llevaron hasta el cofre. Luego lo metieron dentro con los pies por delante.

Entre los cuatro hombres pusieron otra vez la caja en pie. Harry estaba cogido en un espacio estrecho, con la cabeza fuera.

-Coge la rueda, Birdie -ordenó Isaac Coffran.

Crull fue a la parte posterior del cofre. Había allí una pequeña rueda -dispuesta como una rueda de timón- sobre un plano vertical. El hombre la hizo girar ligeramente.

Harry advirtió que le oprimía la pared posterior del cofre, y unos punzones cortos se le clavaron en la espalda.

-¿Sigo? -dijo Birdie Crull.

-Sí. No es necesario esperar a Jerry -observó Isaac Coffran-. Regresará antes de que acabemos.

A pesar de su situación, Harry no pudo evitar pensar quién pudiera ser Jerry.

Se sintió convencido de que debían referirse al hombre de rostro moreno que le capturó unas noches antes.

Harry sintió indiferencia por la llegada de Jerry. Su primer raptor no le había tratado con mucha consideración.

Nuevamente hablaba Isaac Coffran. Las palabras parecían venir de una gran distancia. La mente de Harry parecía extrañamente trastornada en aquella terrorífica situación.

-¿Hablarás? -preguntó el viejo.

-¡No! -exclamó Harry.

-Entonces prepárate a sufrir.

Estaba dispuesto a no traicionar a la «Sombra». Era lo último que podía hacer en compensación de su error.

Harry se dio cuenta de que estaba perdido sin remedio; de que debía haber avisado a la «Sombra» antes de hablar con Blair Windsor. Pero todo aquello pertenecía al pasado.

La vida era arriesgada para los que trabajaban con la «Sombra». Era un deber afrontar la muerte cuando viniese, aun cuando lo hiciera en la forma más terrible que pudiera imaginarse.

-Ve despacio, Birdie -dijo el viejo-. Tenemos tiempo de sobra. Dale la máxima oportunidad de hablar.

Los punzones presionaban sobre la espalda de Harry. No eran demasiado afiladas. Lo que Harry temía más era el poder aplastante de la pared movible.

Se notó más oprimido. Su respiración se hizo espasmódica.

-¡Alto! -ordenó Isaac Coffran.

-Ahora tienes ocasión de hablar -ofreció a Harry-. ¿Hablarás?

-No.

-Termina -dijo Isaac Coffran dirigiéndose a Birdie Crull.

CAPÍTULO XXX
EL QUINTO HOMBRE

El tiempo se le hacía interminable a Harry Vincent mientras la tortura continuaba. Birdie Crull trabajaba despacio. La presión parecía aumentar por grados infinitesimales. Pero había alcanzado un punto que pronto sería inaguantable.

Isaac Coffran levantó la mano, dando el alto.

-No más presión, Birdie -dijo-. Da vuelta al tornillo del centro. Eso hará adelantar únicamente los punzones.

Harry sintió agudos dolores en la espalda. Lanzó un suspiro de angustia.

-¡Para! -dijo el viejo. Y dirigiéndose a Harry continuó-: ¿Hablarás ahora?

Harry estaba desesperado. Aquella agonía prolongada se hacía insufrible.

No abrigaba ninguna esperanza; sin embargo, su único deseo era aplazar la próxima tortura. Movió la cabeza, asintiendo.

-Muy bien -dijo Isaac Coffran-. ¿Quién te envió aquí?

-Vine... por... decisión... propia -balbuceó Harry.

El viejo le miró severamente.

-Sé quién te mandó -su voz silbó por entre los apretados dientes-. ¡Te mandó la «Sombra»!

Si Isaac Coffran había buscado hacer confesar a Harry lo que él sospechaba, sus esfuerzos eran inútiles. Ningún cambio se observó en el rostro del joven.

-Tú sabes quién es la «Sombra», ¿verdad?

Harry movió la cabeza indicando su ignorancia. El viejo Isaac Coffran rió con acritud.

-Sigue, Birdie -dijo.

Harry volvió la cabeza. Sus ojos miraron hacia el oscuro pasaje que venía de la granja. Era el único que miraba en aquella dirección.

Hizo un gesto de súbita esperanza al ver surgir un hombre desde el túnel en la zona de luz. Luego exhaló quejidos. El recién llegado era el hombre bajo y moreno de bigote negro que le había raptado noches antes.

Debía ser el individuo a quien llamaban Jerry.

El hombre avanzó silenciosamente acercándose al grupo. Cuando casi estaba junto a ellos, se detuvo. Isaac Coffran le oyó entonces y se volvió.

El hombre tenía las manos a la espalda. Las mostró con gran rapidez, enseñando dos revólveres que apuntaban a los cuatro hombres que estaban torturando a Harry Vincent.

-¡Manos arriba!

La orden del desconocido hizo efecto. Los cuatro hombres sorprendidos levantaron las manos sobre sus cabezas, sin vacilar un instante.

El hombre moreno sostenía las armas descuidadamente. Se veía desdén en su rostro al acercarse al cofre.

Pareció comprenderlo todo a la primera mirada. Sus ojos eran rápidos; las manos incansables. Aunque no apuntaba a veces a todos los hombres, ninguno osaba moverse.

El desconocido señaló al cofre con una de sus armas automáticas.

-¡Haz retroceder esa rueda! -ordenó a Birdie Crull-. Con una sola mano y pronto.

Crull obedeció la orden. Harry Vincent respiró profundamente con verdadera gratitud, al desaparecer la presión. El misterioso recién llegado le miró.

-¡De manera que tú no eres de la banda! -exclamó suavemente-. No me extraña que no pudiera hacerte hablar. Pensé que los habrías prevenido en vista de que no pude localizarte en ninguna parte.

Deliberadamente volvió la espalda a los cuatro hombres que tenían los brazos en alto, y con despreocupación paseó por la caverna.

Isaac Coffran empezó a moverse ligeramente; en aquel instante el desconocido se volvió de pronto y apuntó al viejo con un revólver.

-Un movimiento de cualquiera de vosotros -dijo-, y disparo. Es mi último aviso. Recordadlo.

Contempló la prensa de imprimir con el rabillo del ojo. Dio una patada a una caja, de la cual cayeron billetes de banco impresos.

Reconociendo la habitación, descubrió unas planchas en una caja pequeña.

Por fin miró a la mesa y soltó una carcajada al ver allí algunas herramientas.

-Todo a punto -dijo-. Hacéis los grabados, imprimís los billetes y los pasáis.

Miró a los hombres que tenía delante. -¿Tú eres el grabador, verdad? -dijo a Vernon.

El hombre no contestó.

-Blair Windsor -dijo el desconocido-. Te he visto antes de ahora. Estás en la banda también. No lo sospechaba. Tú eres la pantalla. Haces que el lugar parezca respetable.

Contempló a Isaac Coffran y a Birdie Crull.

-Tú eres el pájaro que se esconde tras él -dijo al viejo- y este otro individuo es tu matón. Bonita combinación.

»Haciendo billetes falsos y pasándolos durante mucho tiempo, ¿verdad? Bien, puesto que os dedicáis a ese negocio, conoceréis mi nombre cuando os lo diga. Yo soy Vic Marquette, del servicio secreto.

Un fuerte sonido entrecortado salió de los labios de Vernon. El antiguo grabador conocía aquel nombre y lo temía. Vic Marquette oyó el gemido.

-Estuviste en <chirona> una vez -dijo el agente federal-. Volveré a llevarte allá antes de que me jubilen. ¿Conque aquí, dándote la gran vida?

»Bien, os he cogido a los cuatro y voy a contároslo todo antes de sacaros de aquí.

»Los otros hombres del gobierno creyeron que los billetes falsos se hacían en Nueva York -dijo-. Pero a mí me pareció otra cosa. Encontré algunos en Springfield; después, en Brookdale. No muchos, lo reconozco; pero sólo dos o tres bastaban para demostrarme que trabajabais fuerte y por estos alrededores.

»Sospeché, por su situación, de la vieja granja. Merodeé un poco por allí. Por eso eché el guante al individuo que tenéis en el cofre. Supuse que estaba con vosotros.

»Lo tuve en una cabaña un par de días. Luego se me escapó. Por esto es por lo que he venido aquí esta noche. Estoy solo. Completamente solo. Yo trabajo siempre así. Hubieseis olido algo, de traer conmigo una multitud.

»Vuestra vieja granja estaba desierta cuando llegué allí, hace una hora. Esto quería decir una de estas dos cosas: o que os habíais fugado, o que estabais en vuestra guarida. De manera que opté por husmear un poco en la bodega.

»Me costó un rato encontrar la entrada de vuestro túnel. Pero estoy acostumbrado a escudriñar lugares semejantes.

Marquette miró a Harry Vincent.

-Voy a dejarte donde estás, muchacho -le dijo-. Pero volveré más tarde. Se metió una pistola en el bolsillo y en su lugar empuñó una linterna.

-Vamos a organizar un desfile -dijo tranquilamente-. Hay unos diez kilómetros de aquí a Brookdale y vais a ir hasta allí con los brazos en alto; yo iré detrás con mi pistola a punto.

»Y no hagáis el tonto, porque a la primera señal os pulverizo. Hay diez balas en este trasto. Son seis más de las que necesito; y tengo otro revólver cargado en el bolsillo.

Pasó entre los hombres indefensos y les registró los bolsillos. Encontró un revólver a Crull y otro a Coffran. Tiró las armas a un rincón. Luego fue hacia el túnel, por donde había venido y, volviéndose, se quedó mirando al grupo.

-¡En fila! -dijo.

Los hombres formaron como se les ordenaba.

-¡Cuidado! -gritó Harry Vincent.

Antes de que Marquette pudiese atender el aviso, un hombre cayó sobre él desde el túnel. EL recién llegado surgió de la oscuridad; el ruido de su llegada había sido ahogado por la orden del agente federal.

El atacante arrebató hábilmente con una mano la pistola de Marquette; y, mientras ambos rodaban por tierra, el arma cayó al suelo. Esto fue la señal para un ataque en masa.

Crull y Windsor se echaron sobre él, seguidos de Vernon e Isaac Coffran.

La lucha fue dura, pero corta. Vic Marquette yacía indefenso. Vernon trajo cuerdas, con las cuales sujetaron al policía del servicio secreto.

EL hombre que había acudido a la defensa de los suyos fue al centro de la habitación. Era robusto e iba vestido con ropas viejas. Parecía natural del distrito; pero su rostro tenía una expresión de agudeza.

-Buena faena, Jerry -le felicitó Isaac Coffran-. Llegaste en el momento oportuno.

EL salvador sonrió enseñando los dientes.

-Escucha, Jerry -la voz del viejo expresaba desaprobación-. ¿Pasaste billetes falsos en Brookdale?

Jerry asintió.

-Entonces, tuya es la culpa de que este sujeto haya encontrado nuestra pista. Menos mal que has ganado atenuantes. Hemos cogido a Vic Marquette, el del servicio secreto que actúa siempre solo.

-¿Qué hacemos con él? -preguntó Birdie Crull.

-Darle pasa volante, por supuesto -replicó el viejo-. No hay más que pueda preocuparnos. Podemos también acabar con ese Vincent al mismo tiempo. Manos a la obra.

-Íbamos a hacer cantar a Vincent -observó Crull.

-Lo sé -replicó Isaac Coffran-, pero casi no es necesario. Si trabaja solo, como dice, no importa lo que pueda decir. Y si viene de parte de la «Sombra», tampoco tenemos que preocuparnos. Tigre Bronson eliminó a la «Sombra».

Harry Vincent gimió. Acababa de comprender por qué no había recibido respuesta detallada por radio. La «Sombra» había muerto; las escasas órdenes que Harry había recibido

venían de sus agentes; no procedían de su cabeza maestra. No había llegado ningún mensaje por la WNX a las nueve.

-¿Acabo yo con ellos? -preguntó Birdie Crull. Su voz indicaba que el terminar con una vida no le importaba gran cosa.

-No -replicó Isaac Coffran, pensativo-. Vamos a dejar ese trabajo a los agentes naturales. Tú puedes ser, si lo deseas, elemento accesorio del crimen.

Fue al centro de la caverna y levantó del suelo una tapa gruesa de madera; debajo había un profundo pozo, cubierto por una reja de hierro, asegurada por medio de un candado.

EL objeto del pozo era obvio. Servía de colector de las aguas que pudiesen entrar en la caverna.

Isaac Coffran abrió el candado y levantó la reja de hierro. Era demasiado pesada para que él solo pudiese levantarla. Birdie Crull le ayudó.

-Metedlos dentro -dijo el viejo-. Y sin ataduras. Dejadlos que luchen por salir fuera. No les servirá de nada.

Harry Vincent fue introducido el primero. Le sostuvieron sobre el pozo.

Vernon cortó las ligaduras; entonces Crull y Jerry le dejaron caer antes de que pudiese luchar para librarse. Cayó sobre el cieno resbaladizo del fondo del pozo. Las paredes también estaban resbaladizas. No podía trepar por ellas.

Puesto en pie, se echó a un lado, mientras caía Marquette. Las ligaduras del agente secreto habían sido también cortadas. El y Harry estaban cazados juntos.

La reja cayó y se cerró el candado. Apenas podían alcanzar la reja con las manos.

Por entre los barrotes de la reja entró la extremidad de una manguera y adivinaron el diabólico plan de Isaac Coffran. Trataba de inundar el pozo.

Tal cosa significaba una muerte segura para los hombres aprisionados allí. El brocal del pozo sobresalía de la reja. Se ahogarían como ratas cogidas en una ratonera de alambre.

Empezó a salir agua del tubo de goma. Harry cogió el extremo y lo dobló.

Se lo quitó Birdie Crull, que estaba encima.

Crull arregló la manguera de modo que no pasase a través de la reja, y los barrotes estaban demasiado juntos para poder pasar la mano.

Empezó a subir el agua en el pozo. Era sólo cuestión de tiempo que llegase a cubrir las cabezas de las indefensas víctimas.

Ninguno de los dos gritaba. Murmuraban en la oscuridad del pozo buscando la manera de concebir algún plan de acción.

El agua les llegó a los tobillos, a las rodillas, a la cintura. Seguían murmurando, sugiriéndose ideas desesperanzadas para conjurar tal amenaza.

El agua les llegaba ya a los hombros. La inundación había sido lenta, pero apenas quedaban unos pocos minutos.

Los hombres que estaban arriba, en la caverna, esperaban el momento fatal.

Birdie Crull reía. El rostro de Blair Windsor estaba serio. Tanto Vernon como Jerry parecían tomar el asunto como cosa corriente.

El viejo Isaac Coffran se había retirado a un rincón. Estaba oculto a la vista, detrás de la prensa tipográfica. Su rostro denotaba diabólico placer, mientras esperaba el desenlace en la oscuridad. No se preocupaba por observar los preliminares.

Esperaba el final. Cuando Crull diese la señal de que el agua cubría las cabezas de las víctimas, Isaac Coffran iría a verlo.

Entonces disfrutaría contemplando la muerte espantosa de dos hombres.

CAPÍTULO XXXI

LA «SOMBRA» ENTRA

No se oía apenas un ruido en la caverna mientras el agua seguía subiendo en el pozo. Ninguno de los cinco hombres hablaba; los prisioneros no gritaban.

Sólo el borbotear del agua rompía el silencio.

Blair Windsor miraba al túnel que conducía a su casa. No podía mirar al pozo.

Dejaba que los otros disfrutasen. Para él, la muerte era algo solemne.

La negrura del túnel parecía una pared sólida. Blair Windsor concentraba en ella su atención, tratando de olvidar lo que ocurría a poca distancia de donde se encontraba.

-Están casi cubiertos -observó Birdie Crull, satisfecho-. ¡Pero no! Han encontrado un buen truco. Ponen la cara contra la reja. Todavía podemos darles cinco minutos de vida.

Los segundos transcurrían monótonamente para Blair Windsor. Aún seguía mirando la negra abertura. Imaginaba que era una sólida estructura.

De pronto, observó movimiento. Se pasó la mano por los ojos. El final del túnel se proyectaba por sí mismo dentro de la caverna.

¡Era imposible!

Sin embargo, no se equivocaba. Una porción de la negrura entró en la caverna. Por un instante pareció una masa informe; súbitamente, adquirió forma.

Bajo la luz se veía una figura: la figura de un hombre, vestido con una capa negra y con un sombrero de ala ancha que oscurecía totalmente su rostro.

Birdie Crull levantó la vista de pronto, mientras una exclamación involuntaria salía de los labios de Blair Windsor.

-La «Sombra»!

Birdie Crull había pronunciado estas palabras. Miedo intenso desfiguró las facciones del pistolero. De un salto se alejó de la reja. Dos revólveres aparecieron de debajo de la capa negra.

Apuntaron a los cuatro hombres: Crull, Vernon, Windsor y Jerry. Los falsificadores levantaron los brazos instintivamente. No necesitaban ninguna orden para temer la amenaza de la «Sombra».

La figura se adelantó al centro de la cueva. Se detuvo junto al pozo, donde dos hombres luchaban por vivir. Sus rostros se apretaban contra la reja.

El agua estaba casi sobre sus cabezas. En menos de un minuto su tumba se hubiese cerrado.

Hubo un movimiento debajo de la capa negra. La manguera fue apartada con el pie. Su chorro se derramó por el suelo de la caverna. Las vidas de los prisioneros quedaban salvadas de momento.

La «Sombra» se volvió a Blair Windsor. Habló entonces por primera vez.

Su voz era horripilante, de tono bronco y siniestro.

-¡Abre la reja! -fueron sus palabras.

Blair Windsor se quedó mudo. No tenía la llave. Estaba en poder de Isaac Coffran.

Podía ver al viejo escondido y lleno de miedo en el rincón... fuera de la vista de la «Sombra». ¿Qué debía contestar?

Birdie Crull se dio cuenta de la situación. El miedo se había apoderado del brutal pistolero, pero con un esfuerzo consiguió tratar de engañar al hombre de la capa negra.

-No tenemos la llave -dijo.

-¡Romped la cerradura! -fue la siguiente orden de la «Sombra».

Birdie Crull se adelantó como para obedecer. Hizo todo el ruido que pudo.

Mirando más allá de donde estaba la «Sombra» vio a Isaac Coffran arrastrándose rápido por el suelo. EL objetivo del viejo era un revólver, uno de los que Marquette había tirado al rincón, después de desarmar a los falsificadores.

Llamando la atención de la «Sombra», Birdie Crull confiaba impedir que el hombre vestido de negro se diese cuenta de la presencia de Isaac Coffran.

El rostro de Birdie Crull no daba la menor idea de lo que pasaba en su mente.

El pistolero llegó a la reja al mismo tiempo que Isaac Coffran recogía el revólver. Crull bajó las manos y se inclinó para manipular el candado. Estaba a dos metros de la «Sombra».

En el instante en que Birdie Crull empezó a agitar el candado, Isaac Coffran levantó el brazo y disparó sobre la «Sombra».

Rápido como un relámpago, éste retrocedió separándose de la reja. Sin duda, el tiro del viejo había fallado. Pero había llegado la verdadera oportunidad. Porque la «Sombra» había tropezado con la caja de billetes falsos. El choque casi le hizo perder el equilibrio.

Antes de que pudiese levantar sus armas para responder a la agresión, presentó un blanco perfecto para Coffran.

La mano del viejo era segura y rápida. Había esperado aquella ocasión. Su revólver resonó cuatro veces. Una satánica sonrisa apareció en su rostro, mientras contemplaba a la «Sombra» esperando verlo caer.

¡Pero la «Sombra» no cayó!

La pistola recogida por Isaac Coffran era la que Blair Windsor había dado a Harry Vincent. Birdie Crull se la había metido en el bolsillo; Vic Marquette se la había quitado a éste.

Seis de los cartuchos inofensivos habían sido utilizados por Vincent... ¡Isaac Coffran había disparado los otros cuatro!

La «Sombra» no devolvió los tiros. Instintivamente olfateó peligro en otra dirección; Jerry, aprovechando el súbito cambio de la situación, sacaba un revólver del bolsillo.

La «Sombra» se echó al suelo. Por un instante Isaac Coffran creyó todavía que sus tiros habían hecho blanco. Pero el movimiento del hombre vestido de negro era voluntario; realizado con propósito definido.

El revólver de Jerry disparó, pero el proyectil silbó por encima del sombrero de ala ancha. Entonces llegó la respuesta de una de las armas de la «Sombra».

EL brazo derecho de Jerry cayó inerte a lo largo de su cuerpo. EL revólver se desprendió de sus dedos sin fuerza.

Isaac Coffran no estaba vencido todavía. Tuvo un instante para actuar. Su posición era excelente; el interruptor que regulaba las luces de la caverna estaba a menos de tres metros de distancia.

Con juvenil agilidad, el viejo se lanzó hacia el lugar deseado.

La «Sombra», dirigiéndose hacia él, disparó un solo tiro. Aunque disparado en movimiento, estaba bien apuntado; hubiese alcanzado a Isaac Coffran a no ser por un revólver arrojado desde la prensa tipográfica.

La bala se desvió. Isaac Coffran logró su objetivo. Apagó la luz; el recinto quedó sumido en la oscuridad.

Como ratas, los falsificadores huyeron de la caverna. Su único deseo era escapar de las garras de la «Sombra». No sabían que los ojos de aquel hombre misterioso estaban acostumbrados a las tinieblas y que, por lo tanto, podía distinguir sus formas fugitivas.

Los dejó huir porque había observado otra cosa. Birdie Crull, antes de participar en la precipitada huida, había puesto el extremo de la manguera sobre la reja.

EL agua estaba ya completamente sobre las cabezas de los prisioneros. La «Sombra» tenía otro trabajo que hacer.

Una llamarada salió del cañón de su revólver. La bala partió el fuerte candado. Dejando el arma, el hombre vestido de negro empuñó los barrotes de la pesada reja.

Hubiese sido necesario el esfuerzo de dos hombres para levantarla; él la levantó como si fuese de papel.

Sus manos poderosas cogieron a los dos prisioneros por debajo del sobaco. Harry Vincent y Vic Marquette fueron levantados en vilo y sacados del pozo a donde habían sido arrojados. Con respiración entrecortada rodaron por el suelo de la caverna.

De la oscuridad había llegado la «Sombra». En breves minutos había dominado a sus adversarios y rescatado a los dos hombres que estaban a punto de morir.

Sin embargo, todavía le quedaba bastante trabajo a la «Sombra». El enemigo había huido. Debía ser perseguido.

El misterioso hombre de las tinieblas estaba listo para la caza.

La «Sombra» jamás se rendía.

CAPÍTULO XXXII
EL ÚLTIMO ATAOUE

En su huida de la caverna subterránea, los falsificadores buscaron las salidas más accesibles. Cuatro de ellos siguieron el túnel hacia la granja. Sólo uno -Isaac Coffran- eligió el camino que conducía a casa de Blair Windsor.

Llegado a la bodega de la mansión, el viejo cerró tras él la puerta formada por las estanterías. Después colocó dos barrotes de hierro, que impedían fuese abierta la puerta secreta desde dentro.

Subió tranquilamente y se sentó al teléfono. Marcó el número de la granja.

La voz agitada de Birdie Crull le contestó.

-¿Todos a salvo? -preguntó el viejo, en tono lastimero.

-Sí -replicó Crull-. Preparándonos para salir de aquí. Nos preguntábamos dónde estarías tú.

-¡Esperad! -la voz del viejo era apremiante-. No podéis iros todavía.

-Pues es lo único que podemos hacer.

-¡Qué! ¿Dejándolos en la caverna?

Birdie Crull no contestó. Entonces Isaac Coffran le manifestó algo importante. Indicó el compromiso en que los falsificadores se hallaban metidos.

Si la «Sombra» había salvado a Vincent y Marquette, éstos testificarían contra ellos. Si ambos se habían ahogado, toda la banda sería acusada de asesinato.

Crull estuvo de acuerdo en estos puntos. Explicó que había vuelto a colocar la manguera y era poco probable que Vincent o Marquette hubiesen sobrevivido. Así pues, sólo quedaba la «Sombra» como poderosa e invisible amenaza.

-Tenemos que cogerlo -exclamó Isaac Coffran. Debemos asegurarnos de que los otros han muerto. Tenemos ahora a la «Sombra» donde la necesitamos.

Entonces el viejo explicó un plan. Se quedaría solo en casa de Blair Windsor. Había asegurado la puerta con barrotes de hierro. Entraría en la bodega con un revólver. Había varias armas disponibles en el cuarto de Blair Windsor.

Los demás, excepto Jerry, que estaba herido, deberían atacar a la vez.

Podrían obrar rápida y silenciosamente en el túnel. Había que tirar a matar.

-Supongamos que nos pesca -objetó Crull.

-¿Y qué? -replicó el viejo-. Todos vosotros caeréis, si se escapa. La policía estará enseguida sobre vuestra pista... y además toda la fuerza del servicio secreto.

Birdie Crull sostuvo un rápido cambio de impresiones con los demás. La conferencia terminó de acuerdo con la tesis de Isaac Coffran.

Crull dijo al viejo que atacarían inmediatamente.

Era un grupo desesperado el que entró en el túnel desde la granja. Birdie Crull iba delante, llevando la única arma automática disponible.

Blair Windsor y Vernon le seguían, armados con sendos rifles. Las armas las habían encontrado en la granja. Jerry se quedó a la entrada del túnel.

Una vez la expedición hubo empezado, el intrépido Birdie Crull se llenó de valor y de confianza.

-No esperará que regresemos -murmuraba-. Avanzad sin ruido. Quedaos detrás de mí. Haced todo lo que os diga.

»Le cazaremos esta vez. El viejo lo hubiese conseguido; pero cogió el revólver cargado con cartuchos de fogueo.

Vieron una luz al final del túnel. Era evidente que la «Sombra» había encontrado el interruptor que daba luz a la caverna.

-Esto hace la cosa más fácil -murmuró Crull.

Cuando los tres hombres llegaron a la entrada de la caverna, Birdie Crull miró precavido a su alrededor. No se veía a nadie.

Algo le preocupaba. Era la entrada del otro. Arrimado a la pared llegó a la abertura opuesta.

-Estoy aquí vigilando -dijo con un murmullo que se oyó en toda la caverna-. Entrad. Mirad el pozo.

Blair Windsor inspeccionó la abierta reja.

-Los pájaros han volado -dijo.

-No cabe duda. Ese individuo los sacó -observó Crull.

»Esto quiere decir una cosa, muchachos. Se los ha llevado, vivos o muertos, y se los ha llevado por el túnel que conduce a la casa.

»No pueden salir por allí. El viejo los está esperando. Entremos a por ellos.

Se oyó un ligero ruido en el rincón de la caverna. Birdie Crull había pasado por allí un momento antes. No había nadie.

Los tres se volvieron hacia el lugar de donde había venido el sonido.

Miraban directamente al cofre de la tortura donde había estado Harry Vincent.

Y una forma negra emergió de la abertura. Los asombrados falsificadores se encontraron frente a las bocas de los cañones de dos revólveres que empuñaba la «Sombra».

No tuvieron tiempo de hacer uso de sus armas. Birdie Crull dejó caer la suya, que resbaló por la inclinada abertura que conducía a casa de Windsor.

Los otros dos hombres soltaron sus rifles.

Una risa misteriosa salió de la negra figura. Su tono melancólico resonó contra las paredes de la caverna. Parecía ser la risa de un halo adverso que pronosticaba ruina y perdición.

-Así que tres de vosotros habéis vuelto -se burló la voz aguda y mordaz de la «Sombra»-. Os esperaba. Ahora estáis aquí para responder de vuestros crímenes.

»Tu crimen es asesinato, Birdie Crull. Doble asesinato. Mataste a Frank Jarnow. Mataste al detective Harvey Griffith. Puedo probar tus crímenes.

»En cuanto a ti, Blair Windsor, tu posición es clara. Has vivido aquí, gracias al dinero que te daba Isaac Coffran, por encubrir su negocio de falsificación.

»Pero el viejo esperaba más de ti. Tu hermano, Henry Windsor, tiene medio millón de dólares, que heredarías tú.

»Estuviste conforme en dar la mitad de dicha suma a Isaac Coffran. Debería obtenerse mediante el asesinato de Henry Windsor.

-Me hizo firmar el papel -balbuceó Blair Windsor-. No quería conformarme con la muerte de Henry; pero no podía evitarlo.

-¡Ah! -la «Sombra» pareció satisfecha-. De manera que firmaste algo. Celebro saberlo. Me aclara las cosas. Ahora ya conozco el papel de Frank Jarnow.

»Encontró el papel y lo sacó de la habitación de Isaac Coffran. Birdie Crull mató a Jarnow para recuperarlo.

El rostro de Birdie Crull demostró desaliento. La «Sombra» rió al ver su teoría confirmada.

-Pero no lo cogiste, ¿verdad? -preguntó la «Sombra», dirigiéndose a Birdie Crull-. No. Espera. Cogiste casi todo, pero quedó una parte.

»Harrison hubiese sospechado de un documento completo, pero no de un fragmento. Griffith sospechó del fragmento. Por eso mataste a Griffith.

Las sorprendentes revelaciones de la misteriosa figura vestida de negro desconcertaron a Birdie Crull. Sólo se le veían la cabeza y los hombros; parecían una forma extraña encima de la caja de tortura.

La caverna quedó en silencio, al acabar de hablar la «Sombra». Parecía estar profundamente ensimismado.

Entonces empezó a salir, hacia arriba, de la extraña caja en donde se había escondido.

Resultaba difícil, pero la «Sombra» lo hizo con sorprendente agilidad.

Quedó casi en pie sobre la caja; después saltó al suelo.

En aquel instante Birdie Crull trató de ponerse a salvo. Se metió en la abertura que conducía a casa de Blair Windsor cogiendo de paso el revólver.

La «Sombra» disparó sobre la fugitiva figura. Cosa rara, el tiro no dio en el blanco. Parecía como si la «Sombra» hubiese preferido deliberadamente dejar escapar al hombre. El único disparo de su revólver sonó como una señal.

El hombre de la capa negra se metió tranquilamente los revólveres en el bolsillo.

Se ocultaron a la vista bajo la ropa negra. Sin duda, no temía ningún ataque por parte de Blair Windsor o Vernon.

Los dos hombres permanecían con las manos en alto. La partida de Birdie Crull los había dejado demasiado asustados para moverse.

Haciendo caso omiso de ellos, la «Sombra» fue a la mesa y empezó a escribir. Mientras lo hacía, unos disparos resonaron en el túnel por donde Birdie Crull había desaparecido. La «Sombra» emitió una risa sarcástica.

Como encabezamiento de la página había puesto estas palabras «La confesión de Bertram (Birdie) Crull.»

Dos hombres salieron por la abertura llevando el cuerpo de un tercero. Eran Harry Vincent y Vic Marquette que transportaban la forma inerte de Birdie Crull. EL pistolero tosía. Sus ropas estaban manchadas de sangre.

-Traté de cogerle sin hacerle daño -explicó Marquette lastimero-. Estábamos esperándole tal como nos dijo. Pero, no sé cómo, siempre los mato cuando tengo que disparar.

-Traedlo aquí.

La orden de la «Sombra» fue obedecida. El hombre de la capa negra se puso en pie y a un lado, mientras Birdie Crull era colocado en la silla.

La «Sombra» puso una pluma en la temblorosa mano del bandido.

-¡Firma!

El siniestro sonido del autoritario mandato se esparció por el bajo techo de la caverna como una voz de ultratumba. Birdie Crull, con su ser físico al borde de la muerte, no pudo resistirse.

Con un último y espontáneo esfuerzo puso su firma en la verídica confesión, donde constaba que había matado a Frank Jarnow y a Harvey Griffith.

El debilitado gángster se desmayó al trazar el último rasgo. Antes de que Marquette pudiese sostenerlo, cayó de la silla y quedó muerto sobre el suelo de la caverna.

-Vigilad a los prisioneros.

La voz de la «Sombra» tenía un tono sibilante que espoleó a Vincent y Marquette. Volviéndose, dejaron el cuerpo del pistolero muerto y apuntaron a Windsor y Vernon.

No había nadie más en el recinto. Como un fantasma de las tinieblas, la «Sombra» había desaparecido. Se había ido y nadie advirtió su partida. Pero dejó tras él el eco de una risa burlona; de una risa larga y profunda; de una risa triunfal, que resonó en toda la caverna como si saliese de sus paredes.

CAPÍTULO XXXIII
BELIGERANCIA

Cuando Vic Marquette y Harry Vincent custodiaban a los prisioneros a través del túnel que iba a la granja, descubrieron por dónde se había ido la «Sombra».

Pues Jerry, que era el recadero de la banda, yacía amarrado en el suelo del sótano de la granja.

La «Sombra» le había sorprendido y dominado fácilmente. Harry cortó las cuerdas que inmovilizaban los pies de Jerry y lo alineó junto con Windsor y Vernon.

Vic Marquette trataba de llevarse a los falsificadores en su coche. Pensaba regresar más tarde por el cuerpo de Birdie Crull. La confesión del pistolero estaba en el bolsillo de Marquette.

Después de una corta consulta, Harry Vincent se las arregló para desaparecer. El crédito por la captura correspondía a Vic Marquette.

Todas las pruebas necesarias estaban a su disposición. Otros agentes del servicio secreto llegarían pronto al lugar de los hechos.

Harry Vincent regresó a casa de Blair Windsor, seguro de que la «Sombra» había estado allí antes que él. No había ningún peligro por parte de Isaac Coffran. Si el viejo había permanecido en guardia, debía haber caído en las garras de la «Sombra».

Pero Isaac Coffran no había esperado. Había huido en el automóvil de Blair Windsor. Él solo, de toda la banda, intentaría evitar las garras del servicio secreto.

Harry Vincent regresó en su coche a Nueva York aquella misma noche. Fue un viaje largo y cansado, a través de torrentes de lluvia. Sin embargo, el joven llegó.

Sus nervios seguían vibrando después de las emocionantes aventuras que habían pasado, y el viaje pareció calmarlo. Llegó al Metrolite Hotel y durmió durante veinticuatro horas seguidas.

Hubo gran sorpresa en el aeródromo de Nueva Jersey cuando el avión de Lamont Cranston hizo allí un perfecto aterrizaje a pesar de la poca visibilidad.

Hubo mayor sorpresa si cabe en el hogar del millonario, cuando Lamont Cranston anunció que salía para Europa y que no regresaría en un mes por lo menos.

Burbank se marchó inmediatamente.

Los periódicos dedicaban columnas enteras a la historia de los falsificadores capturados. Pero donde causó más sensación fue en la ciudad donde Henry Windsor vivía.

Los asesinatos de Harvey Griffith y Frank Jarnow, quedaban definitivamente esclarecidos. La completa confesión de Birdie Crull no dejaba lugar a dudas.

Henry Windsor fue libertado, convirtiéndose en un hombre libre, asombrado de los acontecimientos que le habían salvado del proceso.

Isaac Coffran fue, a partir de aquel momento, un perseguido. Ya no sería libre para llevar a efecto sus diabólicos planes. Sus últimos crímenes habían sido revelados. Había huido a algún lugar ignorado.

Pronto o tarde, se esperaba encontrarlo. Estaba demandado por falsificación y por complicidad en los asesinatos de Frank Jarnow y Harvey Griffith.

Tanto Vernon como Jerry tenían antecedentes criminales. El primero había salido de una prisión federal unos años antes. Había hecho grabados para falsificaciones cuando era joven.

El hombre conocido en la banda con el nombre de Jerry, había estado en la cárcel de Nueva York repetidas veces por diversas faltas. No se le había visto desde hacía mucho tiempo, pero la policía le reconoció.

Blair Windsor fue el único de la banda que escapó sin condena. No parecía haber ninguna prueba concreta contra él.

El papel que había firmado no pudo encontrarse en la habitación de la granja donde lo tenía Isaac Coffran. No se mencionaba su nombre para nada en la confesión de Bert Crull.

Vic Marquette le había capturado junto con los falsificadores; así era evidente que Blair Windsor conocía sus actividades. Pero no estaba probado que fuese miembro de la banda.

Se consideró que descubrió el lugar y que mientras lo inspeccionaba fue capturado por los falsificadores. Vincent no fue llamado nunca ante el tribunal para declarar.

Muy pocos sospecharon de Blair Windsor con referencia a su participación en los hechos que se revelaban. Henry Windsor celebró mucho que su hermano menor quedase libre.

Cuando Harry Vincent conoció el hecho, formó por su parte unas conclusiones.

Creyó que la «Sombra» había concedido beligerancia a Blair Windsor para dar al joven otra oportunidad. Blair había sido deslumbrado sin duda por las promesas de Isaac Coffran hasta que llegó a una situación en que ya no pudo retroceder.

No había aprobado el complot para asesinar a su hermano Henry.

Harry Vincent no sentía antipatía por Blair Windsor. Estaba satisfecho del resultado.

Pero no podía evitar el pensar en aquel papel firmado que Isaac Coffran había poseído. El trozo arrancado no se mencionaba en la confesión de Birdie Crull. La confesión, presentada como dictada a Vic Marquette, afirmaba simplemente que Crull había sustraído la prueba de convicción del bolsillo de Harvey Griffith.

«¿Dónde estará el papel?», Se preguntaba Harry Vincent, mientras estudiaba el problema en su cuarto del Metrolite.

Entonces sonrió y sus labios formularon la respuesta:

-¡La «Sombra» lo sabe!

FIN